ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

TOMO XXXIV

Número 125.—Mayo 1956

S U M A R I O

BIBLIOGRAFIA:

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

JESÚS MARÍA GRANERO, S. I., doctor en Filosofía y Teología de la Universidad de Innsbruck; director de la revista «Manresa».
J. M. FÚSTER, colaborador del Instituto «Lucas Mallada» del C.S.I.C.
MARIANO BAQUERO GOYANES, catedrático de la Universidad de Murcia.
MARCELA DE JUAN, escritora.

ARBOR PUBLICARÁ PRÓXIMAMENTE, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES ORIGINALES:

La doctrina formal del orden económico, de Walter Eucken, por *R. Perpiñá.*
La anestesia, por *Francisco Javier Elío.*
La crisis de inspiración poética, por *Luis Cencillo.*
La lucha química contra las plagas del campo, por *José Luis León.*
Eslavismo y occidentalismo en el pensamiento ruso de 1800, por *Nicola Sementovsky-Kurilo.*
Temas ingleses en Unamuno y Baroja, por *José Alberich.*

Imprenta Juan Pueyo.=Luna, 27 Madrid.=Teléfono 21 08 64

SAN IGNACIO DE LOYOLA
EXPLICACIÓN CARISMÁTICA DE SU PERSONALIDAD Y DE SU OBRA

Por JESÚS MARÍA GRANERO, S. I.

No hay duda de que es un Santo poco popular. Quizá hasta por sus mismas proporciones desmesuradas. Más que una persona parece un símbolo. Símbolo ciertamente de cosas magníficas : de su siglo y de su raza, de la Iglesia y de la ortodoxia más depurada, de la gloria divina y de todos los grandes ideales en pie contra todas las rebeldías y pequeñeces. Símbolo y como encarnadura de no sé qué tesón indomable, que sigue a un cerebro iluminado.

Por eso no me seducen los simples retratos, ni el de Jacopino del Ponte ni siquiera el de Sánchez Coello. Los rasgos físicos nos dicen muy poco y, a lo sumo, nos presentan la fisonomía exterior de un hombre. En este caso, menos todavía. Jacopino plantó su caballete ante el cadáver del santo el mismo día de su muerte. Sánchez Coello apenas si consiguió infundir una chispa vital en la mascarilla de yeso que copiaba. No acabamos de descifrar el enigma de ese rostro, ni terminamos por sacudir del todo el frío estremecedor que sentía Heine ante tales mascarillas y de que nos habla en sus *Noches florentinas*. Nadie intentará discutir con Rivadeneyra o con el Cardenal Quiroga sobre el parecido de esos rasgos. Ellos, que vieron infinitas veces al Santo y asesoraron al pintor, nos aseguran que Sánchez Coello triunfó en su difícil empeño. Pero en ese rostro, por mucho que se parezca a su modelo, nosotros no encontramos nada que nos haga sospechar lo que

fué aquel hombre. En este sentido, al Ignacio histórico no lo encontraríamos nunca ni en la reproducción de la Leika más ambiciosa. Hace falta una imaginación capaz de crear símbolos. Tan sólo símbolos, turgentes de sentido y próximos a reventar por su carga expresiva, podrían insinuar de algún modo la realidad auténtica. Es indispensable que venga el barroco y el genio de Rubens.

Lo que en Ignacio puede haber de simplemente humano, de fuertemente humano, lo fascinador e imponente en su actitud de hombre es lo que han captado los pinceles de Salaverría. La poderosa cabeza, su enorme frente, la osamenta de su rostro de contornos voluntariosos y firmes, los labios finos y apretados y silenciosos, los ojos hundidos, que se abren paso como dos relámpagos negros y paralelos, el cuerpo plantado y envuelto, de arriba abajo, en las sombras del manteo, que anulan todo lo material y sólo dejan libres casi a la altura del pecho las manos blanquísimas. Lo que un gesto único puede fijar del carácter y de la personalidad humana de Ignacio, todo está ahí con acierto insuperable. Pero repito que eso es lo humano, aunque ya casi a punto de que lo humano quede arrebatado por fuerzas superiores y misteriosas. Efectivamente, sin esas fuerzas místicas, Ignacio es sencillamente incomprensible. Pero advierta el lector que digo el Ignacio histórico, el auténtico, cuyas huellas van quedando grabadas por dondequiera que pisa. La irrupción de esto misterioso y sobrenatural en la obra de Ignacio constituye el tema de la visión genial y escalofriante de Sert en el lienzo del museo donostiarra de San Telmo.

I

Empecemos aventurando una afirmación, que al pronto podría tener visos de hiperbólica y temeraria : hoy conocemos a Ignacio mucho mejor que cualquiera de los contemporáneos pudo conocerlo. A ellos les faltaba la perspectiva ; no podían contar sino muy inadecuadamente con puntos de referencia y de comparación. Además, ellos, aun los más íntimos, no penetraron nunca, sino a medias, en los misterios insondables de su espíritu. Sumergidos por fuerza en las mil peripecias de lo cotidiano y en lo efímero que presentan los sucesos, mientras

están transcurriendo, apenas si pudieron sospechar la eficacia posterior de su acción y de su obra personalísima. Entre todos reunieron y nos legaron un material biográfico de primerísima categoría; pero seguramente ninguno de por sí dispuso del conjunto de ese material en la medida que nosotros. Y, en todo caso, ninguno pudo depurarlo tan refinadamente ni encuadrarlo en sus exactas coordenadas históricas, ni mucho menos separar en él lo permanente y lo episódico, contrastándolo con la evolución posterior.

A pesar de todo, aquellos tiempos y aquellos hombres de fe exuberante llegaban más pronto que nosotros, con una intuición más limpia y más sencilla, al núcleo esencial de las cosas. Lo que a nosotros se nos figura candidez en ellos es, con frecuencia, penetrante y original sabiduría. Ellos estaban en posesión de no sé qué sensorio luminoso, hoy casi radicalmente perdido. Gracias a él, aun en los episodios que hoy nos parecen sin importancia, captaban al punto las pulsaciones inconfundibles de un espíritu recóndito y superior. Y sin duda se asombrarían de nosotros si vieran qué esfuerzos nos cuesta descubrir lo que era para ellos la evidencia misma. Aludo, naturalmente, a lo que he llamado explicación carismática de la personalidad y de la obra de San Ignacio.

Si algún lector menos enterado encuentra nuevo el término, sepa que con él intento resumir todo lo que hay de intervención más o menos misteriosa de la gracia de Dios en el Santo. No me refiero tan sólo a aspectos estrictamente místicos de su vida, aunque muy en primer término me refiero a ellos. Creo que toda explicación que sin ellos se intente será raquítica. Pero además atiendo a otro género de factores que, al menos complexivamente, parecen señalar una acentuadísima orientación de la Providencia. En este sentido más amplio, también ellos son carismáticos, es decir, portadores de una gracia de Dios peculiarísima. O sea, que quien reduzca su contemplación al estrecho juego de elementos humanos y de factores puramente naturales no atinará con una explicación proporcional y quedará, por tanto, insatisfecho y desconcertado. No negamos lo humano, ni decimos que pierda su sentido. Al contrario, recibe nuevo valor y explaya al máximo su potencial al ser estructurado en la superior arquitectura. Veamos:

Ignacio apareció en una coyuntura histórica inigualable. Las circuns-

tancias no hacen al hombre y, por lo mismo, no bastan para explicarlo adecuadamente. Pero son ellas las que muchas veces hacen posible el desarrollo del germen personal y, desde luego, condicionan irremediablemente el sentido de la evolución. Ignacio apareció «en el momento más propicio de la historia», como dice Alfredo Weber, el historiador y sociólogo de la cultura. Me parece algo ingenuo y poco penetrante señalar la coincidencia casual de un par de fechas para montar sobre esa banal circunstancia un misterioso juego de la Providencia. Puestos a buscar y a señalar coincidencias, daríamos con los más curiosos hallazgos y nuestra filosofía correría el riesgo de perderse por caminos extravagantes. Los planes de la Providencia Divina son, en este caso, indudables, pero no se cifran en que tal aparición o suceso coincida con tal otro, sino en el complejo general de fenómenos históricos, que enmarcan la figura de Ignacio.

En 1491 vino al mundo, cuando Castilla estaba a punto de consumar en Granada la unidad cristiana de la Península y se aprestaban a toda prisa las carabelas para la sorpresa del Nuevo Mundo. Es decir, que Europa y el cristianismo iban a enfrentarse con empresas y aventuras totalmente inéditas, como si fueran chicos los problemas, que entonces mismo atormentaban a la vieja cultura de Occidente.

Es fascinador el espectáculo de la Edad Media que declina y de la época moderna que nace en torno a la cuna de aquel niño, que abre sus ojos al mundo junto a las aguas entonces desconocidas del Urola. El proceso, que de tiempo atrás venía madurando, iba a precipitarse, y la historia comenzará en seguida una nueva fase de su evolución. Junto a las antiguas fuerzas históricas, ya en decadencia, emergen otras nuevas. Nada de lo antiguamente válido e inmutable parece ya firme. «La fermentación religiosa en este período es un hecho incuestionable —ha escrito Walter Goetz—. El terreno está preparado para una fundamental reforma o para una revolución destructora.»

Espíritus poco perspicaces han podido creer que sólo estaban en crisis las antiguas formas en que habían plasmado una determinada orientación de la cristiandad, pero que las grandes perspectivas cristianas se mantenían intactas. O han podido creer que se trataba de una inaplazable reforma, *in capite et in membris*, en las costum-

bres, en las instituciones, en las manifestaciones de la vida religiosa y en la orientación general de la cultura. Media docena o poco más de binomios y de nombres emparejados saltan inmediatamente a la consideración del historiador, como si en ellos hubieran cristalizado los problemas angustiosos del momento, como si simbolizaran el antagonismo irreconciliable de fuerzas en el seno tumultuoso de aquella edad. Mombaer y Erasmo, Lutero y Beda, Maquiavelo y Savonarola, Alejandro VI y Adriano VI, Carlos V y Solimán el Magnífico. La *Devotio* moderna y el humanismo, la teocracia iluminista y la política de la astucia y de la fuerza, la herejía y la Inquisición, el Renacimiento pagano y la Reforma eclesiástica, la unión de los cristianos y el peligro turco. Pero bajo todos esos problemas y sobre todos ellos, e impulsándolos a todos, había algo de que muy pocos podían entonces percatarse plenamente. Se trataba, ni más ni menos, de una nueva concepción del mundo, del hombre y de la vida, que había roto o estaba próxima a romper, como estrechas e insuficientes, todas las categorías en vigor hasta entonces.

Si vamos a fijarnos ahora en una intervención carismática de la Providencia, no tiene por qué asustarnos admitir también que un impulso extramundano y satánico operaba en este gran teatro del mundo y, sin que ellos mismos lo advirtieran, movía los peones de la comedia hacia metas que rebasaban en absoluto todas las perspectivas e intenciones humanas. Los hombres de aquella hora andaban, seguramente, muy lejos de sospechar que se estaba alzando un ídolo, una nueva categoría superior e inapelable: el hombre con su razón independiente, con su voluntad, con su libertad sin restricciones. Todos los demás problemas, sabiéndolo o no, bailaban su danza loca en torno a este falso dios, que pugnaba por instalarse en el centro del cosmos.

II

Pues bien, lo que Ignacio había de significar en esta coyuntura del mundo, nadie hubiera podido ni rastrearlo durante la primera mitad de su vida. No se descubre en ella absolutamente nada que haga presentir a esa que Marañón ha llamado «una de las más altas figuras

de la vida española, aparte de su santidad». Hasta los treinta años, aquel hidalgo sin recursos personales, hijo último y tardío de un noble solar provinciano, apenas si pudo abrirse paso en una existencia oscura. Ya había rebasado ampliamente la media de la vida humana de entonces cuando su voz empieza a ser oída en el tablado de la comedia humana. Hemos de soslayar sin vacilaciones una tentación muy explicable: la de proyectar las luces posteriores sobre las primeras etapas de su camino. Hay hombres que vienen al mundo marcada desde el primer momento su frente con un indeclinable destino. Como esos niños prodigios, sobre cuya madre grávida parpadeó alguna estrella misteriosa. Aquí no. Aquí, los sucesos no pasan de una vulgaridad sin el menor relieve.

Los biógrafos de ayer y de hoy se entretienen en espigar con manifiesta delectación y, a ratos, con mejor voluntad que acierto todos aquellos pormenores que contribuyan a explicar la carrera posterior de su personaje. Es una solicitud conmovedora, pero infructuosa. Nada vemos en él que, sobre poco más o menos, no pueda repetirse de cualquier otro hidalgo español de aquellas fechas. Hay un momento en que la atención del historiador se despierta, y es cuando oye que el mancebo abandona su casa-torre y su estrecho valle y marcha a Castilla en busca de la educación cortesana y de la fortuna, que puede tal vez brindarle el contador mayor Juan Velázquez. Pero nada. Allí desaparece en el anónimo, entre los pajes o *continos* del contador. Y corren los años, y llega a los veintiséis de su edad e Iñigo de Loyola no es otra cosa que uno de tantos «guipuces», como Fernando del Pulgar veía que pululaban por las casas de los magnates castellanos. Si no fué un tiempo perdido, tampoco fué —y mucho menos— el encumbramiento y el primer plano que hubiera pronosticado el que comenzara a leer su biografía por la última página. Aprendió a cabalgar a la brida, a justar y tornear, a jugar cañas, a rimar malos versos, a cortejar a las damas y cantar a la viola. Aprendió aquellas maneras exquisitas y aquel trato de gentes que lo distinguieron hasta el último día de su vida. Aprendió también el sabor agrio y excitante del pecado. Aquellos años sirvieron, sobre todo, para que sus primeras visiones juveniles se abrieran a horizontes más amplios. Las llanuras de Castilla y los problemas, preocupaciones o rumores de la Corte no

eran, por cierto, la vega del Urola y los montes de Oñaz o los ganados del caserío de Agaunza y los fresnales, huerta y palomar y molinos de que nos habla la escritura fundacional del Mayorazgo de Loyola.

Pero digo que los años de Arévalo volaron y él no ascendió ni un peldaño en su carrera. Hubiera encanecido en las esperanzas cortesanas, como recalcaba sentencioso el poeta, si la desgracia y ruina de su protector Velázquez no le hubiera dejado inesperadamente sin empleo en lo más galano de su florida juventud.

Ésta fué la ocasión de que entrara al servicio de su lejano pariente don Antonio Manrique de Lara, segundo duque de Nájera, por aquellos días virrey de Navarra. Sobre la carrera militar del joven caballero no se puede trenzar una larga historia. En papeles subalternos y en acciones muy secundarias, no tuvo apenas ocasión de señalarse sino por su valor personal en la defensa de Pamplona. Y aun este valor, que conocemos por un relato confidencial suyo, no ha dejado huella ninguna ni en los despachos oficiales del suceso ni en las relaciones de la época. Es su vida y su acción posterior lo que ha proyectado intensa luz sobre estas primerizas actuaciones guerreras. Por sí mismas hubieran permanecido hasta hoy sepultadas en las sombras, como las de tantos valientes de todos los tiempos. Si bien se mira, ni siquiera tuvo ocasión de hacer más de lo que hizo: en la primera oportunidad seria que se le ofreció, su arrojo lo puso inmediatamente fuera de combate.

Aventurado e insustancial sería lanzarse a conjeturas sobre adónde hubiera llegado Iñigo de Loyola por aquellos rumbos cortesanos o guerreros que entretuvieron sus esperanzas juveniles. Sus ambiciones eran desmesuradas, pero ¿qué joven pone freno a su imaginación y a sus ambiciones? Lo cierto es que ya salió hace quince años de su casa solariega y ahora vuelve a ella en una litera y con la pierna rota. Muchos humos y muchos sueños en la cabeza, pero ninguna realidad cierta sobre la cual fundamentar un porvenir algo más que mediocre. Ésta es, vista sin anteojos rosados, la desnuda historia. Quiero decir, y lo repito, que estos años y actuaciones de la primera mitad de su vida no autorizan a pronosticar la obra gigantesca que vendrá después y su influencia incomparable en los destinos del mundo.

III

Tal como yo veo las cosas, tampoco en sus cualidades personales y humanas se revela un destino de tan universal resonancia. Esas cualidades hay que afirmar que son sobresalientes y dignas de un futuro brillante. Pero, examinadas en sí mismas, no responden, según creo, a la misión que de hecho Ignacio está llamado a desempeñar. Cuando los biógrafos tocan este punto, incurren incautamente en la misma tentación de que antes huíamos. Si lo contemplamos en una y otra etapa de su vida, parecen dos personajes distintos y no una adecuada prolongación y maduración del uno en el otro. A ambas etapas las separa (como vamos a ver) un fenómeno de índole misteriosa que, sin anular al Iñigo de antes de la conversión, lo coloca en un plano de superior trascendencia y hasta imprime en su carácter y en su psiquismo las huellas incandescentes de la irrupción de Dios en su espíritu. Por eso no es lícito barajarlo todo, lo primero y lo postrero, como si todo estuviera allí en germen desde el principio. No es lícito anticipar a sus años anteriores lo que es fruto o producto no sólo de las peripecias de la vida y de su esfuerzo personal, sino también y principalmente de las incursiones en él de la gracia. Con esto no pretendo negar que en el hombre se esconden con frecuencia cualidades que sólo emergen en determinadas circunstancias. Si esas circunstancias no se ofrecen, las cualidades no rompen el capullo y nunca llega a descubrirse la potencia oculta que allí anidaba.

Hasta el momento de su conversión, Iñigo de Loyola fué un hombre adornado con dotes que, de creer a los que le conocieron, eran envidiables, pero que, si nos atenemos a los hechos, no bastaron para superar eficazmente una situación mediocre en la vida. Cuando esos que le conocieron nos hablan de él ya se habían verificado en su persona mutaciones trascendentales, y, por tanto, sus testimonios van coloreados irremediablemente por la fascinación que producía su santidad y su personalidad acentuadísima. Tienen, sin embargo, el valor de que traducen más o menos, con una exactitud que se ha de comprobar en cada caso, las apreciaciones mismas del Santo sobre aquella etapa anterior de su existencia.

«Era de su persona recio y valiente y, más aún, animoso para acometer cosas grandes», escribe el P. Juan de Polanco, que fué su secretario y recogió de sus labios inestimables confidencias. En esa afirmación ve Mauricio Iriarte la acometividad expansiva, rasgo distintivo común en los Loyola de entonces. «Era hombre para mucho», dice Nadal. Estos alientos estaban a tono con su ambición exagerada y vanísima, a veces casi infantil. Infantil precisamente porque no sabía atemperar los sueños con sus razonables posibilidades y en su imaginación se desquitaba, con amplia usura, de lo escaso que la tacaña realidad le ofrecía.

Además, «ardiente», dice Laínez con una sola palabra. «Naturaleza férvida y eximia», dice con frase latina y retórica Nadal, el mallorquín melancólico. Era, pues, un carácter ciclotímico, si nos gusta la clasificación kretschmeriana. En consonancia con este tipo de carácter estaba su exuberante capacidad afectiva, que jugará luego un papel preponderante en su experiencia y en su doctrina espiritual. Dentro de la misma esfera emocional rebullen igualmente esas otras cualidades que Polanco rememora con el manifiesto propósito de inundar de luz el retrato: su nobleza de ánimo, su generosa liberalidad y la gratitud con que respondía a la conducta caballerosa o a cualquier servicio de los demás. Admitido todo esto, a nadie sorprenderá que fuera un carácter extravertido, un hombre que vivía hacia fuera. Necesitaba del choque con lo exterior para que saltaran las cascadas de su propia vida. Todo cuanto sabemos de él hasta el momento culminante de su conversión (sus galanteos, sus vanos sueños, sus ambiciones, sus violencias y hasta sus pecados), todo nos habla de su mundo emocional, cálido y polivalente, que no admite represas ningunas y que revienta en mil formas impensadas y estrepitosas.

Fruto de ese mismo carácter era la tendencia práctica de sus aptitudes intelectuales. Se ha dicho de él que no era un sabio. Y, efectivamente, no lo era. Ni por lo tardío de sus comienzos literarios, ni por lo accidentado de su carrera escolar podría serlo. Ni siquiera por la índole de su temperamento. Luchando contra todo eso se mantuvo once años o poco más sobre los libros y logró adquirir una formación cultural y eclesiástica muy por encima de la media que alcanzaban los clérigos en aquel siglo. De ello dan testimonio los que estudiaron con

él y sus promociones académicas en la universidad de París. Un éxito indiscutible de su constancia en el desabrido trabajo y de su natural talento.

Sin embargo, cuando los contemporáneos hablan de su capacidad e ingenio entienden referirse principalmente a esas dotes que sirven para la comprensión de la vida y de sus problemas, así como para la invención de soluciones, procedimientos y coyunturas adecuadas. Sino que, en este punto, no podremos nunca señalar netamente lo que se debe a una disposición natural y lo que sería forzoso atribuir a la luz superior de sus comunicaciones místicas. Aún tenemos que completar el cuadro con una pincelada más : no es posible dejar en las sombras aquella habilidad para «saber tratar los ánimos de los hombres». Era un don de gentes innato en él, que se pulimentó con el trato cortesano de Arévalo y que más tarde había de llegar a un verdadero refinamiento gracias a su espíritu observador y gracias, sobre todo, a los prodigios que sabe obrar la caridad de Jesucristo. Tampoco en esto sabríamos distinguir las fronteras indubitables entre la naturaleza y la gracia.

Ni en esto ni en ninguna otra cosa. La gracia y la operación de Dios no cae sobre una abstracción o entelequia de hombre, sino sobre un hombre concreto, sobre un ser personalísimo de características definidas. Pero luego, entre lo puramente humano y esto otro adventicio y preternatural, se verifica una tan magistral soldadura, que ya ni el ojo más experto logrará adivinar dónde está el punto de confluencia.

Sin embargo, en el Ignacio ya convertido y entregado a la acción de la gracia, el historiador tropieza con dos rasgos inconfundibles y típicos de su figura que no había encontrado antes en él o, al menos, no en esa marcadísima y casi monopolizadora prevalencia. Es algo, por una parte, tan innegable y, por otra, tan en disonancia con el resto de sus notas ciclotímicas, que el psicólogo —para salir de aprietos— tiene que admitir aleaciones exageradas del tipo contrario. Evidentemente que tipos puros no existen sino en teoría y en la clasificación del científico. Pero aquí tenemos que la aleación secundaria se impone, y como que devora y engulle al elemento primario, como en el sueño de las vacas que interpretó José.

Es el caso que hasta los días de sus lecturas del *Flos Sanctorum*, cuando la gracia estaba trasmutando su espíritu para convertirle en otro hombre, hasta entonces Ignacio no vino a descubrir el mundo misterioso y fabuloso de su intimidad. Hasta entonces no se dió en él (o no hay nada que nos autorice a suponerlo) ese encuentro misterioso consigo mismo, que tanto había de sorprenderle y donde luego buscará siempre las más exquisitas, las decisivas comunicaciones con Dios. Esa misma sorpresa suya y la admiración que le produjo el fenómeno parece indicarnos que esta clase de vivencias eran del todo inéditas en su psicología extravertida. Hombre fácil a la emoción y a la reacción, del choque con los estímulos de fuera saltaba casi automáticamente a la obra, sin detenerse en sí mismo. Pero entonces aprendió a volver los ojos sobre su propio espíritu. Y este mundo interior le maravilló tanto que en adelante fué el objeto de sus más perspicaces miradas.

El extravertido, sin dejar de serlo, se hizo también reflexivo. Y en grado tan extremoso que precisamente la reflexión es una de las claves imprescindibles de su doctrina espiritual. Hasta no falta quien ha visto en ella una orientación punto menos que morbosa de su carácter. Desde luego, tal como en él se desarrolló, parece algo que rebasa las medidas normales y naturales. Y puesto que su complejo psíquico y su acción incomparable descartan *a priori* toda patología, habremos de admitir que estamos en presencia de una huella supranatural y carismática. Precisamente este espíritu de reflexión implacable es lo que ha deformado la imagen que muchos conocen del santo y la han convertido en una caricatura antipática, como si hubiera sido un cerebro que trabajaba sin intermitencias e impermeable a toda infusión y efusión de sentimientos humanos.

Lo mismo sucede con otra cualidad característica suya que afirman unánimes los biógrafos. También ella sobresale tan acentuada, que acapara sobre sí la atención, aun a costa de otras cualidades. «Suele nuestro Padre ser tan constante en todas las cosas que emprende, que hace espantar a todos», escribía el portugués González de Cámara. Digo que esta constancia es disonante en un carácter afectivo y ciclotímico como el suyo. Tales caracteres se impresionan y se inflaman pronto; se inflan y se desinflan con la misma facilidad, por-

que están a merced de los estímulos exteriores. Por lo mismo, son mudables y tornadizos. Por muy fuertes dosis esquizotímicas que el psicólogo inyecte en el temperamento primario de Ignacio y aunque contemos largamente con la influencia que sobre el carácter ejerce el cultivo ascético, parece difícil llegar a esa tenacidad y constancia portentosas que en él encontramos. Con razón los contemporáneos quedaban perplejos y no sabían explicársela sin acudir a intervenciones sobrenaturales.

IV

Pues bien, este hombre cuyas circunstancias, cuya fisonomía psicológica y cuya primera actuación hemos intentado poner de relieve algo apresuradamente, digo que este hombre, cuando menos podía esperarse y cuando ya ha consumido en un absoluto anonimato más de tres cuartos de su vida, se impone repentinamente a la Europa de entonces y para siglos después como uno de los constructores más poderosos del mundo cristiano. A partir de un momento determinado, la Providencia de Dios irrumpe en la vida de Ignacio con manifestaciones sorprendentes y casi tangibles.

La libertad humana está siempre mucho más condicionada y es harto más restringida de lo que suele pensar una filosofía de manual para uso de bachilleres. Pero cualquiera que sea, amplia o recortada, la libertad del hombre va corriendo por unos cauces invisibles que ha excavado en el tiempo la omnipotencia de Dios y que terminan todos por desembocar en los fines de su voluntad soberana. Es labor nada fácil, pero de asombrosos resultados, el desenmarañar la madeja y descubrir cómo, sobre todas las intenciones y proyectos humanos y aun contra ellos, la vida de cada individuo singular o el entramado universal de la Historia obedecen a designios y fuerzas misteriosas. Esas fuerzas se sirven unas veces de la libertad de las criaturas y otras veces la interfieren, la superan o la anulan con irremediable señorío. Comprobarlo y señalar su orientación y el engranaje sutil de factores humanos y extrahumanos sería el empeño más comprometido de una ambiciosa teología de la Historia.

Que un soldado caiga herido y rota la pierna mientras defiende los

torreones de una fortaleza sitiada no pasa de ser una peripecia vulgar entre los incidentes de una guerra. Y esto es lo que sabemos que sucedió con San Ignacio. Pero los biógrafos (los primeros y los últimos) se complacen en llamarnos la atención sobre una circunstancia que ya no les parece vulgar. En ella ven una indicación de que la bombarda, cuya pelota derribó al capitán Loyola, estaba manejada desde arriba por mano misteriosa. Porque desde aquel año de 1521 dos castillos pasarán definitivamente a la Historia: el de Loyola y el de Wartburgo. Ignacio y Lutero, dos nombres que van a ser irreconciliables, se retiran casi simultáneamente (sin saber el uno del otro) y pasan encerrados casi el mismo tiempo, cada cual en su retiro, para salir después a sus contradictorios destinos. Puesto que los biógrafos gustan de estos juegos cronológicos, no perturbemos con puntualizaciones matemáticas su inocente descubrimiento. Bástenos con adelantar que el destino de Ignacio, en los planes de la Providencia, había de superar con mucho a lo que deja entrever la antítesis de ambos nombres.

Como quiera que sea, a partir de este momento no hace falta una perspicacia exquisita para rastrear las huellas de algo misterioso en los sucesos que se irán engranando y que, de sorpresa en sorpresa, nos llevan por toda la vida de Ignacio hasta el último acto de ella, hoy hace cuatro siglos. Todo es magnífico, pero, si uno cierra los ojos a eso misterioso, todo es inexplicable. La herida de Pamplona no le impuso a Ignacio una renuncia forzosa a la carrera de las armas. Ni él ni los suyos pensaron nunca que los horizontes bélicos quedaban cerrados. Los autores que insinúan tal especie ceden a hipótesis arbitrarias e incurren en manifiesto error. En lo que va a suceder no influye para nada la necesidad de tomar nuevos rumbos. Por lo demás, esos nuevos rumbos son, en este caso, de una ascética tan rechinante y tan extremosa, que sólo un psiquismo desequilibrado podría refugiarse en ellos. Ahora bien, esa pérdida del equilibrio psíquico está en contradicción imposible con toda la actuación que siguió a los primeros pasos del convertido y con la influencia que ha ejercido su acción.

La verdad es que dos libros —el *Cartujano romanzado* y el *Flos Sanctorum*— cayeron como por casualidad en sus manos ociosas de

convaleciente. Lecturas intermitentes y meditaciones prolongadísimas abren paulatinamente su espíritu a las perspectivas de otra clase de héroes y a las posibilidades de otras hazañas. Luego, adviene el descubrimiento de su mundo interior ; y en ese mundo, como en escenario, la visión de un rudo combate entre fuerzas invisibles. No pasarán muchos meses, y una iluminación prodigiosa (de que hablaremos en seguida) le revelará en Manresa cómo la lucha, que ahora experimenta en el microcosmos de su propio yo, no es sino un fragmento del universal conflicto entablado en el mundo. Entonces sabrá de los dos campos en que se parte el cosmos y de las dos banderas que dividen a los hombres. En Loyola y en aquellos días se opera en el herido una transformación patente que preocupa a la familia. Su hermano don Martín, el jefe de la casa, «le llevó a una cámara y después a otra y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente y cuánto puede valer y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía».

Ese buen deseo era entonces el de «imitar a los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios, de hacerlo como ellos lo habían hecho». Tal fué el fruto inmediato de sus lecturas espirituales. La gracia de Dios conmovió su corazón y lo dispuso a grandes resoluciones, pero no iluminó los horizontes futuros de su vida. Esta es una de las cosas más sorprendentes y, para mí, la fundamental, que descubre el historiador atento en todo cuanto ha de ir aconteciendo en los años sucesivos de Ignacio. Y esto es lo que yo llamo explicación carismática de su personalidad y de su obra. Desde este momento, Ignacio recorre a ciegas y como empujado por un espíritu superior las etapas fundamentales de su vida. Sus empresas magníficas no están previstas, planeadas, estudiadas, maduradas y elaboradas por su genio personal, sino que surgen en toda su grandeza inopinadamente, en virtud de algún secreto designio. Tan secreto que él mismo apenas si llega ni a barruntarlo. Cierto que esas empresas (que no son obras suyas) son también suyas y llevan todas su impronta inconfundible : una como marca de fábrica que nadie lograría falsificar. Pero aun en eso que tienen de personales, surgen de un hombre sobre cuya íntima naturaleza los carismas divinos han elaborado una sus-

tancial transformación. Y esta transformación no está absoluta y totalmente completada desde un momento dado, sino que es algo que va continuamente progresando por la concurrencia permanente de lo misterioso y carismático con los elementos y factores humanos.

Salió, pues, de Loyola y del solar de sus mayores con los ojos vendados sobre su porvenir. Allá, en su interior, había ido amorosamente acariciando proyectos que no se realizarían nunca. «Ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos lo tuviesen y allí nunca comer sino hierbas.» Otras veces se le ocurría ir de pueblo en pueblo, como pordiosero vagabundo, porque pensaba que en la Cartuja «no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido». De momento, la luz de Dios no ilumina lo que ha de suceder, sino su vida pasada. Y a esta luz advirtió «cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella». Con esta única idea abandona su casa. Como en otros muchos penitentes de tiempos atrás que él ha leído en su *Flos Sanctorum,* lo primero ha de ser una peregrinación a Jerusalén, «con tantas disciplinas y tantas abstinencias cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer».

Pero, si no sabe adónde va, sabe lo que deja de una manera irrevocable. Atrás quedan para siempre sus esperanzas cortesanas, sus empresas militares, sus botas «polidas» de caballero, sus sueños galantes de princesas, sus necedades de «mozo desgarrado y vano», sus pasiones desordenadas y sus pecados. Atrás quedan, sobre todo, sus pecados. Cierta noche experimenta una conmoción extraña y una dulcísima sensación, como si la Virgen bendita estuviese allí presente. Y desde aquel instante le pareció como si le hubieran «quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas». Se disolvieron automáticamente las imágenes vergonzosas que pululaban en su fantasía. Ha comenzado la transformación carismática. Exclusivamente carismática, como que en ella ni siquiera intervino la ascética implacable de Manresa. Esa ascética vino después y no fué el preámbulo, sino la prolongación rectilínea del espíritu con que salió de Loyola. Y de Loyola salió porque se determinó a «totalmente renunciar a su tierra y a los suyos y a su mismo cuerpo y entrar en la vía de la penitencia».

Manresa es una etapa imprevista en su camino. En Manresa le aguarda un nuevo y superior carisma para ponerle ya de frente a su misión en el mundo. Loyola significa, pues, un volver las espaldas a lo de atrás. Manresa, un entrar en las rutas de lo que va a venir. Pero repito que Manresa es algo en que no ha pensado Ignacio cuando preparaba minuciosamente las etapas de su camino para embarcarse hacia Tierra Santa. Manresa es una resolución de última hora, una desviación fortuita del camino derecho de Montserrat a Barcelona para no tropezar con quienes «le conociesen y le honrasen». De todas maneras, esta decisión extemporánea no debería modificar sino ligeramente los proyectos primitivos, porque en Manresa sólo intentaba detenerse cortos días. Luego, los cortos días de su propósito se convirtieron en los largos diez meses de los designios de Dios. Dios tenía previsto y determinado que Manresa fuera el escenario de una de esas transformaciones radicales que la gracia sabe operar en la criatura y que fuera, además, como otra roca Mosaica de donde saltara, para continua renovación de la Iglesia, una de las más poderosas y fecundas corrientes espirituales.

El retraso en el viaje de Adriano VI, que se detuvo en Zaragoza por los rumores de la peste, fué quizá lo que obligó al peregrino a demorar su permanencia en Manresa. Ésta pudo ser la razón humana y transitoria. Pero luego le clavaron allí las fuerzas insospechadas y místicas de las comunicaciones divinas. Lentos transcurrieron los primeros meses en aquellos ejercicios de una penitencia espantable: el mendigar cotidiano, los ayunos y abstinencias, el dormir en el suelo, sus siete horas de oración de rodillas, el desaseo, tan contrario a sus antiguos hábitos de cortesano y caballero refinado, las disciplinas insistentes, el mezclarse con los pordioseros y compartir su conversación y compañía. Con invencible constancia, que más tarde Laínez, el gran teólogo, no sabrá explicarse «sin especiales y fuertes dones y especial asistencia del Señor», con generosidad indiscreta de neoconverso, el penitente mantenía sus deseos de hacer «cosas grandes». Él no sabía entonces de otras cosas grandes sino de las que había leído en el *Flos Sanctorum* y que resumía simplemente en la austeridad y rigor despiadado con su cuerpo. Y lo llevó tan lejos, que

«con ser al principio recio y de buena complexión, se mudó mucho a lo contrario». «Cosas grandes» que, si en los primeros pensamientos de Loyola iban todavía tiznadas con el humo inconsciente de la propia honra y más adelante miraban a la necesidad de satisfacer por sus culpas, apuntaron, por fin, ahora a lo que se convirtió pronto en obsesión característica, en una como sobrenatural manía del santo: la gloria de Dios.

Pasados los primeros cuatro meses, sin preámbulo ninguno que lo hiciese presagiar, por purísima y repentina liberalidad de Dios, acontece algo con que definitivamente se clausura lo pasado. Y, como de entre las aguas de un carismático bautismo, emerge el hombre nuevo de los destinos providenciales. Cámara, su confidente, lo cuenta así: «Iba una vez por su devoción a una iglesia que está poco más de una milla de Manresa (que creo yo que se llama San Pablo) y el camino va junto al río. Y, yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando así sentado se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento. Y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras. Y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas... Y esto fué en tanta manera de quedar con el entendimiento ilustrado, que le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes.»

Así, junto a la mansa corriente del Cardoner, se realiza la transformación prodigiosa y sustancial. Ahora es cuando él mismo se siente verdaderamente otro hombre. Todo aparece como nuevo a sus ojos y como transformado, porque el nuevo y el transformado es él y su visión de las cosas. Aquí se da una infusión súbita, abundantísima y general de un don superior para conocer y gustar las cosas divinas y para buscar la voluntad de Dios y guiarse por ella en las determinaciones de su vida. Aquí termina el influjo y se apaga la luz del *Flos Sanctorum*, porque para él se ha encendido otra mística luz. No es que entonces le comunicara Dios todavía la misión o el programa concreto que ha de realizar, sino una mentalidad, un espíritu nuevo. Con este espíritu es radicalmente otro hombre. Ve las mismas cosas de antes, pero de un modo nuevo, más profundamente en sí mismas

y más sabiamente en sus mutuas relaciones y en ese misterioso estar todas colgadas de Dios. Pero todo esto lo ve y lo conoce, gracias a esos carismas suculentos de inteligencia y sabiduría, que son una participación de la luz de Dios. Por tanto, lo ve todo desde arriba, desde esta unión y connaturalidad luminosa y afectiva con Dios.

Transformada así carismáticamente su persona y su visión de las cosas, se zambulle el penitente otra vez en el amargo dolor de su vida pecadora y —por contraste con esta luz— descubre su propio ser «como una llaga y postema de donde han brotado tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima». El espanto le obsesiona, y queda sumido algún tiempo en la noche tétrica de sus escrúpulos. Luego se abren todos los abismos de la misericordia y de la infinita caridad de Jesús y se pregunta alucinado: «¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?» A esta luz, a la luz carismática del Cardoner, este hombre sin teología, sin formación humanística, sin contacto experimental con las corrientes ideológicas y culturales de su siglo (todo eso vendrá después), aprende infusamente la concepción cristiana del mundo, del hombre y de la vida. Y cuando apenas sabe sino leer y escribir, de su pluma brota el librito fabuloso de los *Ejercicios*, la antítesis más completa del ídolo que (como vimos) pugnaba por entronizarse en el mundo.

Si en un hombre, o en un libro, o en un movimiento cultural puede el lector concretarme la clave del espíritu anticristiano que empezaba a soplar en aquel momento histórico de Europa, enfrente podremos ponerle esa concentración apretadísima de vitalidad netamente católica que son los *Ejercicios Espirituales*. La medula sustancial de ellos procede por entero de estos días de Manresa, y hay que atribuirla (o toda explicación es absurda) a esa infusión misteriosa de sabiduría sobrenatural. El genio, el estilo y el carácter personalísimo de Ignacio no son eliminados y quedan aleteando en cada línea y en cada frase del libro. Pero por todo él, desde la primera letra hasta la última, circula un espíritu superior que no puede ser reducido a humanas categorías. Cuanto se diga sobre su arquitectura pedagógica, sobre sus aciertos geniales de expresión, sobre su método cimentado en una singular psicología y sobre cuanto se quiera añadir, todo eso es ver-

dad. Pero aún eso resulta extrañamente enigmático en un hombre de rudimentaria cultura. Todo es insuficiente y raquítico para explicar, sin eso otro carismático lo que los *Ejercicios* han significado desde entonces en la renovación espiritual de la Iglesia.

V

Y henos aquí de nuevo ante lo sorprendente: Ignacio, tan inundado de claridades místicas junto al Cardoner, lo ignora todo sobre el porvenir de su vida. Ni en la ilustración misteriosa, ni en los *Ejercicios* le ha revelado Dios sus designios. En ellos ha descubierto, eso sí, que su existencia toda ha de estar bajo la bandera de Jesucristo, en absoluta abnegación para una misión apostólica. Otra cosa no sabe. De ahí los diversos tanteos que le vemos hacer como hombre desorientado.

Pasados aquellos diez meses de Manresa, llegó la hora de embarcar para Tierra Santa. Pero la peregrinación de penitencia, que fué su sueño de Loyola desde los *Ejercicios*, se ha convertido también en una peregrinación de apostolado. «Su firme propósito era quedarse en Jerusalén visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, ultra de esta devoción, de ayudar a las ánimas.» Su desconcierto fué incalculable cuando proyecto tan cimentado se vino a tierra y se vió obligado a regresar de Jerusalén.

Tras éste, también otros proyectos le irán fracasando. Hasta que el santo aprende por experiencia una lección de valor definitivo para él y para todo el que llega a aprenderla. Aprende, pues, la suprema sabiduría de estar colgado en cada momento de la voluntad de Dios. Conviene que el lector lo entienda bien: no se trata de una disposición del espíritu para someterse a la voluntad divina en todas las cosas. Esa lección no tiene ya que aprenderla. Me refiero a otra muy superior y de perfección refinadísima. Lo que Ignacio irá aprendiendo es ese estado de permanente escucha para captar en cada instante las pulsaciones del espíritu. No es un acto que se ha puesto de una vez para siempre y que de una vez para siempre ha recibido el empujón de lo divino. No sólo eso, sino, además, la pregunta ciega y humilde que no intenta ver más allá de lo que cada instante singular lleva consigo y requiere, por consiguiente, una atención, una sumisión y una do-

cilidad continuamente renovada. Pero de esto hablaremos en seguida.

«Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando *quid agendum*, y, al fin, se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas.» Estas vacilaciones demuestran, sin duda posible, que Dios no le había descubierto en Manresa, ni antes ni después hasta entonces, lo particular de sus designios providenciales. Dios quiere irle guiando minuto a minuto, unas veces con inspiraciones y comunicaciones directas y otras veces por medio de las mismas peripecias o acontecimientos humanos. Lenguaje éste también divino, pero difícil de entender y propicio a falsificaciones, si quien escucha no sabe despojarse de sus afectos desordenados y no se levanta sobre las voces tumultuosas de las criaturas.

Tenemos, pues, que Ignacio vuelve de Palestina y entra en Barcelona, por la Cuaresma de 1524, sin saber a punto fijo qué rumbo dar a su vida. Se le ocurre que, para sus deseos apostólicos, le será conveniente alguna iniciación en los estudios. Sólo pretende los conocimientos elementales y apresurados que sean indispensables para que su actuación no parezca humanamente insensata. Así comprendemos aquella precipitación con que en Alcalá simultanea Lógica, Física y Teología, en barajamiento indiscreto y anticientífico, una vez que logró en Barcelona cierto manejo superficial de la lengua latina. Me parecen (como he dicho) tanteos desafortunados de quien apenas si sabe a medias adónde va. Pero si él no lo sabe, lo sabe Dios. Y Dios va disponiendo los acontecimientos para prepararle no a una labor apostólica personal y recortada, sino a la creación de la Compañía de Jesús, una de las organizaciones de apostolado más originales, universales y eficientes que han surgido en la Iglesia.

Si hay algo que pueda históricamente comprobarse hasta en los pormenores más nimios es este camino ciego de Ignacio a una de las metas más luminosas de su vida. Hasta llegar a ella «*quasi sapienter imprudens*», que diría Nadal, va deslizándose interminable una larga etapa de dieciséis años. Situados en esta perspectiva de cuatro siglos, cuando desaparecen los detalles y menudencias de cada día y sólo quedan en pie las líneas maestras de las grandes creaciones históricas,

es fácil que incurramos —y algunos historiadores han incurrido— en conclusiones y síntesis precipitadas. Sería magnífico, pero es falso, si hubiera sucedido como algunos sueñan. Si este poderoso cerebro de un español de aquel siglo, en un chispazo de genial intuición, hubiera atinado con lo que la cristiandad había de poner enfrente de la rebeldía de Lutero. Pero ni la Compañía de Jesús es una creación precisamente antiluterana, ni brotó como un invento colosal del cerebro incandescente de Ignacio. Las cosas son más sencillas y, por lo mismo, son (a lo que pienso) más grandiosas. Son más grandiosas porque una explicación humana retrocede ante una explicación carismática. Ignacio pensó que Dios le llamaba a una vida apostólica, en absoluta pobreza y abnegación de sí mismo y en seguimiento de Jesucristo. Pensó que otros podían, como él, amar a Jesús y despreciar las ambiciones del mundo y hacer el bien a las almas. Y no pensó más, ni supo más. No se acordó de Lutero, ni soñó con las Indias, ni le llamaron la atención las tierras recién aparecidas del Nuevo Mundo. Todo eso y mucho más vino después, impensada y misteriosamente, cuando sonó la hora de Dios.

Ignacio pensó otra vez y siguió pensando en Palestina, porque Palestina estaba santificada por las huellas del divino Maestro. Él y sus amigos, si algunos se le agregaban, podrían dedicarse allí a la devoción y a la abnegación y al trabajo apostólico. Böhmer ha encontrado una frase justa, aunque excesivamente técnica, cuando, refiriéndose a Montmartre y a la consagración de aquel pequeño núcleo de maestros parisienses, habla de «la liga de estudiantes para la misión mahometana». Pero los planes de Palestina se frustraron otra vez, por la guerra entre los turcos y la Señoría de Venecia. Lo cual perturbó la tranquilidad de los mares e hizo imposible la navegación de los peregrinos. Éstos creyeron que el obstáculo sería transitorio y que la paz no tardaría en llegar, porque «los turcos no pueden vivir sin Venecia, ni Venecia sin los turcos». Así creyeron los peregrinos, que ignoraban los planes de Dios. Más tarde pudieron comprobar que ni antes ni después en muchos años, sino sólo entonces se había interrumpido el viaje de las naves a Tierra Santa.

Ha sonado la hora de la Providencia. Tras una oración de todos prolongada durante meses para conocer la voluntad divina y tras unas

deliberaciones operosas, va a nacer la Compañía de Jesús. El impulso y el espíritu nuevo infundido a Ignacio en Manresa es ahora cuando, al cabo de tantos años, cuajará en forma concreta y se revelará en toda su magnificencia. Ahora entiende el Santo, cuando ve surgir lo que él no sospechaba, y entendemos también nosotros lo que Dios iba preparando y adónde quería llegar cuando hacía correr los años en una formación larguísima y multiforme. Los planes de Dios, los carismas superiores, no excluyen de ordinario ni las cualidades humanas ni la preparación conveniente. Si esta preparación no basta para explicar la misión y la obra de Ignacio, tampoco es lícito prescindir de ella. Ya dijimos que precisamente en el engranaje o ensambladura de lo sobrenatural con lo humano se cifra la armonía inimitable del gobierno de Dios.

Pues es así que todos esos años le sirvieron al Santo como preparación humana para lo que el Señor pretendía. Durante ellos adquirió una formación cultural poco común entonces. Durante ellos acumuló, sobre todo, una experiencia incomparable por su peregrinación por tantas tierras, por su permanencia dilatada en los centros vitales de la Europa cristiana y por su contacto personal con los principales problemas y con las corrientes ideológicas que agitaban al mundo. Cuando Ignacio llega a esta cima de su vida, ya ha recorrido con sus propios pies buena parte de Europa : desde luego, casi todas las tierras de España (el país vasco, Castilla, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia) y, además, Francia, Flandes, Inglaterra, Italia y el Próximo Oriente. En sus incesantes peregrinaciones ha tratado con gentes de todas las culturas y profesiones y de todos los niveles sociales. Ha probado con personal experiencia las más diversas situaciones por que puede pasar un hombre : vida familiar en la casa-torre y en los caseríos de Loyola, vida áulica en Arévalo y siguiendo al contador mayor de Castilla, vida militar en servicio del virrey de Navarra, vida de herido y enfermo durante largos meses de paciencia y ociosidad, vida solitaria de ascética penitencia, vida de mendigo vagabundo, vida de estudiante en escuelas, colegios y universidades, vida de ministerios apostólicos como sacerdote novel y hasta la vida tormentosa y agitada del placer y del pecado.

Por lo menos a través de sus confesores y directores de conciencia, se ha puesto en contacto con las diversas corrientes de espiritualidad que circulaban en la Iglesia: de los benedictinos en Montserrat, de los dominicos en Manresa, Salamanca y París, de los cartujos también en París, de los cistercienses en Manresa, de los franciscanos en Barcelona y en San Pedro in Montorio. Ha convivido con hombres de las más diversas tendencias ideológicas, y ha respirado el ambiente cargado con la electricidad de las crisis más agudas de su tiempo. No por referencias o por libros, sino, mucho mejor, porque personalmente ha estado viviendo en esos medios, conoce el iluminismo y las preferencias erasmitas de Alcalá, el humanismo avanzado de los partidarios de Erasmo, de Santa Bárbara y de los lectores reales, y hasta las connivencias tolerantes de Vives, el antierasmismo de Beda y de la Facultad Teológica parisiense, las tendencias reformatorias de Standonk y de la Congregación de Monteagudo, las inquietudes luteranizantes de París, de Venecia y de Roma, la escolástica aristotélica y el nominalismo mitigado de sus cursos de Artes, el tomismo del convento de Saint-Jacques y las sutilezas escotistas de los Cordeliers.

Todo esto debería confluir en la estructura y en el mejor gobierno de la Compañía, una vez nacida, en su encuadramiento dentro de la Iglesia y en su adaptación a la nueva configuración de los tiempos. Sin esto, o Dios pediría a este hombre poco menos que un absurdo, o tendría que realizar un milagro permanente. Si así descartamos el milagro, que es una intervención exclusiva y manifiesta fuera del curso natural de las cosas, sin embargo no hay que dudar en admitir esa especial asistencia divina de que nos hablan unánimemente los testimonios contemporáneos.

Lo que la Compañía de Jesús significó entonces y lo que ha sido a lo largo de estos cuatro siglos, si queremos ser totalmente imparciales, podrían decirlo aquí los extraños a ella. Aun lo que ellos han dicho parece exorbitante y del todo desproporcionado a causas simplemente naturales. La Historia no ha hecho sino confirmar la conocida frase de Paulo III cuando leyó la primera minuta del Instituto Ignaciano: «*Digitus Dei est hic.*» El mismo San Ignacio aludió repetidas veces a ilustraciones superiores para dar razón de algunas innovaciones que

introdujo en la Compañía. Hasta nosotros ha llegado un fragmento reducidísimo del diario espiritual que escribió mientras redactaba las *Constituciones*. Y no es posible leer sin estremecimiento las comunicaciones místicas que en él se amontonan.

Hay algo peculiarísimo de la Orden; algo que es como su principio vital. Es algo que la constituye en su personalidad característica, le da cohesión y le imprime esa fuerza que en ella admiran y exageran aun sus enemigos y que, además, la convierte en símbolo y quintaesencia del catolicismo auténtico. Es su espíritu romano, el famoso cuarto voto de obediencia a la Sede Apostólica. Por eso, principalmente por eso, la odian cuantos la odian y la aman cuantos la aman. Yo no sé si el lector se sorprenderá cuando oiga que este espíritu y este famoso cuarto voto es algo que surgió accidentalmente y como fórmula expeditiva para solucionar, en caso necesario, un hipotético conflicto. Apenas si es posible eliminar más radicalmente todo cálculo humano e introducir casi a viva fuerza el factor misterioso. Porque lo accidental e hipotético, eso vino a convertirse en el alma y sustancia de la Orden.

La historia es como sigue: El 15 de agosto de 1534 se reunieron en Montmartre Ignacio y seis jóvenes amigos para consagrar a Dios los deseos y las primicias de una vida completamente evangélica. «No pretendían formar una congregación religiosa —contó Laínez, que era uno de ellos—, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios Nuestro Señor y al provecho del prójimo.» Pero todos o los más de ellos soñaban con Palestina, la tierra bendita del Salvador. Sintetizaron, pues, su consagración en estos tres votos: pobreza, castidad y peregrinar a Jerusalén. Allí podrían desenvolver, como Jesús, su actividad apostólica. Para la peregrinación fijaron fecha, una vez terminados sus estudios. Sin embargo, previeron que, por fuerza mayor, no pudieran realizarla en el plazo de un año o que no pudieran o no conviniera quedar en aquellos Santos Lugares. ¿Qué harían en tal caso? Como eran de diversas diócesis y no querían que aquella su amistosa hermandad se deshiciese con la dispersión, creyeron que lo más oportuno sería presentarse al Pontífice para que él dispusiese de ellos, «andando donde nos mandase.» Así sucedieron las cosas, y por eso he dicho que, en

la primera intención de aquellos hombres, se trató tan sólo de una fórmula que resolviese un conflicto hipotético.

El Papa les dió benigna licencia para navegar a Tierra Santa y permanecer allí como les inspiraba su devoción. Pero la amenaza bélica tenía cerrados los mares, y los maestros parisienses se diseminaron por las universidades de la Península en espera de la ansiada oportunidad. Conmovido por la reforma espiritual que el ejemplo y la predicación de aquellos jóvenes maestros operaban en todas partes, Paulo III dijo alguna vez a los que quedaron en Roma: «¿A qué tanto desear la ida a Jerusalén? Buena y verdadera Jerusalén es Italia, si deseáis hacer fruto en la Iglesia de Dios.» «Yo os seré propicio en Roma», había entendido Ignacio que Dios le decía en la altísima comunicación carismática de la Storta, cuando se dirigía en noviembre de 1537 a la Ciudad Eterna. El santo no entendió de momento qué quería Dios de ellos en Roma: «No sé si seremos crucificados allí.» «Pero sintió tal mutación en su ánima y vió tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no se atrevería a dudar de que efectivamente Dios Padre le ponía con su Hijo.» Era, por cierto, una impresión sobrenatural cargada de místicas significaciones. Era una gracia paralela, tal vez superior, a la recibida junto al Cardoner. Si aquélla había sido gracia para su magisterio espiritual de los *Ejercicios*, ésta era otra gracia para su obra de fundador y legislador de la Compañía.

Según la versión de Laínez, que (a mi modo de ver) es la más autorizada, la más completa y la que lo explica todo, en La Storta está Roma como culminación de los designios divinos sobre la misión de Ignacio. Los hechos lo demostraron. El plazo para peregrinar transcurrió con usura. Y la fórmula condicional de Montmartre se convirtió en el absoluto y solemne voto de los profesos. «Por nuestra mayor devoción a la obediencia de la Sede Apostólica y para mayor abnegación de nuestras voluntades y para ser más seguramente encaminados del Espíritu Santo, hemos juzgado que en gran manera aprovechará que cualquiera de nosotros y los que de hoy en adelante hiciesen la misma profesión, de más de los tres votos comunes, nos obliguemos con el voto particular de obedecer a todo lo que nuestro Santo Padre que hoy es y los que por tiempo fuesen pontífices romanos nos man-

dasen para el provecho de las almas y acrecentamiento de la fe. E iremos sin tardanza (cuanto será de nuestra parte) a cualquier provincia donde nos enviasen, sin repugnancia ni excusarnos, ahora nos envíen a los turcos, ahora a cualquier otros infieles, aun a las partes que llaman Indias, ahora a los herejes y cismáticos o a cualesquiera católicos cristianos.»

Así surgió impensadamente, providencialmente, carismáticamente la Compañía de Jesús.

Loyola-Arévalo-Pamplona, Loyola-Manresa-Montmartre-La Storta-Roma, eran dos trayectorias divergentes de una misma vida. La primera es la del hombre que marcha por sí mismo, lleno de esperanzas y de ambiciones, y que termina en nada. La segunda es la del hombre herido en su propio orgullo, transformado por la gracia, que se deja conducir por Dios. El exquisito humanista Frusio decía, hablando del Santo, que la gracia le parecía connatural en él y que era «*patiens divina*». Esta es la explicación más profunda y más definitiva de su portentosa obra. Todo consiste, como él mismo enseñó, en no poner impedimento a la gracia, en dejarse llevar por ella. Una voluntad bravía como la suya, un carácter versátil, una personalidad ricamente dotada y fértil en iniciativas hubo de sostener duro combate consigo mismo antes de quedar como una «pella de cera» blanda en manos de Dios. En esto se cifra la suprema y trascendental lección a que aludíamos antes. En teoría la aprendió muy pronto, pero sólo gradualmente llegó a realizarla en la práctica de cada momento con una perfección casi insuperable. Desde los comienzos de su conversión, encontramos en su epistolario la cláusula de despedida, que es como meta de todas sus aspiraciones : «Que su santísima voluntad siempre sintamos y enteramente cumplamos.» Se inclina una y otra vez sobre su propio corazón para detectar en él las mociones divinas ; ausculta los sucesos en torno suyo por si suenan con las pisadas de arriba ; pregunta a la obediencia de los superiores para «ser más seguramente encaminado por el Espíritu Santo» ; recurre a la oración en insistentes súplicas. No se adelanta nunca (esto es lo que, por fin, aprende), sino que aguarda siempre hasta que Dios se digne manifestar, de una forma o de otra, lo que quiere de él.

Y, cuando lo conoce, marcha con una tenacidad desconcertante, que, en frase de Cámara, «hace espantar a todos». Cámara la explica con diversas razones, pero no sabe valorar todo el peso de una que él apunta como otra cualquiera entre varias y que es la indispensable: «Porque hace sobre ello mucha oración y tiene lumbre de Dios.» Ciertamente, para Ignacio era indispensable y definitiva esta luz superior; por eso afirmó un día que no se atrevería a hacer «ninguna cosa de momento, aunque tuviera todas las razones, sin hacer recurso a Dios». Y en la última etapa de su vida, como él mismo confesó tres años antes de morir, había aumentado más que nunca su facilidad para encontrar el contacto divino. «De manera —dijo— que cada vez y a cada hora que quería encontrar a Dios lo encontraba.» Así es cómo el instrumento se ponía en manos del Supremo Artífice y cómo de estas manos pasaban al instrumento docilísimo las mociones carismáticas. Así es cómo la personalidad y la obra de Ignacio se inundan de luz misteriosa, que lo explica todo.

VULCANISMO Y OROGÉNESIS

Por J. M. FÚSTER

INTRODUCCIÓN.

CUALQUIER edificio volcánico, considerado esquemáticamente, representa una zona débil de la corteza terrestre por la que pueden salir materiales fundidos procedentes de niveles más profundos. En una definición tan simple que, por lo mismo, es olvidada en muchos tratados vulcanológicos, están implícitas, sin embargo, las condiciones necesarias para la existencia de estas violentas manifestaciones energéticas de la corteza terrestre:

1.ª Que en algunos niveles de la zona externa de la litosfera existan o puedan existir en algunas épocas elevaciones de temperatura suficientes para provocar la fusión de los materiales sólidos que en ellos se encuentran; y

2.ª Que se produzca una fracturación de la masa de rocas sólidas que aislan las zonas de fusión para que los materiales fundidos o magmas puedan llegar a la superficie.

Los efectos antagónicos de la presión y temperatura sobre el punto de fusión de la mayor parte de los materiales simplifican estas dos condiciones fundamentales a una sola en más de una ocasión, pues en la corteza terrestre, y a no mucha profundidad, pueden existir temperaturas suficientes para provocar la fusión de rocas que permanecen sólidas por las elevadas presiones debidas al peso de las capas suprayacentes. Si en estos niveles se provoca un descenso local de presión, por la existencia de tensiones locales elevadas (fracturación potencial o real), se pueden producir magmas sin la necesidad de aportes suplementarios de calor.

Las variaciones fundamentales que pueden encontrarse en los fenómenos volcánicos actuales y en los que han tenido lugar en otras épocas geológicas dependen, por un lado, del nivel de la corteza terrestre donde se originan los magmas, ya que la composición de aquélla es función de la profundidad, y, por otro, del complejo mecanismo dinámico o tectónico a que están sometidas las distintas unidades estructurales que componen la litosfera. Anticipemos, por ejemplo, que el vulcanismo que procede de los niveles profundos, en el que predominan las lavas basálticas, tiene, hablando en términos generales, modalidades efusivas relativamente tranquilas y poco peligrosas para las instalaciones y vidas humanas; por el contrario, los magmas que se generan en niveles más superficiales, en general de composición andesítica o riolítica, surgen en erupciones de carácter explosivo violento, tan peligrosas que a ellas se deben la mayor parte de las catástrofes causadas por los volcanes activos en las épocas históricas.

De la misma forma podemos anticipar que los fenómenos volcánicos que tienen lugar en zonas de la corteza terrestre relativamente plásticas —consideradas en conjunto— son muy distintos de los que se producen en los macizos relativamente rígidos, que reaccionan elásticamente o con rotura cuando sobre ellos actúan las presiones orogénicas.

De todo ello se deduce que un proceso volcánico es función, por una parte, de una variable geofísico-geoquímica —la composición y naturaleza de las capas de la tierra donde se producen los magmas—, y, por otra, de una variable geológico-tectónica —el estado de evolución dinámica de estos materiales—. Podría también decirse que conocidos estos dos factores fundamentales en una determinada zona se pueden deducir, casi predecir, los caracteres principales de los fenómenos volcánicos que puedan tener lugar en ella; pero esta deducción o predicción debe interpretarse como medible en las escalas geológicas de espacio y tiempo, mucho más amplias y menos precisas que las correspondientes escalas humanas.

Un proceso volcánico no puede ser reducido espacialmente a un solo volcán, ni temporalmente a una sola erupción o serie de erupciones desarrolladas durante un período de tiempo breve. Cada aparato

es una pequeña unidad de un conjunto, por lo general numeroso, de volcanes genéticamente relacionados y extendidos en una región por lo general amplia; su actividad puede prolongarse durante períodos de tiempo que a veces pueden medirse en millones de años. Por ello si no se estudian las distintas unidades que componen una provincia volcánica, y no sólo en un determinado momento de su actividad, sino a lo largo de toda su historia geológica, no podrán ser comprendidas ni ser establecidas las leyes que ligan estos procesos con el resto de las manifestaciones energéticas que tienen lugar en la corteza terrestre.

LA LITOSFERA EN RELACIÓN CON LOS PROCESOS VOLCANICOS

Realizar una revisión histórica o un examen crítico de las numerosas teorías emitidas sobre la constitución interna de nuestro planeta se sale de los propósitos de esta breve exposición; sólo trataremos de resumir, y de una manera esquemática, los datos cuyo conocimiento sea útil para la comprensión del mecanismo volcánico.

Por una serie de datos astronómicos, geofísicos y geoquímicos, tanto experimentales como deductivos, se ha llegado a la conclusión de que la Tierra está formada por una serie de capas o niveles de distinta composición y naturaleza; otros planetas, como, por ejemplo, Marte o la Luna, son, por el contrario, estructuralmente homogéneos o casi homogéneos.

Las superficies o, mejor dicho, las zonas de discontinuidad que separan las distintas capas pueden fijarse con precisión bastante aceptable mediante el estudio de la propagación de las ondas producidas en los choques sísmicos que se originan periódicamente en las zonas superficiales de la Tierra (algunos hasta los 700 kilómetros de profundidad) o por las grandes explosiones accidentales o provocadas con fines experimentales en la misma superficie.

Aunque sobre algunas «superficies» de discontinuidad no exista acuerdo completo entre los investigadores geofísicos, puede asegurarse que por lo menos existen dos, constantemente comprobadas, que divi-

den a la Tierra en tres zonas fundamentales: corteza, manto y núcleo. La primera es muy superficial, pues está situada a menos de 60 kilómetros de profundidad; la segunda se localiza aproximadamente a los 2.900 kilómetros.

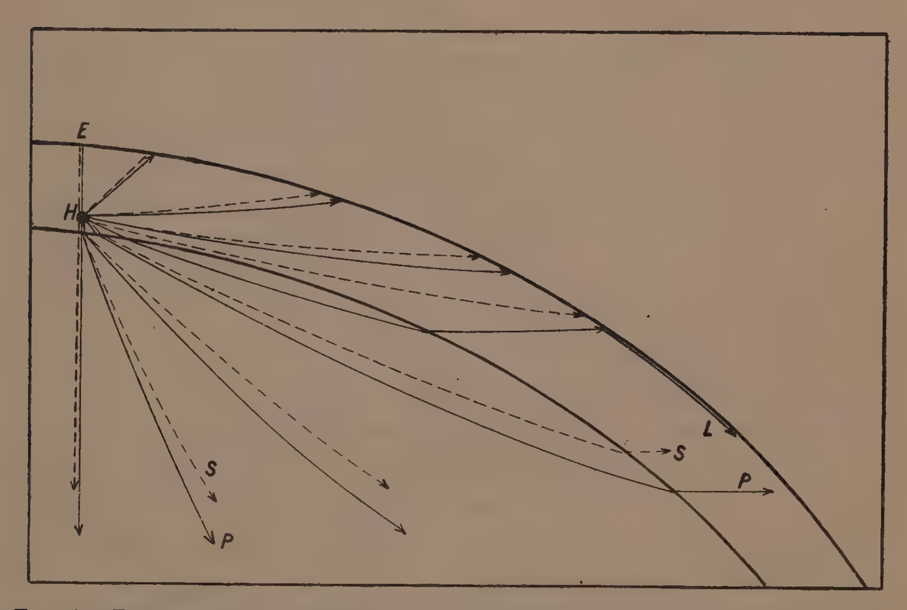


Fig. 1.—Representación esquemática de la propagación de las ondas sísmicas en las zonas superficiales de la Tierra. H = Hipocentro o foco, situado dentro de la corteza, cerca de la discontinuidad de Mohorovicic. E = Epicentro. P = Ondas longitudinales. S = Ondas transversales. L = Ondas superficiales
Las ondas longitudinales (denominadas también ondas «primae» o simplemente P, por ser las que se registran en primer lugar en los sismogramas) se producen por oscilaciones cuya dirección coincide con la de propagación de la onda. Las transversales, menos rápidas, se producen por oscilaciones normales a la dirección de propagación (ondas «secundae» o S). Hay, además, otra serie de ondas de mayor período, llamadas superficiales («longae» o L), que se registran en último término; son de carácter longitudinal y transversal, y se producen cuando las ondas originadas en el foco o hipocentro llegan al epicentro; esta tercera clase de ondas tiene relativamente menos importancia que las anteriores en el estudio de las capas profundas de la tierra, aunque son precisamente las más destructivas

La primera superficie de discontinuidad, llamada también de Mohorovicic, que separa la corteza del manto, se señala por una brusca aceleración en la velocidad de propagación de las ondas longitudinales y transversales originadas en el choque sísmico (fig. 1). Las ondas longitudinales marchan en las partes más superficiales de la corteza

terrestre con velocidades cercanas a los seis km./sg.; en las zonas más profundas antes de la superficie de Mohorovicic, con velocidades superiores a los seis y medio km./sg.; por bajo de la superficie, a más de ocho km./sg.

La segunda discontinuidad fundamental, que separa el manto del núcleo, se pone de manifiesto por una reducción súbita en la propagación de las ondas longitudinales y por la no penetración a través de ella de las ondas transversales. Puesto que las ondas P se propagan indistintamente en cualquier estado de materia: sólido, líquido o gaseoso, y las transversales sólo pueden transmitirse en medios sólidos, se deduce que la corteza y manto hasta los 2.900 kilómetros se comportan como masas sólidas, pero el núcleo debe estar en un estado más o menos flúido o plástico (fig. 2).

Dentro de cada una de estas tres zonas fundamentales existen a su vez discontinuidades de menos importancia marcadas por aceleraciones notables en algunos niveles; entre ellas las más importantes serían la situada poco antes de los 1.000 kilómetros de profundidad, que dividiría al manto en una zona interna y otra externa, y la situada, aproximadamente, entre los 4.000 y 5.000 kilómetros, que separaría una zona periférica del núcleo central.

Sobre la composición de cada uno de los tres niveles fundamentales, las opiniones son algo divergentes, especialmente en los más profundos, pues los registros sísmicos que alcanzan estas zonas son de más difícil interpretación. Así, por ejemplo, el núcleo estaría formado, según una serie de autores, por una masa de hierro con proporción considerable de níquel (el NIFE de las teorías clásicas); según otros, estaría constituído por materia solar indiferenciada, en la que existiría proporción considerable de hidrógeno (hipótesis de W. Kuhn y A. Rittmann, 1941). El desarrollo considerable durante estos últimos años de los conocimientos astronómicos y el salto gigantesco que se ha dado en el esclarecimiento de los procesos nucleares (que tienen papel preponderante en la evolución del universo) han hecho pensar a algunos investigadores (véase, por ejemplo, R. T. Walker y W. J. Walker, 1954, pág. 125) en la posible existencia dentro del núcleo terrestre de una pequeña zona de densidad elevadísima que sólo se puede explicar admitiendo la existencia de átomos especiales (llamados átomos Q)

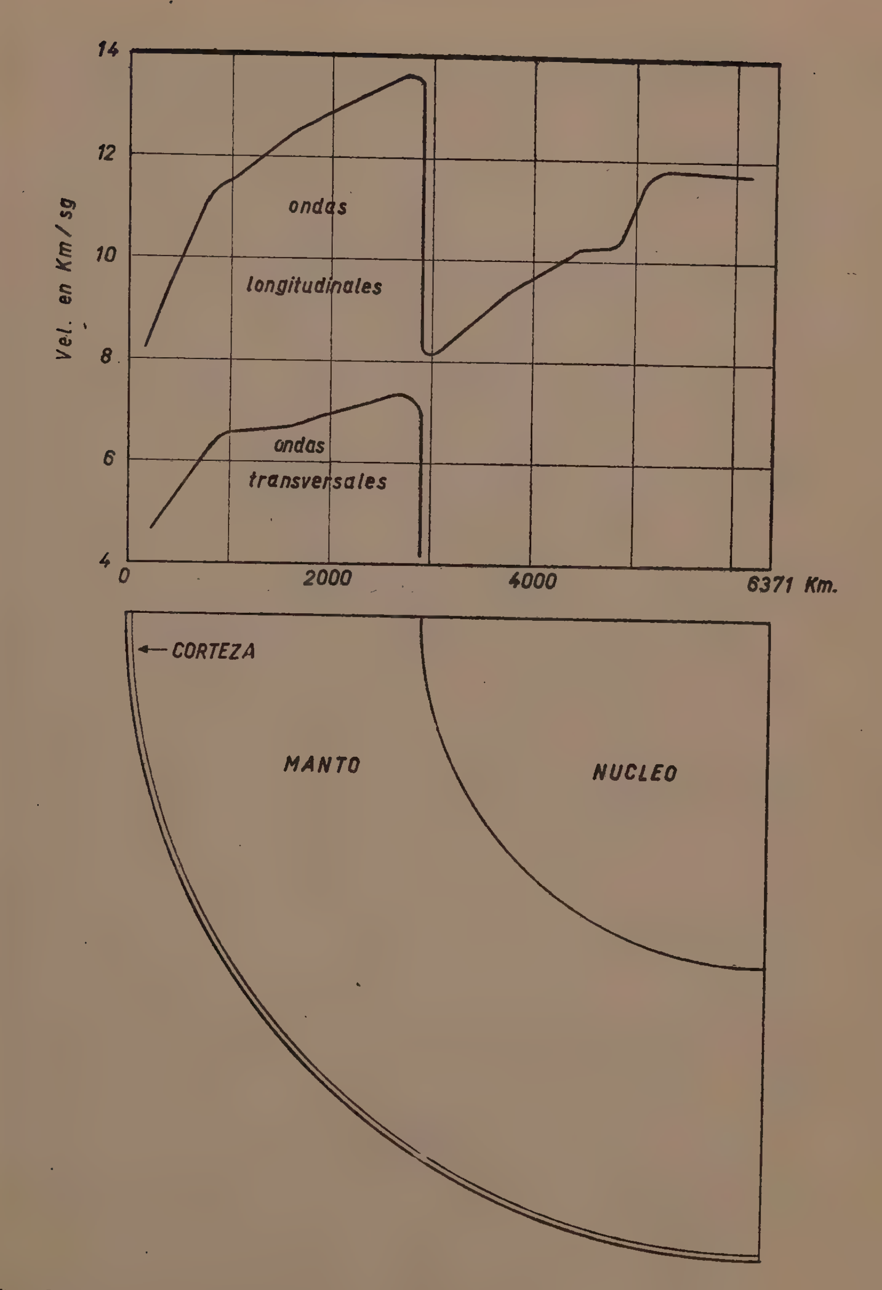


Fig. 2.—Parte superior: velocidad de propagación de las ondas sísmicas en el interior de la tierra (según B. GUTENBERG, 1951 b). Parte inferior: estructura concéntrica deducida de los datos anteriores; sólo se han señalado las discontinuidades fundamentales

únicamente estables en condiciones de presión extraordinaria. Estos átomos Q podrían ser o edificios nucleares mucho más complejos que los átomos estables en la superficie, con millares de protones y neutrones [1], o ser acumulaciones neutrónicas de estructura desconocida; en todo caso, estos átomos hipotéticos sólo serían estables en condiciones físicas desconocidas en la superficie terrestre. Sobre su existencia concreta no existe, que nosotros sepamos, ningún dato experimental, pero es indudable que deben existir en el universo estados de agregación de la materia, y energía, desconocidos para nosotros, pues de otra forma son inimaginables las densidades elevadísimas, del orden de 60.000, calculadas para algunas estrellas enanas, como *Sirius B*, y los fenómenos nucleares que deben tener lugar en el interior de las estrellas.

Respecto a la constitución de las zonas más externas de la Tierra, que son las más interesantes en relación con los estudios vulcanológicos, podemos resumir los siguientes puntos fundamentales:

1.° El espesor de la corteza, para el que hemos señalado un valor máximo de 60 kilómetros, es variable en las distintas partes de la superficie; así, por ejemplo, en las zonas centroeuropeas se ha señalado la superficie de discontinuidad a 57 kilómetros; en la Europa occidental estaría sólo a unos 30 kilómetros de la superficie terrestre. Puede indicarse, en términos generales, que en las zonas oceánicas está aún más cerca de la superficie (en la depresión Pacífica a unos cinco kilómetros solamente, según B. Gutenberg, 1951, pág. 438), mientras que en las zonas montañosas de plegamiento reciente su espesor aumentaría considerablemente; y

2.° Dentro de la corteza terrestre pueden diferenciarse, al menos en algunas regiones, dos o tres niveles secundarios cuya composición es progresivamente más básica; existe, en primer lugar, una zona de composición general granítica, con un espesor aproximado de unos 15 ó 20 kilómetros (*Sial I* de Rittmann), después una capa de composición diorítica (entre los 15 y los 40 kilómetros, *Sial II*) y, por último, una capa de composición general basáltica entre los 40 y 60 kilómetros (P. Fourmarier, 1950, pág. 98). Esta última capa formaría ya parte del Sima, el cual en las zonas superficiales del manto tiene com-

---

[1] Los núcleos naturales más complejos y densos que se conocen no llegan a tener en total 250 partículas elementales (entre protones y neutrones).

posición peridotítica. Los materiales de composición siálica (ricos en silicio y aluminio y, por tanto, con feldespatos y cuarzo como minerales fundamentales) no existen en algunas zonas oceánicas, especialmente en el Pacífico Central y Occidental, en el Atlántico Meridional y en el Índico Oriental, donde aparecen muy cerca de sus fondos los materiales simáticos (ricos en hierro y magnesio y, por tanto, con olivino y piroxenos como minerales fundamentales) que pertenecen a las capas más profundas de la corteza y a las más superficiales del manto. (Véanse, entre otros autores, B. Gutenberg, 1951, págs. 434-438; J. P. Rothé, 1947; C. Teixeira, 1950; J. M. Fúster, 1954.)

De este esbozo incompleto sobre la constitución interna de la tierra se deducen dos consecuencias muy importantes para los estudios vulcanológicos: la primera, que las zonas de generación de magmas que salen a la superficie deben estar localizadas a profundidades muy reducidas (dentro de la corteza o en los primeros kilómetros del manto), ya que las lavas de los volcanes de cualquier época geológica tienen composiciones análogas a las de las partes externas de nuestro planeta. En efecto, la inmensa mayoría de ellas pueden incluirse en los grupos basáltico, andesítico o riolítico, que equivalen casi exactamente a las composiciones medias calculadas para el Sima, Sial I y Sial II, respectivamente. La segunda consecuencia es que los magmas fundidos no forman parte de un sustrato flúido continuo, sino que son episodios locales de extensión limitada dentro de la misma corteza terrestre.

El vulcanismo es, por tanto, un fenómeno superficial si se compara con las dimensiones totales de nuestro planeta, y sus causas inmediatas han de buscarse por ello muy cerca de la superficie, aunque a profundidades que superan las posibilidades humanas de observación directa.

Como los procesos volcánicos son una simple manifestación energética de las muchas que tienen lugar en la corteza terrestre, su relación es muy íntima con el resto de los fenómenos dinámicos que tienen lugar en ella (formación de montañas de plegamiento, fracturación de macizos rígidos, movimientos epirogénicos, etc.).

Desde este punto de vista dinámico, la corteza terrestre puede dividirse en unidades o macizos de muy distintas propiedades frente a

las presiones que periódicamente se establecen en ella. En 1921, L. Kober distinguió una serie de macizos estables y rígidos, formados en general por rocas cristalinas, plutónicas y metamórficas, que son incapaces de reaccionar plásticamente o de plegarse cuando son afectados por aquellas presiones, pero que pueden fracturarse cuando se sobrepasa su límite de elasticidad; estos macizos son los denominados *cratógenos* o *cratones*. Otra serie de zonas son las formadas por acumulación de grandes espesores de rocas sedimentarias, que en determinados momentos son susceptibles de plegarse y acumularse plásticamente originando cadenas de montañas; estas zonas, denominadas por el mismo autor *orógenos*, equivalen, a grandes rasgos, a las áreas geosinclinales de la geología clásica.

Los orógenos o geosinclinales, después de plegados y exhondados, sufren con el tiempo una evolución, pues sus núcleos, que son zonas de intensa actividad petrogenética, se transforman por recristalización en rocas metamórficas e incluso graníticas que consolidan y endurecen el antiguo edificio plástico de rocas sedimentarias. Cuando la erosión ha destruído toda la parte superficial menos afectada, a la que no alcanzó la recristalización o la intrusión granitizante, el antiguo orógeno plegado pierde gradualmente todas sus características de plasticidad y movilidad y se transforma en una parte más del cratógeno adyacente a cuyo borde estaba instalado. Frente a un nuevo ciclo de actividad mecánica se comportará en adelante como un macizo rígido incapaz de plegarse como al principio.

Los cratógenos de L. Kober son en su mayor parte macizos emergidos de carácter continental, aunque pueden existir algunos que total o parcialmente están sumergidos a causa de movimientos de compensación isostática de componente vertical. Los orógenos o geosinclinales se instalan en los mares adyacentes a los cratógenos elevados o a los orógenos plegados en algún movimiento anterior, pero en las fases finales de su historia formativa pasan a ser también una parte integrante de las tierras emergidas.

Las diferencias de comportamiento de los distintos macizos que pueden encontrarse en la superficie terrestre se atenúan progresivamente en el interior de la corteza, donde, por las elevadas presiones y temperaturas, todos los materiales tienden a ser más plásticos ante

las presiones potentes y continuadas. Esta diferenciación en unidades es privativa de las zonas siálicas, pues en el sima las diferencias desaparecen a causa de su mayor homogeneidad.

Las grandes diferencias entre la actividad petrogenética de las zonas orogénicas y cratogénicas, la mayor o menor facilidad de ascensión en unas y en otras de los magmas formados en las zonas profundas, y otra serie de factores, condicionan tipos de actividad volcánica muy distintos en estas unidades. Los procesos volcánicos no sólo tienen una dispersión espacial en sentido vertical, sino también una dispersión horizontal y otra temporal, ya que los macizos orogénicos evolucionan gradualmente hacia los cratogénicos.

EVOLUCIÓN ESPACIAL Y TEMPORAL DEL VULCANISMO

1. Vulcanismo de las zonas continentales.

El vulcanismo relacionado con las zonas continentales es de gran complejidad y muy abundante, tanto por la frecuencia de sus manifestaciones como por el volumen de los materiales que se expulsan a la superficie. Este vulcanismo varía en sus características a lo largo de las distintas fases de evolución de un geosinclinal, desde su formación hasta su exhondación completa en las últimas fases del plegamiento. Por tanto, al ciclo tectónico o diastrófico se superpone un ciclo ígneo con fases de características peculiares.

La evolución de un geosinclinal hasta su transformación en cadena de montañas es un proceso complejo y que puede tener numerosas variantes, pero que reducido a sus términos más simples y frecuentes puede resumirse en las siguientes fases establecidas por R. A. Sonder en 1922 (págs. 242-247) [2]:

a) Una fase formativa o de crecimiento durante la que se acumu-

---

[2] No pretendemos analizar las múltiples variantes y teorías de la evolución y plegamiento de un área geosinclinal, lo cual transformaría este resumen en un tratado de tectónica geológica. El esquema simple que aquí incluímos deja al lado muchas características muy importantes en los procesos orogénicos, pero que tienen relativamente poco interés en su evolución petrogenética.

lan grandes espesores de sedimentos, en los fondos oceánicos, procedentes de los continentes adyacentes. A medida que se produce el depósito en el fondo de la depresión geosinclinal hay un hundimiento paulatino de toda la columna; la elevación del fondo oceánico que debería producirse por la deposición queda contrarrestado, al menos en parte, por el hundimiento simultáneo. Por esta causa es posible que se formen espesores de sedimentos muy superiores a la profundidad de los mares en que se depositan.

Los movimientos de la corteza terrestre durante esta primera fase formativa del geosinclinal son fundamentalmente de componente vertical (epirogénicos).

b) Una fase transgresiva o de penetración de las aguas oceánicas en los continentes. A consecuencia de la intensa erosión continental durante el largo período de tiempo de depósito geosinclinal, existe una reducción general de la altitud de todas las zonas emergidas inmediatas y, en último término, una elevación general del fondo oceánico por la disminución de los movimientos epirogénicos; las masas de agua desplazadas por los depósitos sedimentarios penetran en las partes bajas de las áreas continentales en transgresiones que dejan reducida a un mínimo la extensión de las zonas emergidas.

c) Una fase orogénica en la que los movimientos de componente horizontal tienen más importancia que los movimientos de compensación isostática dominantes en la fase de crecimiento. Las compresiones entre los distintos macizos cratogénicos obligan a los geosinclinales a plegarse intensamente; se forman así, en último término, cadenas de montañas, que al principio asoman solamente como arcos insulares, pero que finalmente emergen totalmente y se sueldan al cratógeno o cratógenos adyacentes. Este plegamiento no se realiza de una sola vez, sino en fases sucesivas intercaladas entre períodos de reposo relativo. Durante las fases de plegamiento los continentes crecen progresivamente en tamaño, no sólo superficialmente, sino también en sentido vertical; los mares sufren una regresión simultánea y van alcanzando progresivamente menor extensión superficial y más profundidad; y

d) En la fase continental los movimientos orogénicos cesan poco

a poco y son sustituídos de nuevo por movimientos de compensación isostática que tienden a igualar los profundos desequilibrios gravitatorios ocasionados por los grandes desplazamientos de masas. La erosión superficial crece en intensidad a medida que los continentes son mayores y más elevados. Se inicia así otro ciclo de compensación en los nuevos mares con la aparición de áreas geosinclinales en posición distinta de las anteriores.

Cada una de las fases que esquemáticamente representa la evolución de un geosinclinal está asociada a un tipo distinto de actividad ígnea. Puede diferenciarse un vulcanismo sincrónico a las fases de deposición sedimentaria (vulcanismo preorogénico), otro asociado a las fases intensas de plegamiento (vulcanismo sinorogénico) y unas fases póstumas relacionadas con la fase continental de emersión (vulcanismo postorogénico). En la fase de transgresión intermedia entre la formación del geosinclinal y su plegamiento existen pocas manifestaciones volcánicas, que, por otra parte, pueden asociarse a los primeros síntomas del vulcanismo de la fase siguiente.

A) *Vulcanismo preorogénico.*

En la mayor parte de las zonas sedimentarias que hoy se encuentran en los continentes, pero que durante el período de formación estuvieron sumergidas, aparecen interestratificadas potentes formaciones de unas lavas de composición basáltica, pero con peculiaridades acentuadas en su composición (riqueza muy elevada en solio); estas lavas se han denominado con el apelativo general de espilitas y, a veces, están asociadas con otros tipos más ácidos, los queratófidos, que también se caracterizan por su proporción exagerada en aquel elemento. Espilitas y queratófidos muestran síntomas indiscutibles de haber surgido a la superficie durante erupciones submarinas, pues están casi constantemente asociadas con sedimentos orgánicos ricos en residuos de radiolarios o con las rocas que posteriormente se han originado de aquéllos por consolidación o recristalización; estas lavas submarinas forman con mucha frecuencia coladas con disyunción característica en piezas paralelepípedas, con las aristas y vértices re-

dondeados, por lo que sus yacimientos recuerdan a una apilación ordenada de sacos terreros [3].

La importancia de las erupciones de las lavas espilíticas debió ser extraordinaria, pues en algunos geosinclinales antiguos, hoy exhondados y plegados, aparecen en volúmenes muy elevados. Según G. W. Tyrrell (1955, pág. 422), en el orógeno caledoniano de Europa nordoccidental el volumen de las lavas espilíticas y basálticas interestratificadas en el geosinclinal sería de unas 30.000 millas cúbicas, es decir, 125.000 kilómetros cúbicos. Suponiendo que estas lavas formaran una colada de espesor homogéneo sobre toda la superficie de la Península Ibérica, la capa resultante tendría un espesor superior a los 300 metros.

Asociadas con las espilitas y queratófidos aparecen en muchos puntos grandes cantidades de rocas ultrabásicas, en forma de diques, capas concordantes o macizos individualizados entre los sedimentos. Por regla general, estas rocas han sido transformadas por las acciones metamórficas que afectan a todo el conjunto del geosinclinal durante el plegamiento y aparecen hoy como rocas serpentínicas o anfibolíticas. Sobre el origen de esta serie ultrabásica, denominada por la mayor parte de los autores rocas verdes u *ofiolitas*, existen múltiples opiniones: hay quien las considera rocas magmáticas de consolidación subvolcánica, mientras que para otros son rocas metamórficas producidas por recristalización de materiales sólidos preexistentes de origen sedimentario.

Entre los primeros el más representativo es H. H. Hess (1938, página 334), que supone que las rocas ultrabásicas asociadas a los geosinclinales son el resultado del hundimiento del geosinclinal hasta profundidades de la corteza terrestre donde existen materiales basálticos e incluso de composición peridotítica; en la base de estas invaginaciones siálicas hasta las zonas del manto se podrían formar magmas de composición correspondiente a la de las rocas ofiolíticas y estos magmas podrían alcanzar las partes superficiales del geosinclinal en formación a lo largo de planos tectónicamente débiles situados de preferencia en sus flancos.

---

3 El término inglés *pillow-lava* es hoy universalmente utilizado para denominar esta estructura.

Otra serie de autores, entre los cuales R. W. van Bemmelen es el más explícito (1950, págs. 217-219), admiten que las rocas ofiolíticas son simplemente «una culminación geoquímica de constituyentes cafémicos que se han concentrado como un frente básico extenso, vanguardia de la acidificación de la base de la corteza por el crecimiento de las rocas graníticas que se forman en las raíces de las montañas». Para este autor, y algún otro, el papel de los procesos ígneos queda reducido a la nada en la génesis de las rocas básicas asociadas a los sedimentos geosinclinales, pero debe decirse, sinceramente, que su opinión no está apoyada más que por razonamientos teóricos de muy débil consistencia y por la aplicación de mecanismos (formación de frente básico por concentración selectiva de determinados elementos) que localmente pueden tener importancia en la formación de algunos tipos rocosos durante los procesos de diferenciación metamórfica, pero cuya actuación en estas escalas regionales está lejos de ser admitida y, aún más, apoyada con pruebas y razonamientos concluyentes. Recientemente, G. W. Tyrrell (1955, pág. 422) ha puesto de manifiesto la poca consistencia de la teoría extrema de R. W. van Bemmelen, haciendo resaltar varios hechos comprobados que se oponen á los puntos de vista de este último autor sobre el origen de las rocas ofiolíticas. Uno de ellos es que las rocas ofiolíticas y rocas graníticas que se forman en los núcleos de los geosinclinales plegados están separadas por un largo período de tiempo, ya que estas últimas se originan bastante después que las rocas ofiolíticas, durante las fases activas del plegamiento; sin embargo, si se hubieran formado como frente básico de la transformación en granito del núcleo del geosinclinal, granitos y rocas básicas serían absolutamente sincrónicas. A esto podemos añadir que las ofiolitas y granitos no están tampoco constantemente asociadas espacialmente como debería ocurrir si unas y otras fueran concomitantes. Otro argumento en contra es que las rocas ofiolíticas forman volúmenes considerables que están en desacuerdo con el volumen del frente básico que podría resultar de la granitización de los sedimentos geosinclinales; este frente básico, de existir, sería mucho más reducido, pues las rocas sedimentarias del geosinclinal tienen una composición global muy cercana a la del granito que en último caso resultaría de ellas.

La divergencia de opiniones sobre el origen de las rocas ofiolíticas tiene su origen, según el autor de estas líneas, en dos generalizaciones defectuosas: la primera, que se asigna la denominación de ofiolita a cualquier roca básica o ultrabásica, lo mismo si tiene caracteres intrusivos que si ha sufrido una profunda recristalización, con tal de que esté incluída entre los sedimentos geosinclinales. Es muy frecuente asignar aquella denominación a simples anfibolitas, muchas de las cuales pueden haberse originado por recristalización metamórfica de sedimentos de composición apropiada, o incluso por procesos de diferenciación metamórfica local, en cuyo caso el concepto de frente básico podría ser aplicado. La segunda generalización defectuosa es que se admite, con mucha frecuencia, que los caracteres hoy perceptibles en las rocas ofiolíticas son los únicos que condicionan su composición actual; ha de tenerse en cuenta que estas rocas se formaron en capas continentales sumergidas y hoy se estudian en la superficie, y que desde entonces han experimentado forzosamente una serie de transformaciones metamórficas que pueden enmascarar, a veces totalmente, sus antiguos caracteres eruptivos.

Por todo ello creemos que es más lógico admitir un origen magmático primario para gran parte de las rocas incluídas dentro del grupo de las ofiolitas, aunque reconozcamos que muchas de ellas han sufrido transformaciones intensas, con posterioridad a su consolidación, que han trastornado por completo sus caracteres primitivos.

B) *Vulcanismo sinorogénico.*

Durante el período orogénico de plegamiento y exhondación gradual de un geosinclinal existe una actividad petrogenética extraordinariamente importante. Por un lado se forman en los núcleos de las cadenas de montañas grandes masas de rocas cristalinas, de composición granítica o granodiorítica, unas veces con texturas de orientación muy marcadas —los gneis y las migmatitas acompañantes— y otras sin texturas de orientación perceptibles a simple vista —los granitos en sentido amplio—. Sobre el origen de estas últimas rocas, que casi siempre aparecen en los ejes profundos de las zonas de plegamien-

to, existen actualmente fuertes controversias, en las que se oponen quienes consideran al granito como un producto magmático consolidado en el interior de la corteza, bien en el sitio donde se originan, bien en zonas más superficiales, y los que admiten que el granito es una roca recristalizada formada sobre una roca preexistente por aportes y pérdidas de determinados elementos mediante mecanismos de difusión, entre los que tendrían papel preponderante la emigración iónica a través de redes cristalinas sin la colaboración de agentes de transporte en estado flúido. Hay también quien admite la posibilidad de que el granito pueda formarse por los dos sistemas genéticos anteriores, en cuyo caso algunos macizos graníticos serían de origen magmático y otros de origen metamórfico.

No podemos entrar en un tema tan extenso y debatido, sobre el que se han escrito durante los últimos treinta años muchos más trabajos que sobre cualquier otro tema geológico. Nos interesa más poner de manifiesto que durante la fase orogénica existe, además, una intensa actividad volcánica superficial, de importancia volumétrica elevada, cuya composición es análoga a la de las rocas graníticas holocristalinas.

Los productos que llegan a la superficie durante estas erupciones son, en su mayor parte, de composición ácida intermedia y pueden clasificarse, casi sin excepción, como lavas o productos piroclásticos correspondientes a las series andesítica y riolítica, caracterizadas unas y otras tanto por su riqueza elevada en sílice y en los elementos componentes de los feldespatos como por su gran proporción en compuestos volátiles. Estas lavas de las series andesíticas y riolíticas son muy viscosas, hasta el punto de que en muchas ocasiones taponan el mismo conducto de emisión formando una aguja o pitón que surge lentamente del cráter empujada por la presión de la lava ascendente; si se forman coladas son de poco recorrido y quedan acumuladas en las inmediaciones del conducto de emisión. Los gases que estaban en disolución en las zonas profundas a consecuencia de la elevada presión tienden a individualizarse en la superficie y provocan explosiones constantes por no poder salir libremente a la superficie a través de estas lavas semisolidificadas o solidificadas en el momento de su emisión. A veces los gases se acumulan en grandes cantidades dentro

del mismo aparato volcánico, llegando a provocar formidables explosiones en las que se expulsan, junto con los gases a temperaturas muy elevadas, grandes masas de productos sólidos triturados procedentes de las paredes del volcán. Estas explosiones tienen a veces proyección vertical, en cuyo caso se envían a las capas altas de la atmósfera cantidades enormes de productos sólidos que después se depositan en zonas muy extensas, a veces por todo el mundo; en otras ocasiones las masas sólidas y gases ruedan por las laderas del volcán como una enorme avalancha que calcina totalmente todo lo que se interpone a su paso (nubes ardientes de tipo Mont Pelée).

La mayoría de los volcanes activos que rodean el Océano Pacífico, no sólo en sus bordes continentales, sino también en los rosarios insulares de Indonesia, Filipinas, Japón, etc., son de este tipo y corresponden a los geosinclinales plegados en la última orogenia alpina durante el Terciario Superior; muchos de estos geosinclinales están aún en período de evolución sin haber alcanzado aún la fase de consolidación continental. También pueden incluirse dentro de este tipo muchos de los volcanes de los arcos insulares del Caribe (Martinica, San Vicente, etc.) y gran parte de los que existen en los orógenos de la zona mediterránea.

Sobre el origen de las lavas ácidas de carácter andesítico y riolítico existen también varias teorías.

Para algunos autores son el producto de la diferenciación de magmas basálticos generados en las capas más profundas de la corteza terrestre, pero esta teoría, que tuvo aceptación en los últimos tiempos, no puede ser admitida en términos generales por varias razones:

1.ª Las rocas basálticas, aunque algunas veces están asociadas a las series andesíticas y riolíticas de los volcanes orogénicos, tienen volumétricamente muy poca importancia; y

2.ª Durante un proceso de diferenciación magmática en el que se producen grandes cantidades de magmas secundarios más ácidos que el magma madre deberían producirse también cantidades equivalentes o complementarias de magmas secundarios más básicos que este último. Sin embargo, en ninguna de las asociaciones litológicas que se encuentran en los volcanes activos o de épocas geológicas pa-

sadas, se han encontrado rocas más básicas que los basaltos o al menos en las grandes cantidades que deberían existir de haber tenido lugar un proceso diferenciativo.

Otros autores, por ejemplo, E. S. Larsen (1940, págs. 943-944), han explicado la existencia de las series rocosas andesíticas y riolíticas mediante la colaboración simultánea de procesos de diferenciación de un magma madre basáltico y los procesos de contaminación o asimilación de las rocas sólidas superficiales y siálicas, tan abundantes en las series geosinclinales, pero aunque estos procesos tienen, evidentemente, gran importancia en algunas asociaciones andesíticas y riolíticas, es muy difícil comprender cómo un magma basáltico diferenciado (y por ello a una temperatura muy cercana a su punto de solidificación total) puede incorporar y fluidificar volúmenes varias veces superiores de rocas sólidas más ácidas; para ello tendría que estar a una temperatura muy superior a la de su punto de fusión, pues de otra forma se solidificaría mucho antes de que se llegase a una mezcla fundida de la composición de las riolitas.

Nos parece mucho más lógico admitir, teniendo en cuenta la composición de las lavas andesíticas y riolíticas (análoga a grandes rasgos a la composición media de las capas siálicas) que se han producido por fusión *in situ* de los mismos materiales del geosinclinal. Efectivamente, durante el plegamiento de un orógeno se ponen en juego cantidades extraordinarias de energía, parte de la cual puede ser transformada en calor en los núcleos de los geoanticlinales; esta energía calorífica puede ser suficiente para producir por fusión selectiva de los materiales sólidos relativamente superficiales magmas de composición riolítica o andesítica, que son precisamente los primeros que se pueden formar por elevación de la temperatura según los datos experimentales.

Admitimos por ello que las rocas volcánicas de la fase orogénica son el resultado de la anatexis (P. Eskola, 1932, 1955) de rocas sedimentarias del mismo geosinclinal en lugares determinados de las zonas de plegamiento (núcleos de los geoanticlinales). Es muy posible que estos magmas de carácter riolítico y andesítico puedan también formarse a partir de las rocas graníticas y metamórficas formadas en el mismo geosinclinal en el comienzo de las fases de plegamiento.

Este origen siálico de los magmas ácidos y su poca dependencia con los magmas basálticos que se generan en niveles más profundos de la corteza y en otras épocas de su evolución tectónica, fué ya puesta de manifiesto en 1931 y 1932 por A. Holmes y va siendo admitido en estos últimos años por la mayor parte de los geólogos que se dedican a estudios petrogenéticos (véase, por ejemplo, R. W. van Bemmelen, 1951, pág. 217; G. W. Tyrrell, 1955, págs. 422-423).

Al admitir esta teoría, más de acuerdo con las variaciones litológicas reales encontradas en los volcanes orogénicos que las basadas en la ascendencia común de las rocas andesíticas y riolíticas de un tronco basáltico, no se descartan por completo los mecanismos de diferenciación magmática, mediante los cuales se podrían originar rocas derivadas o secundarias de los magmas formados por anatexis o fusión.

La formación de volcanes en las zonas orogénicas se produce, en términos generales, durante varias fases del plegamiento, con intervalos de reposo relativo durante los cuales la actividad efusiva queda reducida a un mínimo. Así, por ejemplo, durante la orogenia caledoniana de Escocia hay (según G. W. Tyrrell, 1955, pág. 423) dos fases de actividad volcánica independiente; en los plegamientos terciarios de Indonesia (R. W. van Bemmelen, 1951, págs. 212-214) existen tres ciclos volcánicos sucesivos; en el Terciario Superior de la zona occidental del Marruecos español (J. M. Fúster) existen también dos ciclos principales, uno de lavas andesíticas (macizo del Gurugú) y otro en el que se expulsaron casi exclusivamente materiales de composición riolítica (macizo de Tres Forcas); en algunas zonas se ha llegado a reconocer hasta cinco ciclos de emisión volcánica relacionados con otras tantas fases de la orogenia (*Vulcanismo andino de Mendoza,* Argentina, H. Backlund, 1926).

El volumen total de los materiales volcánicos expulsados durante las fases orogénicas es mucho más elevado que lo que en un principio pudiera suponerse, pues ha de tenerse en cuenta que por las modalidades eruptivas de este tipo de vulcanismo (fundamentalmente explosivo) los materiales son, por una parte, muy fácilmente erosionables y, por otra, quedan distribuídos en capas a veces muy poco potentes, pero de una extensión considerable. Así, durante las explosiones paroxísmicas del Krakatau en 1883 el polvo y las cenizas vol-

cánicas de carácter pumíceo alcanzaron una altura de 70 a 80 kilómetros y cubrieron un área de 827.000 kilómetros cuadrados (M. Neumann van Padang, 1952, pág. 55); las partículas más finas permanecieron en las capas más altas de la atmósfera durante mucho tiempo y se recogieron con posterioridad en todas las partes del mundo.

Las series andesíticas y riolíticas no son las únicas que aparecen durante el vulcanismo sinorogénico. En algunos puntos aparecen asociadas lavas de características muy peculiares, con gran proporción de potasio en su composición química; este carácter, junto con la pobreza relativa en sílice, ocasiona la aparición de feldespatoides del tipo de la leucita a veces en cantidades considerables. Estas lavas potásicas se han encontrado en las zonas volcánicas del SE. de España, en la región de West Kimberley de W. de Australia, en la zona volcánica de Italia central, en Java, en algunos volcanes de África oriental, en Wioming, etc. Algunas de estas asociaciones, como, por ejemplo, la del SE. de España, la italiana y la de Indonesia, pueden catalogarse sin duda alguna entre las provincias volcánicas sinorogénicas, pero otras, especialmente la africana, son provincias volcánicas instaladas en cratógenos característicos. Es por ello difícil encontrar una relación íntima entre la aparición de estos tipos volcánicos y los fenómenos orogénicos, como también lo es la deducción de los procesos por los que se forman. En algunos casos se ha comprobado que existe una relación íntima entre la aparición de estas lavas y la asimilación por los magmas de rocas calizas (provincia italiana); en otros, parece ser que las peculiaridades de su composición están condicionadas por la asimilación de rocas graníticas (África oriental); sin embargo, queda mucho por investigar en este grupo de rocas potásicas antes de que se esclarezcan sus procesos genéticos; aunque desde el punto de vista espacial no pasan de ser curiosidades vulcanológicas, dada su pequeña extensión y distribución esporádica, tienen gran interés desde el punto de vista geológico.

C) *Vulcanismo postorogénico.*

El vulcanismo postorogénico, que se instala en las zonas geosinclinales, totalmente evolucionadas a causa de los plegamientos, también

se produce en las zonas continentales inmediatas de carácter cratógeno. Este vulcanismo es, en general, mucho más sencillo en sus manifestaciones externas que el vulcanismo sinorogénico, del que se diferencia tanto por la distinta composición de los materiales expulsados como por las modalidades de erupción.

Después de las fases activas de plegamiento, la corteza siálica, anteriormente plástica, queda transformada en una masa relativamente rígida, en la que los gradientes térmicos y energéticos necesarios para la formación de magmas y para las transformaciones rocosas descienden notablemente. Por esta causa la posibilidad de formación de rocas fundidas en los niveles más superficiales desaparece o queda reducida a un mínimo, pues la depresión general de las geoisotermas condiciona que solamente puedan producirse fusiones en las capas más profundas de la corteza, donde sólo pueden formarse magmas de composición basáltica. La posibilidad de que estos magmas lleguen a la superficie estará a su vez condicionada por la existencia de fracturas lo suficientemente profundas para poner en comunicación los niveles simáticos con la superficie terrestre.

La simplicidad de rasgos de la mayor parte del vulcanismo continental cratogénico está condicionada precisamente por su origen profundo, pues puede establecerse como regla general que las variaciones de composición dentro de las capas superficiales de la corteza terrestre son tanto menores cuanto mayor es su profundidad.

Los magmas basálticos tienen, por otra parte, modalidades de erupción mucho más tranquilas y menos explosivas que los magmas andesíticos y riolíticos de las zonas orogénicas, pues aunque su contenido en gases no sea mucho más reducido que en estos últimos su fluidez es mucho más elevada. Pueden existir también fenómenos explosivos, pero éstos quedan en la mayor parte de los casos localizados al mismo cráter del volcán, produciendo simplemente la pulverización de la lava flúida que después solidifica en el aire y se deposita en forma de lapilli o cenizas volcánicas finas en las mismas laderas del aparato emisor. Las explosiones violentas en los volcanes de tipo basáltico, con destrucción de parte del cono, tan frecuentes en los volcanes orogénicos, son muy raras y sólo se producen cuando tras un período de reposo la presión magmática de una nueva emisión des-

truye el tapón formado en las erupciones anteriores; con todo, nunca alcanzan la categoría de las grandes erupciones catastróficas de los volcanes orogénicos.

Mucho más frecuentes son las erupciones en las que la lava flúida, una vez liberado el conducto, rebosa por los bordes del cráter en forma de coladas extensas, verdaderos ríos incandescentes que a veces caminan a gran velocidad hasta que llegan a la plataforma sobre la que se apoya todo el aparato. Los volcanes continentales basálticos tienen por esta causa pendientes más reducidas que los volcanes andesíticos o riolíticos, en los que la lava viscosa se aglomera en las cercanías del conducto de emisión. Su estructura interna típica está constituída por una sucesión de coladas de distintas erupciones entre las que se intercalan mantos de lapilli o cenizas que corresponden a las fases de mayor proyección aérea.

Además de los volcanes basálticos de tipo central, en los que las lavas surgen en puntos privilegiados de las zonas de fracturación, existe otra modalidad efusiva continental de mayor importancia volumétrica; son las gigantescas erupciones fisurales por las que se vierten a la superficie cantidades inmensas de basaltos a lo largo de fracturas abiertas de grandes dimensiones. Las lavas, que son extraordinariamente flúidas, se extienden por amplias superficies «inundando» las zonas bajas de la misma forma que podría hacerlo un río desbordado. Para dar una idea de la importancia de estas erupciones mencionaremos dos ejemplos característicos entre las muchas erupciones fisurales que han tenido lugar en épocas geológicas pasadas: uno de ellos es la región de los ríos Columbia y Snake, en el NW. de Estados Unidos; otro la región del Decán, en la India peninsular.

Los basaltos del río Columbia rellenaron con coladas prácticamente horizontales una región montañosa sobre un área de más de 500.000 kilómetros cuadrados de lo que hoy son los Estados de Oregón y Washington; el espesor de las lavas expulsadas alcanza en algunos lugares valores cercanos a los 2.000 metros, aunque por término medio el espesor es algo inferior a los 1.000 metros. La antigua región montañosa de edad miocena ha quedado transformada en una elevada plataforma, en la que destacan como islas las antiguas cumbres.

Los basaltos fisurales del Decán cubren una extensión superior a

los 650.000 kilómetros cuadrados, aunque es muy probable que en las zonas sumergidas del Océano Índico exista una superficie equivalente: en las zonas próximas a Bombay el espesor de la formación es superior a los 2.000 metros.

Mesetas basálticas de dimensiones parecidas o mayores existen en Basutolandia, Paraná, Antártida, Lago Superior, Arabia, etc. (G. W. Tyrrell, 1937). Si supusiéramos que la Península Ibérica fuera afectada por una serie de erupciones fisurales de esta categoría, de la actual superficie solamente quedarían las cumbres más elevadas de los sistemas montañosos.

Las características de los basaltos continentales son ligeramente diferentes en las erupciones de tipo central que en las fisurales. En el primer caso el tipo rocoso más frecuente es un basalto rico en olivino, con proporción de álcalis relativamente elevada. Los basaltos fisurales o basaltos de mesetas, como también son denominados, son más pobres en olivino y tienen mayor proporción de sílice (basaltos toleíticos). Estas ligeras diferencias mineralógicas han sido explicadas por algunos autores (W. Q. Kennedy y E. M. Anderson, 1938), suponiendo que en la base de la corteza terrestre existen dos niveles bien definidos que representan la composición de estos basaltos tipos; una capa basáltica olivínica más profunda y que se extendería por toda la superficie terrestre sería la fuente de los basaltos más alcalinos; la capa toleítica más superficial estaría únicamente representada en las zonas continentales (fig. 3). Es muy problemático que estas dos capas basálticas puedan diferenciarse como dos entidades definidas en la corteza terrestre y por ello parece más acertado suponer que las diferencias actuales entre los distintos tipos de basaltos se deben a que la fracturación o fusión alcanzan niveles más o menos profundos dentro de la corteza, en la que existe una variación general de composición, pero sin límites tajantes. Incluso para algunos (R. A. Daly, 1944, páginas 1393-1398) las pequeñas diferencias químicas y mineralógicas entre los basaltos serían de muy poco significado, pues tanto en las series fisurales como en los volcanes de tipo central aparecen con mucha frecuencia y simultáneamente basaltos de los dos tipos antes definidos.

Sin embargo, existe una diferencia importante entre estas dos series

basálticas asociadas a los cratógenos continentales. Mientras que en los volcanes de tipo central los basaltos están asociados a otros tipos rocosos de él derivados, en las series de basaltos fisurales el tipo exclusivo o casi exclusivo es el basalto propiamente dicho. El cortejo rocoso de los basaltos del primer tipo puede ser muy distinto en los diferentes macizos, pero se puede decir por regla general que está formado por

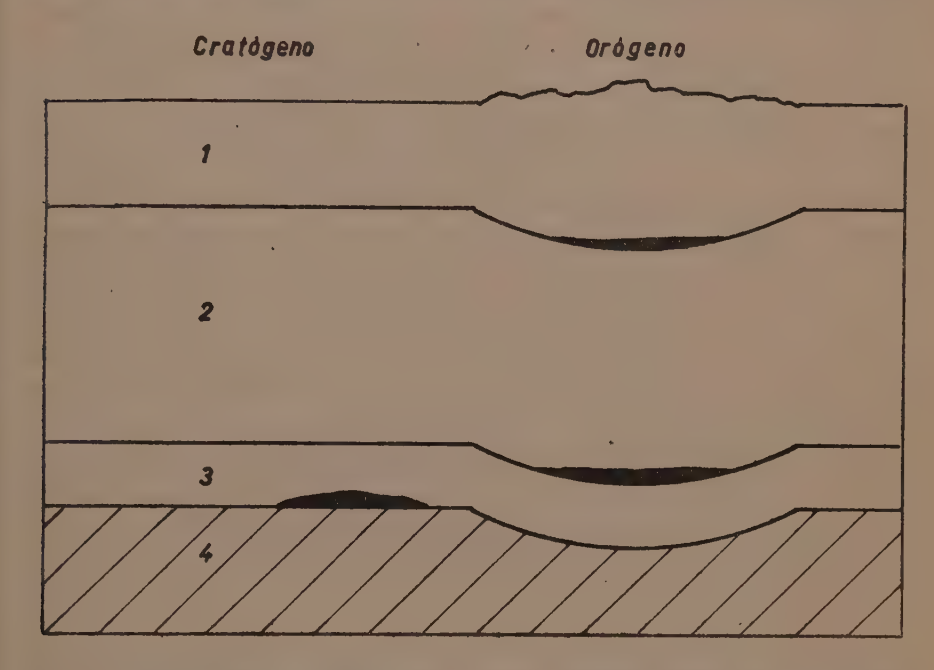


Fig. 3.—Estratificación esquemática de la corteza terrestre según W. Q. Kennedy & E. M. Anderson (1938, pág. 39). 1 Capa granítica. 2 Capa intermedia de basalto sin olivino. 3 Capa intermedia de basalto olivínico. 4 Capa inferior peridotítica. Las zonas ennegrecidas representan los puntos privilegiados de formación de magmas

rocas más básicas que el mismo basalto (basaltos nefelínicos, ankaramitas, ankaratritas, etc.) y por rocas más ácidas y más alcalinas ricas en feldespatos y feldespatoides (traquitas y fonolitas). Este conjunto rocoso puede explicarse perfectamente si se admite la existencia de procesos de diferenciación por cristalización fraccionada, pues los volúmenes de rocas de cada tipo y su composición encajan perfectamente con los datos que teóricamente habría que esperar. Como la asociación basalto olivínico-traquita-fonolita es también característica de los ba-

saltos oceánicos que estudiaremos a continuación, será descrita con más detalle en el capítulo siguiente.

El origen simático de las lavas basálticas es, por tanto, el factor fundamental que marca las características del vulcanismo postorogénico que tiene lugar en los cratógenos consolidados a lo largo de sus zonas de fractura. Sin embargo, por existir una potente cobertera de materiales siálicos, con cierta frecuencia aparecen en este vulcanismo caracteres secundarios que pudiéramos denominar continentales. A veces estos materiales sólidos del sial son asimilados en parte por los magmas simáticos, formándose rocas híbridas de características peculiares; entre estos tipos son relativamente frecuentes las lavas leucíticas que antes hemos mencionado, los basaltos melilíticos tan frecuentemente asociados a los basaltos olivínicos y nefelínicos de algunas regiones e incluso tipos de rocas silíceas en cierto modo parecidas a las que se originan en el vulcanismo orogénico.

La fase continental del ciclo de actividad ígnea puede dividirse, según G. W. Tyrrell (1955, pág. 424), en dos subfases principales, una caracterizada por los basaltos alcalinos y otra por los basaltos ligeramente más ricos en sílice; entre estos últimos podrían incluirse los diques de diabasas y doleritas, tan frecuentes en los cratógenos desmontados y que probablemente representan los conductos de emisión de los basaltos de erupción fisural.

II. Vulcanismo de las zonas oceánicas.

Desde el punto de vista geológico, la denominación océano o zona oceánica tiene una significación más restringida que en el lenguaje geográfico. Para el geólogo lo que tiene importancia no es el hecho de que una parte de la corteza terrestre esté cubierta por las aguas, sino el comportamiento y la constitución del fondo submarino. Con este criterio restrictivo las zonas marginales de los continentes, la mayor parte de los mares interiores e incluso muchas partes del fondo de océanos extensos deben ser consideradas como continentales, ya que están formadas por los mismos materiales y se comportan tectónicamente de la misma forma que los continentes.

La existencia de un sustrato de composición basáltica muy cercano a la superficie condiciona la mayor parte de las características del vulcanismo de las zonas oceánicas. Por ello en los volcanes insulares surgen casi con exclusividad las lavas y productos piroclásticos basálticos muy homogéneos e idénticos no sólo en un mismo volcán o en los distintos aparatos de una zona, sino prácticamente en todos los volcanes oceánicos del mundo.

El vulcanismo oceánico tiene, por tanto, muchos puntos comunes con el vulcanismo continental cratogénico, pero su simplicidad de caracteres es aún más acentuada, pues mientras en los continentes los magmas basálticos tienen que atravesar una espesa capa de materiales de distinta composición, con la que pueden producirse contaminaciones y asimilaciones, en las zonas oceánicas típicas estas posibilidades quedan reducidas a un mínimo.

De los basaltos olivínicos y alcalinos característicos de las zonas oceánicas, que forman la mayor parte de las erupciones, pueden derivar algunos otros tipos rocosos que también pueden presentarse en el vulcanismo continental postorogénico. Estos tipos secundarios se producen con toda probabilidad por diferenciación a causa de la cristalización fraccionada del basalto. Como en los magmas basálticos, los primeros minerales que comienzan a cristalizar son, en primer término, el olivino y los piroxenos; si se interrumpe el proceso de cristalización ya iniciado, estos minerales, a causa de su mayor densidad, tenderán a acumularse en las zonas más profundas de la masa magmática; del magma madre resulta así una fracción fundamentalmente cristalina formada por olivino y augita y un magma residual en el que dominan los componentes feldespáticos y feldespatoídicos. La primera fracción es la que origina las rocas más básicas que el magma madre (basaltos picríticos, masafueritas, ankaramitas, etc.), mientras que del residuo flúido se forman los traquitas y fonolitas.

Las erupciones basálticas de los volcanes oceánicos son de las mismas características que las de los basaltos continentales de tipo central. En cambio, las lavas traquíticas y fonolíticas, por ser menos flúidas, originan con frecuencia domos o agujas instaladas en los conductos de emisión, en cierto modo parecidas a las que se producen en los volcanes andesíticos de la fase orogénica.

SOBRE LAS CAUSAS ÚLTIMAS DE LOS PROCESOS VOLCÁNICOS

Aunque las opiniones sobre algunas facetas del desarrollo del vulcanismo no sean concordantes, hemos llegado a la conclusión de que formación de magmas, constitución de la corteza terrestre y orogénesis o formación de montañas son factores todos ellos íntimamente relacionados. Aunque aún quedan muchos ámbitos por explorar para establecer de una manera más precisa estas relaciones mutuas puede decirse que el esquema de esta serie compleja de fenómenos está más o menos definitivamente establecido.

Sin embargo, existe un campo de investigación, hoy reservado a la disquisición teórica casi pura, en el que seguimos, poco más o menos, con los mismos conocimientos que en los albores de las Ciencias Geológicas. ¿Cuál es, en último término, la causa de la elevación periódica de las temperaturas dentro de la corteza terrestre? ¿Por qué se hunde un geosinclinal? Preguntas de este tipo quedan hasta hoy sin respuesta satisfactoria.

El proceso volcánico, como cualquier otro de los que tienen lugar en la corteza, es un simple problema energético, pero el mecanismo por el cual esta energía se moviliza periódicamente es una incógnita. Pueden aventurarse hipótesis tales como la generación de calor por la desintegración de los isótopos radiactivos que existen en los materiales de la corteza, pero sobre su mecanismo íntimo sabemos muy poco.

Para llegar a contestar estas preguntas han de transcurrir aún muchas décadas de investigación que nos permitan conocer con mayor precisión no sólo el interior de nuestro pequeño planeta, sino la constitución del universo y los procesos energéticos que en él se desarrollan. Muy cerca de nosotros tenemos otra ínfima unidad de este conjunto, la Luna, que nos presenta una superficie casi exclusivamente formada por coladas gigantescas de basaltos y por abruptos relieves crateriformes de dimensiones aún mayores que las calderas volcánicas más grandes de la Tierra; quizá en la interpretación correcta de este vulcanismo lunar puedan encontrarse algunas claves para la comprensión del vulcanismo terrestre.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

BACKLUND, H. G.: *Magmatic Activity and mountain folding in the Andes of South Mendoza.* «Geol. Mag.», vol. LXIII, págs. 410-422 (1926).

BEMMELEN, R. W. VAN: *The geology of Indonesia*, vol. I A, Gouv. Printing Office, The Hague, 732 págs. (1949).

BEMMELEN, R. W. VAN: *On the origin of ingenous rocks in Indonesia.* «Geol. en Minjnb.», s. 2, vol. XII, págs. 207-220 (1950).

BUCHER, W. H.: *The deformation of the Earth's crust.* Princeton Univ. Press., 518 páginas (1933).

DALY, R. A.: *Volcanism and petrogenesis as illustrated in the Hawaiian Islands.* «Geol. Soc. America Bull.», vol. LV, págs. 1376-1399 (1944).

ESKOLA, P.: *On the origin of granitic magmas.* «Min. Petr. Mitt.», vol. XLII, páginas 455-481 (1932).

ESKOLA, P.: *About the granite problem and some masters of the study of granite.* «Comm. Géol. Finlande Bull.», núm. 168, págs. 117-130 (1955).

FOURMARIER, P.: *Principes de Géologie.* 3.ª edic. Liège (1949).

FÚSTER, J. M.: *Estudio petrogenético de los volcanes del golfo de Guinea.* Instituto de Estudios Africanos, C.S.I.C., Madrid (1954).

FÚSTER, J. M.: *Vulcanología del Atlántico meridional.* «Arch. Inst. Est. Africanos», núm. 33, págs. 67-79 (1955).

GUTENBERG, B.: *Crustals layers of the continents and oceans.* «Geol. Soc. America Bull.», vol. LXII, págs. 427-440 (1951).

GUTENBERG, B.: *Internal constitution of the Earth.* Dover Publications, New York (1951).

HESS, H. H.: *A primary peridotite magma.* «Am. Journ. Sci.», vol. XXXV, págs. 321-344 (1938).

HOLMES, A.: *The problem of the association of acid and basic rocks in central complexes.* «Geol. Mag.», vol. LXVIII, págs. 241-255 (1931).

HOLMES, A.: *Origin of igneous rocks.* «Geol. Mag.», vol. LXIX, págs. 543-558 (1932).

KENNEDY, W. Q., and ANDERSON, E. M.: *Crustal layers and the origin of magmas. Part. I: Petrological aspects of the problem.* «Bull. Volcan.», s. 2, vol. III, págs. 24-82 (1938).

KOBER, L.: *Der Bau der Erde.* Gebrüder Borntraeger, Berlín (1928).

KUHN, W., und RITTMANN, A.: *Ueber der Zustand des Erdinner und seine Entstehung aus einem homogenen Urzustand.* «Geol. Rundschau», vol. XXXII, págs. 215-256 (1941).

LARSEN, E. S.: *Petrographic province of Central Montana.* «Geol. Soc. America Bull.», vol. LI, págs. 887-948 (1940).

NEUMANN VAN PADANG, M.: *Catalogue of the active volcanoes of the World including solfatara fields. Part. I. Indonesia.* «Intern. Volcan. Assoc.», Napoli (1951).

RITTMANN, A.: *Vulkane und ihre Tätigkeit.* Ferdinand Enke, Stuttgart (1936).

ROTHÉ, J. P.: *Hypothèse sur la formation de l'Océan Atlantique.* «C. R. Acad. Sci. Paris», vol. CCXXIV, págs. 1295-1297 (1947).

SONDER, R. A.: *Die erdgeschichtlichen Diastrophismen im Lichte der Kontraktionslehre.* «Geol. Rundschau», vol. XIII, págs. 217-272 (1922).

STILLE, H.: *Malaiischer Archipel und Alpen.* «Abh. Preuss. Akad. Wiss., Math. Naturw. Kl», núm. 16 (1939).

STILLE, H.: *Zur Frage der Herkunft der Magmen.* «Abh. Preuss. Akad. Wiss., Math. Naturw. Kl», núm. 19 (1940).

STILLE, H.: *Einfürung in den Bau Amerikas.* Berlín (1940).

TEIXEIRA, C.: *A propos d'une hipothèse sur la structure de l'Océan Atlantique.* «Bol. Mus. Lab. Min. Geol. Univ. Lisboa», núm. 18, págs. 3-13 (1950).
TYRRELL, G. W.: *Flood basalts and fissure eruption.* «Bull. Volcan.», s. 2, vol. I, páginas 89-111 (1937).
TYRRELL, G. W.: *Distribution of igneous rocks in space and time.* «Geol. Soc. America Bull.», vol. LXVI, págs. 405-426 (1955).
UMBGROVE, J. H. F.: *The relation between magmatic cycles and orogenic epochs.* «Geol. Mag.», vol. LXXVI, págs. 444-450 (1939).
WALKER, R. T., and WALKER, W. J.: *The origin and History of the Earth.* Walker Corp., Colorado Springs (1954).

COMPROMISO Y EVASIÓN EN LA NOVELA ACTUAL

I

Los conceptos de *compromiso* y *evasión* son ya tan conocidos y manejados que no necesitan de comentario alguno [1]. Sí, en cambio, convendría una cierta cautela en su uso, ya que de lo contrario llegaremos a esquematizar de manera tan rígida nuestra visión y valoración de los fenómenos artísticos, que correremos el riesgo de dejar escapar la íntima razón de ser de éstos.

Evasión y *compromiso*, entendidos como conceptos polares e irreducibles, casi vendrían a significar una resurrección de la vieja dualidad *gratuidad-utilidad* del arte, del *dulce et utile* horaciano, perdida la copulación y establecida la antinomia. Y no es que quepa identificar *compromiso* con *utilidad* o *propósito didáctico*, habida cuenta de que el artista comprometido antes que adoctrinar se propone ser fiel a su tiempo —a su concepción del mismo— y expresar sus problemas, sin margen para la escapada, para la *evasión*. Es más fácil, en cambio, acercar este último concepto al de *gratuidad*, *fruición*, al *dulce* horaciano, ya que el artista evasivo sustrae su expresión a la problemática histórica que le es propia, y se lanza o bien al intrascendentalismo artístico, al puro ademán lúdico, o bien a la pretensión de un arte intemporal y valedero fuera de los compromisos de la hora histórica. Este último es más difícil de alcanzar, y de ahí la generalizada equiparación de *arte evasivo* con *trivialidad* e *intrascendencia*.

---

[1] Un estudio que puede ser considerado como el más característico sobre estos conceptos es el de J. P. Sartre, *Qu'est-ce que la littérature?* (en «Situation», II), recientemente traducido al español por la Editorial Losada, de Buenos Aires. Un excelente análisis del mismo y, en general, de todo el complejo momento literario actual puede verse en la *Problemática de la literatura*, de Guillermo de Torre (Ed. Losada, Buenos Aires).

Sólo por oposición a lo *evasivo-intrascendente* cabe allegar el *utile* horaciano al *compromiso* actual, pero a sabiendas de la tremenda distancia que hay entre el arte docente-utilitario del medievo o de la Ilustración y el arte comprometido de hoy, tantas veces desarraigado éticamente, opuesto al sermoneo y a la prédica, expresión —las más veces desesperada— de un repertorio de situaciones insoportables, ya sean psicológicas, sociales o metafísicas. En ocasiones, lo que el escritor hace —como el protagonista de *La náusea* sartreana— es dar expresión a su angustia para así tratar de liberarse de ella. No es ésta, de todas formas, una literatura intimista y de confesión como la romántica de memorias o novelas autobiográficas —*Werther*, *Obermann*, *Adolphe*, etc.—, puesto que de ella la separa, fundamentalmente, la no creencia en su finalidad catártica. El novelista romántico —el Goethe juvenil que se descarga de un lastre enfermizo con el suicidio de Werther— encuentra una cierta liberación en dar forma artística, expresión lírica o novelesca a sus cuitas. La posible frustración o deficiencia vital parece quedar compensada con la novela que el escritor extrae de ella y que supone, en cierto modo, una catarsis o purgación de pasiones.

Como el artista romántico cree —casi idolátricamente— en la literatura, en su poder, en su influencia revolucionaria, en su enorme carga sentimental, es lógico suponer que en ella encuentra algo más que desahogo. La literatura, para el creador romántico, es algo así como un plano trascendentalizador en el que todo —aun los más amargos fracasos vitales— encuentra idealizada superación. Por la literatura se salva ese hombre apasionado y lúcido, ingenuo y sabio a la vez, que es el escritor romántico. En su confesión escrita suele haber siempre, implícita, una actitud reverencial hacia lo literario ; esa actitud que equivale a saber que merece la pena dar expresión escrita a una intimidad, ya que —por raro que parezca— ésta no se desintimiza al contacto con el lector, sino que se salvaguarda y purifica por el solo milagro de la letra.

Distinto es el caso del escritor comprometido de hoy que escribe literatura intimista o de confesión. En primer lugar, apenas hay intimidad, desde el momento en que la sinceridad se convierte tantas veces en cinismo. La intimidad romántica supone un pudor, inexistente hoy en un amplio sector novelístico. Incluso un hombre como Rousseau, que en sus *Confesiones* se jactaba de su plena sinceridad y pretendía desnudar su alma ante el lector —«J'ai dit le bien et le mal avec

la même franchise. Je n'ai rien tû de mauvais, rien ajouté de bon... Je me suis montré tel que fus : méprisable et vil quand je l'ai été ; bon, généreux, sublime, quand je l'ai été. J'ai dévoilé mon intérieur tel que tu l'as vu toi-même, être éternel»—, tiene en cuenta, si no el pudor, sí un cierto convencionalismo artístico que le lleva a literaturizar su autobiografía y a admitir la existencia de una deliberada ornamentación : «S'il m'est arrivé d'employer quelque ornement indifferent ; ce n'a jamais été que pour remplir un vide occasionné par mon défaut de mémoire.» El tal ornamento no es otra cosa, en definitiva, que relleno descriptivo, lírico o novelesco, el que la naturaleza musical de Rousseau parecía exigir.

La intimidad romántica, nacida de la meditación y de la soledad, adquiere configuración literaria no para verterse en el vacío o para, especularmente, consolar tan sólo al escritor que supo expresarla lírica o novelescamente. Es, en forma de confesión, una intimidad que busca el diálogo con otras intimidades. Benjamín Constant, en su *Adolphe*, confesó que muchos de sus lectores «m'ont parlé d'eux mêmes comme ayant été dans la position de mon héros». Y sabido es que ese héroe, Adolphe, es un trasunto —en su conflicto psicológico y amoroso— del propio autor. Su historia —dice Constant— es la de la miseria del corazón humano : «S'il renferme une leçon instructive, c'est aux hommes que cette leçon s'adresse.»

Fruto de la soledad individualista, la confesión romántica supone, sin embargo, un diálogo y una llamada a los hombres. Por el contrario, muchas de las novelas autobiográficas de hoy son monólogos en el vacío, sin principio ni fin. El ciclo psicológico que recorre el protagonista de la antes citada *La náusea* de Sartre podría casi comenzar y concluir en cualquier momento, ya que siempre limita con la nada. Es una confesión que, por verterse en el vacío, suscita el vértigo, la náusea, en quien la hace. No es, por tanto, una intimidad realmente volcada hacia los hombres —aunque a algo la obliga su configuración literaria—, sino derramada, devanada en y hacia sí misma, espiral incesante y desprovista de sentido.

Se comprende que una intimidad así entendida y expuesta pierda casi su calidad de tal, por cuanto la sensación de pudor —la entrañada en todo diálogo, aun en el más sincero— parece estar ausente.

El narrador romántico cuenta con la sociedad, aunque sea desde el desprecio por su organización, y si su diálogo se hace increpación o adopta la forma de dolorido monólogo, la carga sentimental en él

patente lo está hinchiendo de humanidad, hasta convertirlo —como Constant decía— en lección dirigida a los hombres.

Y, sin embargo, el *compromiso*, que tan inesquivable resulta a muchos escritores de hoy, les obliga a tener en cuenta la sociedad en la que viven.

¿Cómo explicar entonces esa aparente paradoja, perceptible en no pocos de los más significativos novelistas actuales, de religación y desligación, de monólogo no escindible en diálogo —como el que la intimidad romántica suponía—, es decir, de individualismo y compromiso a la vez? ¿Es que cabe la mezcla compromiso-evasión?

Estas preguntas enlazan, indudablemente, con la consideración expuesta al comienzo de este ensayo. Todo esquema rígido es peligroso e inexpresivo, por quedar fuera de él los distingos y los matices, muy importantes a veces.

Parece obvio que junto a una actitud de compromiso consciente, deliberado, ha de existir —y existe de hecho— otra de compromiso inconsciente, capaz de adoptar la fisonomía de un arte evasivo.

En definitiva, puede que se trate de un problema de sinceridad. Aparentemente, es fácil identificar lo evasivo en arte con lo que hace relación a artesanía, oficio, formalismo, carencia de contenido, falta de hondura. Y, aparentemente también —por contraposición a lo apuntado—, el arte comprometido resulta ser aquel en que la densidad ideológica, la religación a los problemas de la época es tan fuerte, que el escritor desdeña o, por lo menos, no sobrevalora todo eso —oficio, forma— que en el arte evasivo parece ser tan importante.

Pero esto es sólo apariencia, porque muy frecuentemente vemos que el pecado de literaturización, de insinceridad, de engolamiento, se da en las filas del arte comprometido tanto o más que en las del considerado evasivo.

Hay en esta oposición un algo de falaz o equívoco que convendría desmontar en beneficio de una mayor sinceridad ideológica y estética. Mucho se ha avanzado, con relación a otras épocas, en el camino de la sinceridad, y si hoy padecemos algunas extremosas consecuencias de ese avance —cinismo, amoralidad, pérdida del decoro expresivo—, es preciso reconocer que no todo lo conseguido es malo. El mundo novelesco de Graham Greene es un buen ejemplo de cómo la sinceridad puede ir aliada a un noble hacer literario capaz de darnos una imagen del hombre de nuestro tiempo, ni sobrevalorado ni rebajado, visto desde la ternura y un patetismo de signo católico.

II

Ingenuamente podría uno imaginarse al escritor de hoy situado en la encrucijada *compromiso-evasión* y dispuesto a elegir un solo camino. ¿Es ésta realmente una cuestión de elección o sólo de instinto? ¿No habrá una última fidelidad del escritor para consigo mismo capaz de configurar los rasgos de su creación artística? Quizá en este caso no quepa ya hablar de arte evasivo, desde el momento en que el escritor se comporta con plena sinceridad, fiel a un mundo —el suyo más íntimo— con el que se siente ligado.

Posiblemente uno de los casos más extraordinarios de nuestro siglo sea el de Franz Kafka. Gracias al hecho de que su amigo y testamentario Max Brod no cumpliese la voluntad del gran escritor, conocemos hoy una de las más importantes creaciones del mundo moderno. Kafka, al desear destruir sus escritos, procedía con la máxima sinceridad. Esa actitud suya revela una intimidad tan pura y profunda, una tan abrumadora riqueza de contenido, que es posible despreciar lo literario como fungible y merecedor de destrucción.

La obra de Kafka parece ser un monólogo que estrictamente no necesitaba de lectores. No existe, por tanto, ni el ademán lúdico, que es característico de la evasión, ni la ligazón social-temporal propia del compromiso. Y, sin embargo, pocas obras como las de Kafka expresarán de manera tan impresionantemente exacta la situación anímica del hombre de hoy.

Es muy posible que después de la revolución copernicana que en el desarrollo de la novela supuso el arte de Dostoyevski, haya que señalar como semejante en importancia y alcance la significada en las obras de Kafka. En el camino de acceso hacia el hombre interior —ese caótico hombre dostoyevskiano en quien podemos reconocernos, hecho de algo más complejo que la unilateral maldad o bondad de los héroes novelescos del XIX—, Kafka da un paso tan audaz y profundo, que a veces nos hace sentirnos limitados, sumidos en la incomprensión [2].

---

[2] El «hombre subterráneo» de Dostoyevski, que León Chestov estudia en *La filosofía de la tragedia* (trad. española de Ed. Emecé, Buenos Aires, 1949), es evidente anticipo de ese otro «hombre subterráneo» que Kafka ha expresado en nuestra época. Un relato kafkiano como el titulado *La construcción* ofrece casi la configuración plástica del tipo preludiado por Dostoyevski. El ocultarse bajo tierra del narrador-protagonista de *La construcción* convierte este relato en otra *Metamorfosis*: la del hombre-topo.

El arte de Kafka es comprometido sólo en cuanto define y expresa la más honda problemática —metafísica, religiosa— del hombre actual. Y, no obstante, si un lector poco atento se fijara solamente en la epidermis de algún relato kafkiano, creería estar ante un arte evasivo hecho de ingredientes fantásticos o utópicos. Lo que de intemporal y hasta inespacial hay en las narraciones de Kafka, parece despojarlas de toda posible referencia a una concreta apoyatura histórica, social, es decir, a la ligazón propia del compromiso. Cuando Kafka busca un escenario real y concreto para su creación novelesca —*América*—, ese escenario, no conocido directamente por el autor, queda sometido a un proceso de sátira y desrrealización, queda utopizado y convertido en símbolo.

Pero, a la vez, sería ingenuo y hasta ineficaz aproximar el mundo simbólico de Kafka al de tantas obras de distintas épocas, caracterizadas por la misma técnica. El simbolismo medieval, como el romántico o el modernista, suelen presentar unos caracteres de nitidez y univocidad que contrastan con las tan frecuentes confusión y plurivocidad del simbolismo kafkiano. Piénsese en las muy distintas interpretaciones a que se prestan los relatos de Kafka —verbigracia: *La gran muralla china, La metamorfosis, El castillo,* merecedoras de variados y hasta dispares comentarios y exégesis— y se tendrá una idea de la densidad ideológica que subyace tras las imágenes —de traza onírica tantas veces— que esos relatos presentan.

Tal plurivocidad no es exclusiva, naturalmente, de Kafka, y, en cierto modo, toda obra simbólica de cualquier época puede suscitar tantas interpretaciones como comentaristas tenga, a no ser que el mismo autor nos haya dejado la clave de sus símbolos. Pero con los de Kafka ocurre algo distinto. Y es que no los sentimos del todo como símbolos, aunque percibamos, a la vez, su resonancia extraliteral. Hay algo en ellos que les da validez por sí mismos, aun ignorando su trasfondo: aquello a lo que aluden. Nos basta —y quizá esto ayude a entender el porqué de su poderosa atracción— con saber o intuir que aluden a algo, por más que la alusión pueda ser múltiple o permanezca en el misterio no descifrado. Este complejo fenómeno podría ser la causa de esa también compleja impresión que los relatos de Kafka producen en el lector, de desasosiego, irrealidad y, a la vez, familiaridad y compenetración extralógica con el mundo, los hechos y los personajes presentados.

La nota misteriosa del escritor romántico —Hoffmann o el mismo

Poe— es de signo distinto: alusión a poderes sobrenaturales, al mundo del sueño, de los terrores nocturnos, de la magia o la telepatía. El misterio en Kafka apenas es tal, dado el tono lúcido de todo cuanto se nos narra y hasta su mismo ritmo y tonalidad. *El Horla* de Maupassant o *El doble* de Dostoyevski son relatos de locura y alucinación. En *La metamorfosis* no hay alucinación alguna. Lo fundamental no es —tan natural parece en la explicación— el cambio de un hombre en un desagradable gusano o gigantesco insecto, sino la situación doméstica familiar, social, que el tal cambio impone al que lo padece. Importa en el relato no el elemento fantástico o alucinatorio —inexistente en su más hondo sentido, aparencial solamente—, sino lo que de alusión hay en el símbolo del hombre humillado por su metamorfosis a la *normal condición humana*. El hombre perseguido sin saber por qué de *El proceso,* es aquí este hombre perseguido y humillado también, con no menos falta de lógica o de sentido. La constante alusión a algo desconocido, a una culpa, un pecado del que los héroes kafkianos no parecen ser responsables, carga tales relatos de una atmósfera de misterio distinta a la de los relatos románticos. En éstos el misterio es el resultado de una conjunción de fuerzas espirituales y físicas que en sus contactos, cruces y oposiciones descubren ante el lector ignorados y amedrentadores mundos de faz sólo intuíble a través del sueño, el éxtasis, la alucinación.

Kafka no nos ofrece trasmundos o alucinaciones. La extraordinaria lucidez de sus relatos, la compacta lógica interna con la que nos describe procesos caracterizados por el absurdo, por el sinsentido, revelan la especial contextura de esa simbología de nuevo cuño, distinta a la de otras épocas.

Frente al sistema de correlaciones y adecuadas sustituciones que la simbología normal ofrece —recuérdese, por ejemplo, la identificación Beatriz-Teología en Dante, o la de Rosa-Dama en el *roman* medieval—, la simbología kafkiana es pura y misteriosa alusión que nos aboca a un mundo más allá del símbolo, e independizado a la vez de él, falto de la conexión perceptible en otros sistemas simbólicos.

Los *Cuentos de un soñador* de lord Dunsany, en virtud precisamente de su no ocultada contextura poética y onírica, representan un arte más evasivo que el de Kafka. En éste el *compromiso* posee esas características de sinceridad, de autenticidad, que antes quedaron apuntadas.

La novela *América* sólo podrá parecer una escapada humorística

a quien desconozca el resto de la obra de Kafka y, por consiguiente, la fuerte trabazón existente entre todos los relatos que escribió. No, no es el arte kafkiano un arte evasivo. Por el contrario, es un monólogo cerrado y compacto, sin principio ni fin, sin escapatoria posible. (Muchos relatos de Kafka quedaron sin desenlace. Realmente no lo necesitan. Su sentido y su estructura son los de la interminable *Muralla china*, los de la espiral que gira incesantemente sobre sí misma, sin que el movimiento, la repetida pretensión de entrar en *El castillo*, pueda cesar ni cumplirse.)

Un arte destemporalizado y desespacializado, libérrimo en la invención, desconectado con lo más externo de toda relación con unas determinadas circunstancias sociales, históricas, políticas, puede ser, sin embargo, un arte comprometido, entendiendo por *compromiso* la fidelidad, la exactitud con que un escritor refleja al hombre de su tiempo en su aspecto más inquietantemente profundo.

Para captar *la condición humana* hay, pues, más caminos que el recorrido por Malraux desde el compromiso militante. Tanto valen los irreales escenarios de Kafka como el tan concreto y real de la revolución china. Lo que importa es que el hombre que cruza esos escenarios responda en su ademán y su aventura a lo que del hombre pensamos y sentimos en nuestro tiempo.

Pero más importante aún que expresar al hombre de hoy, lo es expresar al *hombre* sin más, sin ningún limitador marbete temporal. El paradigma humano de *Hamlet* o el de *Don Quijote* conservan su validez a despecho del paso del tiempo.

Lo mismo ocurre, por ejemplo, con el Julián Sorel del *Rojo y negro* de Stendhal. Podrá haber desaparecido la circunstancia justificadora, históricamente, del personaje. Pero lo que nos impresiona en éste no es su anecdótica contextura de joven perteneciente a una generación postnapoleónica en la que, sin embargo, vibran las ambiciones del período anterior. La frustración vital de Sorel al desear triunfos equivalentes —con equivalencia que su voluntad y su imaginación suscitan— a los de la generación de Napoleón, inalcanzables ahora en la estructuración burguesa y mediocre de la nueva sociedad, despertará siempre profundas resonancias en los lectores de cualquier época. Y es que en Stendhal hubo, al crear a Sorel, algo más que un mezquino compromiso con su época. La ambición de Sorel rebasa el cauce de una intransferible determinación histórica y afecta a una esfera más íntima y amplia.

Stendhal, al denunciar la incomprensión de su época para con sus libros y al profetizar su revalorización en nuestro siglo, expresó bien explícitamente lo que de intemporal e incomprometido tenían. No fué el suyo un arte evasivo, sino muy ligado a su época, pero con una ligazón superadora, trascendentalizadora, en virtud de lo que no es sino potencia artística, capacidad de perdurable creación.

Si esto no sucede, el arte comprometido deja en realidad de ser arte y se convierte en un producto de tan ínfima calidad como la más trivial de las modalidades evasivas pueda serlo.

MARIANO BAQUERO GOYANES

INFORMACIÓN CULTURAL DEL EXTRANJERO

LA LITERATURA CHINA

La literatura china es poco o nada conocida en Occidente, pues si muchas personas citan, aun sin haberlos leído, a Dante o a Shakespeare, a Cervantes o a Goethe, ni siquiera esto ocurre respecto a la literatura china. Y si, en círculos más restringidos y que presumen de cultura, se sabe quién es Omar Khayam o Rabindranath Tagore, de China únicamente son conocidos Confucio y Lao-Tse; pero Confucio y Lao-Tse son filósofos. Claro es que el hecho de desconocer los nombres de escritores chinos célebres no tiene nada de extraño, puesto que muy pocas traducciones de obras suyas han llegado hasta nosotros.

Naturalmente, no se puede esperar una exposición completa y detallada de la literatura china en tan pocas páginas, tanto más cuanto que es la suya una historia particularmente rica y copiosa a través de casi tres milenios, y aunque parece menos vieja que la de los pueblos del Oriente clásico, como Babilonia y Egipto, la literatura china es en realidad, con la de la India, una de las más antiguas existentes; más que todo el conjunto literario europeo, que, incluyendo los textos griegos, no alcanza los tres mil años.

La historia de la literatura china presenta una división que le imponen los acontecimientos: la unificación política y cultural a fines del período feudal en la segunda mitad del siglo III antes de J. C.

Durante aquella época, bajo la dinastía Han, en el año 213 antes de J. C., el emperador ordena la célebre quema de libros, medida que en realidad corresponde a necesidades políticas del momento para impedir la propagación de tendencias regionalistas. Pero, al mismo tiempo, se crea una universidad central que conserva en su biblioteca las obras esenciales y, en vez de sufrir un eclipse, las letras cobran,

al contrario, un nuevo impulso; así que en los últimos siglos antes de la Era Cristiana y el primer siglo de nuestra Era florece una de las épocas más gloriosas de la literatura china.

La perfección técnica de las obras compuestas en el período siguiente indica una larga elaboración artística anterior, pero apenas se poseen textos puramente literarios, ni poesía, ni prosa de esa época, y lo que queda se ha conservado únicamente gracias a su incorporación a obras posteriores. En realidad, tanto desde el punto de vista del estilo como por su extraordinario repertorio, la literatura china antigua ocupa una categoría aparte.

Los textos que preceden a la unificación del país se remontan a los siglos III y IV antes de J. C., formando un grupo muy distinto del conjunto del repertorio clásico chino, y si su influencia en las ideas es importante, su influencia estilística es sensiblemente inferior, especialmente respecto a la prosa.

Los textos antiguos se pueden clasificar en varios grupos, divididos por su contenido y por su estilo.

El primer grupo consiste en los llamados libros canónicos, atribuídos a la pluma de Confucio o, al menos, a la revisión hecha por el filósofo, ya que algunos de ellos pertenecen a una época anterior. Los más importantes son sin duda el *Libro de los anales*, obra histórica de la alta antigüedad; el *Libro de las mutaciones*, obra mística de interpretación en extremo difícil que da lugar a numerosos comentarios, y, por último, el *Che King* o *Libro de odas*, recopilado por Confucio en el siglo V antes de J. C., que recoge los antiguos himnos y las canciones arcaicas con toda la fresca ingenuidad de su edad infantil y tiene el interés de ofrecernos una amplia idea de la vida, costumbres y estado de civilización de la vieja época. Este trabajo constituye el primer conjunto importante de la poesía china antigua y es de gran valor para conocer la técnica del verso chino. Su influencia es enorme, sucediéndose las imitaciones a través de toda la historia de la poesía y de la literatura.

Entre las obras canónicas figura también un diccionario que explica el sentido de las palabras y de las locuciones y es el primer monumento de este género. Existe, además, un conjunto de obras sobre los ritos que, como los anales, se atribuyen igualmente a Confucio y son, sobre todo, importantes por sus comentarios. Tanto éstos como gran parte de los ritos forman un conjunto de relatos históricos o morales que ofrece un ejemplo perfecto del estilo histórico narrativo.

Sin entrar en el detalle de los autores y de las escuelas, se puede asegurar que las grandes divisiones feudales están representadas en estas obras por tendencias muy marcadas. Así, pues, los principados

septentrionales poseen tendencias racionalistas, tan pronto oratorias como estrictamente lógicas; mientras que los principados meridionales acusan tendencias místicas y poéticas. De suerte que, si bien la prosa narrativa se conforma a las obras del primer grupo, la prosa artística en sus géneros semipoéticos, así como la poesía misma, pertenecen netamente al segundo.

En el principado de Chou aparece el primer grupo de autores francamente poético, con el que comienza la producción literaria individual y, por tanto, la historia de la literatura. Se trata del grupo literario de Kiu-Yuan y sus discípulos, entre los cuales se destaca Son Yu. La actividad de este grupo se prolonga hasta finales del siglo IV y principios del siglo III antes de J. C., y los escasos textos que se conservan son de un valor artístico que marca los comienzos de la prosa china, tal como se perpetúa en la literatura desde aquella época. De esta escuela salieron las dos tendencias principales: la de la alta prosa poética y la de la prosa artística simple y rítmica, pero netamente diferente de la poesía. En cuanto a la prosa narrativa y didáctica, las obras más perfectas son las de historia y filosofía de las escuelas del norte de China.

Las luchas que acaban en la unificación política del país y en la ruina definitiva del sistema feudal abarcan en su fase final la casi totalidad del siglo III antes de J. C., para terminar en la instauración de la dinastía Ching, primera que unifica todo el país bajo su poder efectivo. A partir de ese momento también los soberanos chinos abandonan el título de rey para adoptar el de emperador.

Naturalmente, un movimiento de esta importancia no se limita a acontecimientos únicamente políticos o militares, sino que representa el punto final de una larga evolución moral y mental, cuya múltiple influencia resulta evidente en las obras históricas y filosóficas de los siglos anteriores inmediatos.

También ocurre con frecuencia que este cambio se produce en un período de exaltación mental, y provoca un importante desarrollo de las fuerzas creadoras del país en todos los aspectos de la acción intelectual, especialmente en el de las letras. De suerte que, como hemos dicho antes, los tres siglos que preceden a nuestra Era representan uno de los períodos más importantes y más bellos de la literatura china.

Desgraciadamente, muy poco de la producción literaria de aquellos tiempos ha llegado hasta nosotros, pues casi todo se perdió en los innumerables disturbios de esa época y de las posteriores.

Bajo la dinastía Han, que —con una interrupción de quince años al principio de nuestra Era— gobierna a China durante más de cuatro

siglos, la gran habilidad de su fundador favorece las corrientes contrarias a la época que precede, pero al mismo tiempo conserva sus instituciones y puede así aprovechar el esfuerzo y la obra de una generación formada por la universidad central de los Ching, reuniendo en su derredor un núcleo de letrados brillantes y de hombres políticos de gran patriotismo, deseosos de dedicar su talento y su sabiduría a la causa del Estado.

Pero es imposible en una exposición tan breve continuar haciendo la verdadera historia de la literatura china más allá de sus rasgos generales. Nos limitaremos, pues, a seguir la evolución de la corriente de las ideas que permitan definir en pocas palabras los motivos y las características principales de cada período y ofrezcan un índice esencial para cada época.

En los tres siglos inmediatamente anteriores a la Era Cristiana —es decir, desde la segunda mitad del siglo II antes de J. C. hasta el comienzo del siglo I de nuestra Era— florece una innúmera pléyade de grandes poetas y escritores que hacen del reinado del emperador Wu, de la dinastía Han, una de las épocas más brillantes de la literatura china. El escritor más famoso de este período es Sse-Ma-Sian-Jú. Por su carácter alegre y bohemio y su facilidad extraordinaria para escribir, es un virtuoso de las letras. Su pincel es ágil, y nos demuestra que el idioma chino escrito ha alcanzado ya un grado de perfección que será difícil superar. Desgraciadamente, la traducción de estos textos resulta casi imposible, pues en ella pierden todo el efecto estético y artístico.

Otro letrado conocido de aquellos tiempos es el poeta Mei-Chen. Cabe explicar aquí que el monosilabismo de las palabras y la politonía del idioma chino se pueden considerar en los idiomas de desinencia occidental como de orden esencialmente poético, pero en China son propios de la prosa artística. Por consiguiente, para diferenciar la prosa de la poesía hay que emparejar esta última a la música, ya que todo poema era primitivamente cantado. En ninguna otra literatura ocupa la música ese lugar primordial. Y nada más difícil que determinar cuando se pasa de la prosa a la poesía.

Fuera de las producciones puramente artísticas en prosa o en verso, en este período se producen también muchas obras de erudición y de moral que continúan la tradición filosófica de las épocas inmediatamente anteriores.

El gran historiador y metodista Sse-Ma-Chien pertenece igualmente a la dinastía Han. En sus *Memorias históricas*, que abarcan desde los tiempos antiguos hasta sus días, nos da una exposición cronológica

de todos los acontecimientos, así como múltiples biografías y monografías. Abel Rémusat le llamó el Padre de la Historia y el Herodoto chino. Nació en Long-Men en el año 145 antes de J. C. La obra monumental de este gran erudito, estimada tanto por la valiosa documentación que encierra como por sus calidades metódicas, estilísticas y literarias, se titula *Se-Ki*, y es una amplia recopilación dividida en ciento treinta volúmenes que, calculando al modo chino, contienen 526.500 caracteres. Su estilo es claro y sencillo, poco florido y quizá algo arcaico, a pesar de lo cual se le considera como modelo para la formación del letrado y ha ejercido una influencia constante sobre los escritores chinos posteriores.

En la segunda mitad del siglo I antes de J. C. hay escasez de autores y de textos. No obstante, se reconstituyen las obras desaparecidas en la quema de libros y, durante la época de decadencia que sigue, las letras tienden al arte puro. Pero, como también suele suceder, aunque bellas, estas obras carecen de genio creador.

Al volver al poder la dinastía Han llamada posterior, la literatura recobra nuevo impulso y en el primer siglo de la Era Cristiana florece una vez más un carácter grave y acompasado: tienen la primacía la moral y los ritos y su influencia se hace sentir tanto en las obras en prosa como en la poesía misma. Entonces se forma definitivamente la técnica poética y se separa de la prosa. El canto popular florece bajo el reinado de Han y podemos decir que alcanza su cumbre la poesía popular china.

Paralelamente se prosiguen los trabajos de erudición que los disturbios civiles no habían interrumpido. A esa época pertenece el primer diccionario metódico de la lengua que, unido a los anteriores trabajos de lexicografía, contribuye al desarrollo de las letras chinas.

Una familia extraordinaria llena con su actividad el siglo I de nuestra Era: se apellida Pan y se hace famosa en China tanto en la historia literaria como en la historia misma. El padre es un letrado de gran valor que escribe obras importantes, pero más célebres aún son sus hijos y su hija. El mayor, Pan-Tchao, general y colonizador, contribuye a extender hacia el Oeste el imperio y su civilización; la segunda, Pan-Chao, deja obras históricas y morales que la sitúan en primera fila entre las escritoras. Pero el más famoso de todos los hermanos es el menor: Pan-Ku, poeta, moralista, erudito y gran historiador. Su obra sirve de modelo a todas las historias dinásticas chinas escritas desde entonces hasta nuestra época. Tiene un estilo clásico purísimo que deleita y enseña al mismo tiempo.

El período de luchas que dura todo el siglo III es particularmente fecundo en genios literarios y en pensadores. Quizá sea uno de los

momentos más interesantes de la historia de la literatura china, tanto por la cantidad de talentos que surgen como por la abundancia de ideas y de doctrinas, a menudo valientes y atrevidas, propugnadas por sus autores.

Uno de los más famosos es Tsi-Kan, cuyas ideas místicas opuestas al confucionismo y contrarias al principio de autoridad, acaban por inquietar de tal forma al Gobierno que llevan al escritor a la horca.

La técnica artística es perfecta, el idioma goza de gran elasticidad, sus formas son variadas y elaboradas. La prosa artística alcanza tal grado de perfección que es necesario dotar a la poesía de un nuevo método diferenciador. Obra realizada por las generaciones posteriores, que establecen las reglas del clasicismo.

Al siglo IV pertenece el célebre T'ao-Chien, precursor e inspirador de la gran época poética de la dinastía Tang. Todos los estudiantes chinos recitan sus versos de memoria, como los de Tu Fu o Li Po. De familia ilustre, abandona los altos cargos de la corte para vivir pobremente en el campo del producto de la tierra. De todos los grandes poetas chinos es el más interesante y humano. Hombre de gran dignidad y de sentido moral, dedica, no obstante, veinte poemas al vino. Mas en China, el vino no agita ni altera; bien al contrario, trae la paz y la armonía, aplaca la tensión de la vida, libera el espíritu poético y despierta la sensibilidad. No estimula como en Occidente, sólo aisla de la cruda realidad.

Al final del siglo IV se hace famoso el poeta Tao-Yuan Ming por las particularidades de su carácter. Es sincero y espontáneo, tiene un alma sencilla, una expresión perfecta, una completa serenidad de corazón. Adora la Naturaleza, se siente feliz en su miseria; como Tao Chien, huye de la vida pública y de los altos cargos, representa el punto extremo de la evolución que empezó a principios de la dinastía Han. Tao-Yuan-Ming y su época marcan la cima de esta evolución. La generación siguiente, hasta mediados del siglo V, esboza un movimiento inverso propicio a la reconstitución de la autoridad central y de la unidad china, volviendo al orden estable y duradero; pero será necesario más de siglo y medio para alcanzarlo.

Los últimos años de Tao-Yuan-Ming transcurren bajo una dinastía que da nacimiento nuevamente a la centralización del interés por la vida política. En el campo de la literatura se observa una disminución progresiva de la inspiración libre y espontánea y un paso hacia el rebuscamiento. El período de las seis dinastías se puede comparar al Renacimiento occidental, pasado el cual se llega a la erudición y a la teoría del arte literario que encamina directamente al clasicismo.

En tanto, el siglo V produce un número considerable de poetas y

prosistas, pero aunque estos autores tienen a veces un papel político importante, su inspiración poética se deja influir por la filosofía budista y mística en su sentido contemplativo de la Naturaleza.

Sin embargo, si el budismo influye en la formación de la mentalidad de algunos letrados, la literatura búdica, con sus maravillosas traducciones de los textos sánscritos y palí, apenas si tiene influencia sobre las letras chinas, que conservan sus costumbres estilísticas propias. La literatura china, protegida por las particularidades únicas de su escritura y por la estructura perfecta de su lenguaje escrito, se desarrolla homogénea, lógica e independiente.

En esta época los textos que llegan a Occidente empiezan a tener más importancia y hay entre ellos varias historias dinásticas.

La técnica poética se hace cada día más independiente y busca en la música los elementos que la han de diferenciar de la prosa. La politonía del idioma chino, con sus grupos de efectos sonoros, se presta perfectamente a este fin.

El siglo VI se caracteriza por su amaneramiento y acusa una decadencia literaria que acaba en una reacción clásica. Entre los poetas de este siglo se cuentan varios emperadores de las dinastías Liang y Suei.

La dinastía de los Suei dió un paso inmenso hacia la unificación del país, pero no llegó a conservar el poder que supo alcanzar. Esta labor estaba reservada a la dinastía Tang, que toma el poder a principios del siglo VII, lo conserva durante trescientos años y es uno de los períodos más brillantes de la historia de China y el más importante en el aspecto literario, aparte de ser el que más nos interesa por tratarse de la época del clasicismo. En esa misma fecha los chinos inventan el arte de la imprenta, los textos se multiplican y el acervo literario se puede conservar para la posteridad. Se obtiene, naturalmente, una circulación más importante y esto contribuye aún más a la homogeneidad literaria y facilita la universalidad de las formas clásicas.

Evidentemente, el cambio no se produce de repente, pues hace falta para ello que un gran genio sepa imponerse. Por eso durante cien años todavía la mayoría de los escritores continúan fieles al modo habitual, sobre todo en la prosa. La poesía adopta un estilo cada vez más sencillo, directo e incisivo; realismo que alcanza a veces una aparente sequedad, que sólo es emoción contenida.

Por fin llegamos al siglo VIII, siglo de oro de la poesía clásica china y de la actividad poética de aquellos hombres preclaros, Tu-Fu y Li-Tai-Po, los dos poetas clásicos más grandes que haya tenido China.

Tu-Fu nació a principios del siglo VIII en Sian Yang, provincia de Hu-Kuan. Durante muchas generaciones esta familia se distinguió por su talento y por los altos cargos que ocupara. Tu-Fu o Tse-Mei es un poeta concreto y directo, al que conmueve e inspira la vida en sus aspectos cotidianos. Se interesa por la vida humana y por los sentimientos de los hombres simples. No le atraen los pensamientos abstractos. Ello da gran fuerza a su poesía y caracteriza la época literaria de la dinastía Tang. Esta visión directa de la vida y este interés por los seres humanos permiten a Tu-Fu una simplificación que llega casi a la austeridad y le singulariza como el poeta clásico por excelencia.

Li-Tai-Po o Li-po, su rival, amigo y contemporáneo, vivió también bajo el reinado del famoso emperador Hsiuan-Tsong. Descendiente en la novena generación del emperador Wu-Ti, de la dinastía de los Liang occidentales, era originario de Kin-Cheu, en el pequeño reino de Cho. Dicen que su madre lo concibió durante un sueño y que por esto influyó en él la estrella Venus, de donde procede su nombre de Tai-Po. Pero él se había nombrado a sí mismo «el letrado solitario del loto azul». Su temperamento es muy diferente del de Tu-Fu. Menos grave y menos regular, su poesía es espontánea, casi improvisada. Todo parece salir fácilmente de su pincel, como si no hubiera tenido que hacer el menor esfuerzo de imaginación. Es un lírico y un soñador que se pierde fácilmente en el dédalo de un sueño semifilosófico, y aunque los dos poetas manifiestan el mismo interés humano, Tu-Fu se orienta más bien hacia lo social y lo moral. Es posible que algunas obras de Tu-Fu sean más perfectas en su forma, pero las poesías de Li-Po tienen versos e imágenes de los que sólo él es capaz.

Como Woodsworth, Li-Po buscaba la soledad de las montañas. Para él, el pico de Lu-San o el hondo valle de otoño eran como una morada confortable donde se sentía libre para beber y cantar, dormir y meditar. Pasó la mayor parte de su vida al aire libre, por los campos, a la sombra de los árboles floridos y bajo la luz de las estrellas, escribiendo sus innumerables poemas, que son la expresión espontánea de su alma. Su profundo sentido de la naturaleza pertenece a un modo que no hemos penetrado aún y que proporciona ese sosiego descrito por Pedro Laín Entralgo con el nombre de «Catarsis».

Equivocadamente André Malraux, en su libro *La condition humaine*, atribuye a Tu-Fu la muerte de Li-Po. Una versión afirma que paseando éste un día en barca, ebrio como de costumbre, inclinóse demasiado con intención de abrazar a la luna que reflejaban las límpidas aguas del lago y pereció ahogado. ¡Qué muerte más bella para un poeta!

«Bajo la dinastía Tang —observa un crítico— cada hombre era un poeta.» Esto no es una hipérbole, puesto que aquella época cuenta con dos mil trescientos poetas de renombre. Aunque algunos autores permanecían fieles a la filosofía búdica, tales como el célebre Wang-Wei, la mayor parte de las obras de esa época se caracterizan por el estilo directo y profundamente humano que hemos indicado. La prosa no tarda en seguir el mismo camino, aunque su evolución es más lenta y difícil. Por fin surgen los dos grandes reformadores, cuyos nombres quedan unidos a la prosa clásica como los de Tu-Fu y Li-Po a la poesía. Uno de ellos es Han-Yu, principal propagador de la reforma, que tiene en sus obras un modelo perfecto. El otro es Liu-Tsong-Yuan, que se puede comparar a Li-Po, mientras que Han-Yu tiene más afinidad con Tu-Fu. Han-Yu vuelve a las obras de la dinastía Han e incluso a algunas anteriores, como la *Crónica de los Reinos combatientes*. Naturalmente, al volver a los modelos antiguos, la literatura prosaica adopta también su espíritu, de suerte que esta reforma es al mismo tiempo un cambio estilístico y una renovación del espíritu antiguo, aunque más directo y vigoroso en su expresión, y más conciso. Han-Yu se remonta al menos a cinco siglos atrás, y los caracteres más importantes de esta reforma son: la constitución de un núcleo de obras propuestas como modelo a seguir para formar tanto el estilo como la mentalidad de los escritores futuros, y la importancia del trabajo consciente en la composición literaria, que reemplaza a la antigua libertad de inspiración espontánea.

Después de la muerte de Han-Yu en el siglo IX, se produce un relajamiento que se manifiesta tanto en la prolijidad fácil como en el rebuscamiento.

En la primera parte del siglo X cae la dinastía Tang, y hay un período de cincuenta años de disturbios durante los cuales se suceden sin éxito cinco dinastías. Al fin llega a implantarse la de los Song, bajo la cual resurgen las letras con las tradiciones literarias de los Tang. El medio siglo que separa a los Song de los Tang no se puede comparar con el período transcurrido entre éstos y los Han, que requirió doscientos años para elaborar el clasicismo.

El interregno pasa casi inadvertido. No obstante, se observa en los primeros autores Song una fuerte tendencia poético-lírica y una obsesión de elegancia en las cosas y en las imágenes que reemplaza el interés humano directo llevado a menudo por los poetas Tang al realismo. También en la prosa, Wang-Yu-Chen, por ejemplo, da a sus preceptos políticos una forma infinitamente más artística y poética que la de los Wei-Chen.

Otro aspecto característico de la dinastía Song es la rapidez con

que la producción literaria alcanza su apogeo. Apenas diez años después de instaurada la dinastía, es decir, a fines del siglo X, ya surgen los autores, los políticos y los poetas, cuya actividad sigue floreciente a lo largo de todo el siglo XI, siendo ésta una de las épocas más interesantes de la historia china y el siglo de oro de la literatura y de la poesía clásicas.

Una vez más hay una pléyade de nombres ilustres entre los que es difícil elegir. Baste decir que de los Tang, fundadores del clasicismo, sólo figuran dos nombres en los Tsai-Tseu (ocho grandes autores), mientras que los Song proporcionan los otros seis.

Los Tsai-Tseu eran escritores de primera fila que utilizaban un lenguaje especial con sus orígenes particulares y su carácter propio.

La lengua de los Tsai-Tseu no es el idioma artificioso y convencional que se escribe y no se habla, y que en Europa se llama, a veces, lenguaje literario; es, al contrario, el «kuang-hoa» o lenguaje común, hablado por todos en todas las provincias. Pero tampoco es el argot vulgar que sólo se ha utilizado en las novelas de tipo popular como el conocido *Chin-pin-mei* y el no menos famoso *Hong-lo-mung* o *Sueño del pabellón rojo*.

Citaremos solamente a Niu-Yang-Siu, presidente de la Academia Han-Lin y ministro de Estado bajo el reino de Ying-Tson. Fué el sabio universal de su siglo y cultivó con éxito la poesía. Es una de las figuras más sorprendentes de la literatura y de la historia chinas. Representa el tipo perfecto del letrado, del hombre político y del poeta. Ocupa un lugar importante en la historia de la literatura, ya que fué encargado de escribir las historias dinásticas de los Tang y de las cinco pequeñas dinastías que reinaron en el intervalo entre los Tang y los Song. Es, sin duda, un historiador al menos tan importante como Pan-Ku. Sus obras constituyen un conjunto de gran sensibilidad artística y de una perfecta sencillez de expresión. Dentro de un estilo serio e impecable, hay en sus obras una fina ironía y un gran sentido del humor.

Los Song acusan la influencia de las dos grandes épocas anteriores: la de las seis dinastías y la de los Tang. El estilo de los Song es muy bello y Niu-Yang-Siu, tanto en su poesía como en su prosa, es un buen ejemplo de aquella época. La naturaleza vuelve a ocupar un lugar preponderante, y ciertos textos de este autor figuran entre las obras maestras de la literatura china.

Otro autor de la dinastía Song es Su-Che, a veces llamado Po-Kiu-Che. Nació en Mei-Cheu, pequeña ciudad de la provincia de Sse-Chuan. Escribió la historia de los primeros emperadores de la dinastía y ocupó varios cargos oficiales; pero la carrera política le preocu-

pa menos y, aunque sigue ostentando cargos en la administración civil como casi todos los letrados chinos, protesta con su ágil pluma contra los abusos del gobierno y pasa gran parte de su vida en el exilio y la pobreza. Es un místico soñador que alcanzó también fama como pintor.

Este aspecto soñador que caracteriza la época de los Song produce una escuela importante de filosofía, basada en el confucionismo, que empieza por un elemento místico y, después de dos siglos de evolución, termina en una especie de clasicismo filosófico similar al clasicismo literario. Este clasicismo filosófico fué obra de Chu-Hi.

Un gran número de escritores, y sobre todo de poetas, florece en los siglos XI y XII, época en que un acontecimiento político de importancia primordial viene a turbar la paz y la prosperidad del país.

Los nómadas del Norte invaden a China creando un imperio independiente, primera amenaza y presagio de la invasión mogol del siglo XIII, que conquista a casi toda Asia y llega hasta Europa. Sólo la muerte de Gengis-Khan salva a Occidente.

En cambio, se registra la rápida decadencia de la dinastía, y, como consecuencia, la de las letras, que pierden su originalidad y su inspiración. Los escritores buscan un derivativo a las circunstancias de la vida corriente, y lo encuentran en las doctrinas filosóficas y en los estudios históricos. Este período produce unas obras de extensión considerable que clasifican los acontecimientos : han nacido las grandes enciclopedias. La primera de ellas comprende 1.000 volúmenes.

Y así se avecina la inevitable evolución del período postclásico. La literatura, en vez de buscar independientemente las formas que corresponden a las ideas expresadas, considera las producciones clásicas como un conjunto de forma y de fondo que le sirve de modelo.

A mediados del siglo XIII los mogoles conquistan a China e instauran su dinastía. El pueblo chino, consciente de su tragedia, opone al invasor encarnizada resistencia y escribe en su historia páginas gloriosas.

Desde el punto de vista literario, la dominación mogol crea una situación interesante ; el invasor adopta la civilización del país conquistado y protege las letras chinas. Los mogoles «chinizados» asimilan la cultura china, escriben en chino y forman un elemento nuevo importante. Pero el estilo es impreciso y faltan hombres ilustres con la suficiente personalidad para imponerse.

En cambio, la nueva tendencia favorece el desarrollo de otros géneros, tales como la novela y el teatro. Este último, aunque existía desde tiempos remotos, se había limitado a la literatura artística y

política. Bajo el reino mogol, alcanza su siglo de oro y produce una cantidad considerable de obras variadas e interesantes.

No obstante, el pueblo chino no tarda en liberarse de la dominación extranjera y, a mediados del siglo XIV, sube al poder una dinastía nacional: la de los Ming, y con ella se produce una gran expansión artística y literaria.

Una vez más vemos aparecer un sinnúmero de escritores, y, como conviene a esta época, una exaltación de ideas morales y políticas y del genio nacional. Disturbios interiores y medidas dictatoriales paralizan, no obstante, este impulso, y el siglo XV es uno de los más pobres del conjunto de la literatura china.

A finales de este siglo renace la vida intelectual. El siglo XVI marca nuevamente el resurgir de una producción literaria importante. Es un período que se aleja del sueño místico y poético de la época Song y vuelve a las concepciones realistas de los Tang. Así, pues, la literatura de los Ming, aunque más directa y concreta, es, a la vez, más sencilla y familiar que la de los Tang. Penetra en la vida humana de cada día sin el menor prejuicio, y su realismo da un valor patético a las obras. Rara vez se ha expresado con más fuerza el sentimiento de unidad y de vida nacional.

Desde el final del siglo XVI a principios del XVII, se inicia un movimiento nuevo y al mismo tiempo cae la dinastía.

El pueblo manchú, que buscaba una ocasión para invadir a China, conquista el país e instaura la dinastía manchú de los Tsing. Los letrados sienten la necesidad de defender a la patria contra el extraño; una gran parte toma las armas y da su vida por la independencia nacional; otros, al verse derrotados, se suicidan, a menudo con toda su familia.

Apenas instaurada la nueva dinastía, se «chiniza» igualmente y procura ayudar al desarrollo de la vida cultural del país. Por eso, a pesar de tantas y tan terribles pérdidas en las filas de los intelectuales, el siglo XVII constituye un período brillante de las actividades literarias. Es una época que cultiva la evolución lingüística, la investigación, la lexicografía y la crítica.

No es, por tanto, extraño que los dos grandes reinados de la dinastía Tsing, el de Kan-Hi y el de Kien-Long (segunda mitad del siglo XVII y totalidad del XVIII) vean florecer las grandes obras enciclopédicas. No obstante, esta erudición pronto da paso a la última gran escuela literaria postclásica Tong-Cheng, que brilla durante todo el siglo XVIII, y que cuenta aún con adeptos actualmente. Esta escuela antepone a todo los estudios de la antigüedad, remontándose más allá

de los Han, hasta los textos canónicos, y a las obras maestras más antiguas de las letras chinas.

Los géneros de la literatura corriente, el teatro y la novela, siguen desarrollándose paralelamente y adquieren importancia. La famosa novela *El sueño del pabellón rojo* se debe, sin duda, al comienzo de la dinastía Ching. Esta novela ha influído y sigue influyendo sobre la juventud china. Considerándola de gran importancia literaria, la Unesco ha encargado de su traducción al famoso sinólogo francés d'Hormon.

Durante el período manchú, el acto más importante de la vida pública del emperador Kien Long consiste en la selección cuidadosa de los libros editados, aparentemente para su conservación, pero, en realidad, con el fin de destruir las obras que tuviesen defectos de lenguaje. Consiguió así preservar los originales de siete colecciones en 36.275 volúmenes, que se han hecho universalmente famosas bajo el título de *Sse-ku-ch'uan-shu,* una de las cuales se conserva hoy en la Biblioteca de las Naciones Unidas de Ginebra, que el barón Breyscha Vauthier, su director, enseña con gran orgullo. El mismo emperador antes citado ordenó igualmente la destrucción parcial o completa de unos 2.000 volúmenes y condenaba a presidio, a flagelación, a suspensión de cargo e incluso a muerte a los que emplearan alguna palabra sin la debida ortodoxia gramatical.

A finales del siglo XVIII, después de la muerte del emperador Kien-Long, comienza la decadencia de la dinastía manchú. Los disturbios y las sublevaciones se suceden casi ininterrumpidamente hasta el siglo XIX, acabando por fin en la revolución de 1911 y la instauración de la República china. Entonces se inicia un movimiento análogo a aquella evolución lenta de la época Han, que no se abrió camino hasta mediados de la dinastía Tang. Esta evolución es ahora una transformación paulatina del estilo literario en busca de fórmulas nuevas que le permitan una entera libertad de expresión.

Progresivamente se elabora un estilo más ágil, menos rítmico y que se llama estilo lírico. Tales son los cuentos y los epistolarios, que adquieren en el siglo XIX creciente importancia. En los últimos cincuenta años esta evolución ha realizado considerables progresos, pero sin alcanzar aún, ni mucho menos, un grado de perfección.

A fines del siglo XIX se empezó a conocer en China la literatura europea y, desde el advenimiento de la República, con el conocimiento de los idiomas extranjeros, los intercambios culturales y los viajes intercontinentales, la literatura europea —sobre todo las novelas y las obras teatrales— atraviesa el océano, ejerciendo cierta influencia sobre las letras chinas. No obstante, siempre queda apartada de la verdadera literatura nacional. Pero nos permite juzgar el valor y el al-

cance de la labor de un grupo de escritores chinos que quisieron modificar la literatura de su país para acercarla a la occidental. Fracasaron pronto, y si este movimiento gozó de cierta boga al principio, no tardó en decaer. Sólo se destacaron las obras del filósofo Hu Shih, que vive hoy en Nueva York, y las del pequeño grupo de escritores chinos que escriben directamente en idiomas extranjeros; el más notable y erudito entre ellos es sin duda Lin Yu Tang, autor de *Momento en Pekín, Sabiduría china, Una hoja en la tormenta* y tantas más, y que podríamos comparar a nuestro Santayana.

Hoy, con la invasión del continente por el comunismo, el movimiento emprendido a fines del siglo XIX está abocado al fracaso. Los escritores de cierta edad que quedaron en China procuran salvar su responsabilidad alegando que ya son viejos y «se les ha secado el pincel». Los intelectuales jóvenes se han adherido al comunismo en gran mayoría y escriben exclusivamente para la propaganda del régimen. Y con el comunismo, libros que durante siglos fueron preservados, incluso por Shih Huan Ti y otros amantes del control del pensamiento, no han escapado a la destrucción, y se ha ordenado la recogida hasta de los llamados «libros de novias», que se consideraban en China como clásicos y educativos. Los novelistas están dedicados por orden del partido a escribir novelas de propaganda cuyos títulos indican su género: *La fuerza de la guerrilla del ferrocarril, Defendiendo a Yenan, ¡Valor, muchachos!*, etc. Esta clase de literatura propagandística y la adaptación de los textos antiguos a las normas comunistas es lo único que se publica ahora en el continente chino e invade los mercados europeos.

De todos modos, en tan corto período del régimen comunista, no se puede juzgar los posibles resultados de esta «nueva» literatura.

Tal es, a grandes rasgos, la historia de la literatura china. Una sola cosa queda por señalar al terminar este brevísimo estudio: la ausencia total hasta el siglo XIX de influencias extrañas y de contactos con el extranjero, de suerte que la evolución literaria china, que se extiende a lo largo de los siglos, es la evolución de una literatura puramente *nacional*, que conservó en el aislamiento más perfecto la unidad de la lengua y el conjunto de su producción, sin el menor contacto con el mundo occidental de las letras.

MARCELA DE JUAN

NOTICIAS BREVES

UN COMPENDIO DE LA CIENCIA ALEMANA

ANUALMENTE, la «Unión de Donantes» —tal vez fuera mejor decir de protectores— de la ciencia alemana (*Stifterverband für die Deutsche Wissenschaft*) publica su Memoria, que contiene un apretado acervo de datos estadísticos sobre los aspectos fundamentales de la investigación científica en Alemania occidental. Las estadísticas, en general, tienen fama de áridas y, por lo demás, parece que debe de ser difícil aprehender el abstracto recinto de la ciencia y de la investigación en cuadros numéricos y diagramas. Ambas cosas no son aplicables a estos informes anuales, en los que con rara habilidad y agudeza se ha conseguido reunir una serie de cifras y datos extraordinariamente elocuentes y representativos.

Tenemos a la vista el informe correspondiente a 1955, cuyo núcleo lleva por título *Wissenschaft in Zahlen*, la ciencia en cifras. Los hechos y situaciones que hablan a través de estos guarismos permiten, efectivamente, al lector dispuesto a meditarlos hacerse una idea cabal del estado de la ciencia y la investigación alemanas diez años después de un derrumbamiento que no fué sólo militar, sino también espiritual. Porque no sólo fueron las universidades, las bibliotecas, los laboratorios y los institutos científicos los que quedaron en ruinas. A las brechas abiertas por la destrucción material se unieron las otras, más difíciles de cerrar, que se produjeron por la emigración de una inacabable lista de científicos muy calificados, emigración que había comenzado ya en 1933 por motivos raciales y políticos [1]. Sin embargo, esta labor de reconstrucción espiritual, fruto de la incorporación de una nueva generación de científicos e investigadores a los claustros universitarios al cabo de ocho años queda reflejada en estas dos cifras: en 1930 había en las universidades del *Reich* 7.491 catedráticos y profesores; en 1953 ejercían su ministerio docente en las universidades de la República federal y del sector oriental de Berlín 7.993 profesores y catedráticos. El número de oyentes que corresponden a

---

[1] Cfr. sobre esto la breve obra de Helge Pross, *Die Deutsche Akademische Emigration nach den Vereinigten Staaten 1933-1941*. Duncker & Humblot, 69 págs., Berlín s/a.

un profesor universitario (incluídas todas las categorías) oscila entre 5,8 y 23 estudiantes, según las universidades o escuelas superiores de que se trate.

El libro está dividido en tres grandes capítulos: «El estudiante», «Profesores e investigadores» y «Los recursos económicos para la ciencia alemana».

Los dos primeros comienzan con varias tablas estadísticas relativas al desarrollo numérico del censo estudiantil y del profesorado de las universidades alemanas en el siglo XX y a partir de 1840, respectivamente. La proporción de las mujeres (con relación al censo estudiantil) que estudian en Alemania carreras universitarias ha aumentado de 2,8 por 100 en 1909 a 21,8 por 100 en 1953. Las Facultades que atraen a mayor número de estudiosos son las de Ciencias económicas (16.901), Ciencias naturales (16.963), Medicina (12.569) y Derecho (11.886) [2]. De las especialidades técnicas, la ingeniería mecánica (construcción de máquinas) y electrotécnica registran el mayor número de matriculados (10.658). La cifra más baja de estudiantes corresponde a las Facultades de Veterinaria (1.595).

Por sus edades, un 30 por 100 de los estudiantes de las universidades y escuelas especiales alemanas tienen de veinticinco a veintinueve años; pero casi un 10 por 100 tienen treinta años y más. El 91,8 por 100 del censo estudiantil es soltero, el 6,6 por 100 está casado y un 0,5 por 100, divorciado. A estas cifras hay que añadir aún el trágico balance de los mutilados de guerra, que constituyen un 7,7 por 100 de todos los estudiantes varones (y el 1,9 por 100 de las mujeres que estudian).

En lo que hace a la procedencia social de los estudiantes alemanes, es decir, a la profesión de sus padres, el 22,6 por 100 de éstos tienen carreras universitarias en sentido lato; el 76,7 por 100 desempeñan otras actividades profesionales (funcionarios de tipo medio, empleados, agricultores, comerciantes y obreros [2,1 por 100]). Esta estadística demuestra que la universidad alemana ha perdido, en gran parte, el carácter burgués y de «clase media» que ni siquiera la política del régimen nacionalsocialista pudo arrebatarle; la actual composición del censo estudiantil por su origen social es el resultado de las corrientes niveladoras que vienen actuando desde el derrumbamiento del año 1945, más que de ningún deliberado propósito de reforma, que ha existido, por otra parte (sobre todo en las que fueron zonas de ocupación británica y norteamericana de Alemania).

La mayoría de los estudiantes (55 por 100) proceden de familias

---

[2] Cifras para toda la República Federal en el curso académico de 1952-53.

con uno o dos hijos y sólo un 21 por 100 tienen tres o más hermanos.

Particular interés ofrecen los datos relativos a los gastos, disponibilidades económicas e ingresos de los estudiantes alemanes. Resulta de aquéllos que el presupuesto de gastos (muy ajustado) de un estudiante que no vive con su familia es de 212 marcos (2.120 pesetas) al mes [3], suma de la que disponen por sí mismo sólo el 5,9 por 100 de los estudiantes varones y el 5,1 de las mujeres que estudian (6,5 y 6,6 por 100, respectivamente, disponen de 151-200 marcos). Significa esto que un 38,5 por 100 de los estudiantes tienen que trabajar durante todo el curso o las vacaciones escolares para aumentar sus ingresos, en tanto que otros reciben cantidades adicionales en forma de becas, bolsas de estudio, subvenciones, etc. Un 15,9 por 100 de los estudiantes varones trabajan durante el curso más de treinta horas semanales para costearse los estudios. Casi un 60 por 100 del censo estudiantil viven en habitaciones realquiladas, el 29,8 por 100 (de los varones) con sus padres y el 3,4 por 100, en residencias universitarias.

Del conjunto de estos datos resulta un cuadro extraordinariamente preciso de la situación actual del estudiante universitario alemán, no sólo en los aspectos relacionados estrictamente con los estudios, sino también en lo que hace a su situación económica, nivel social y condiciones de vivienda.

La segunda parte del libro, titulada «Profesores e investigadores», está consagrada a un análisis numérico de la situación del profesorado universitario alemán, partiendo de la clásica división del claustro de toda universidad alemana en catedráticos numerarios, extraordinarios, *Privatdozenten,* encargados de curso, ayudantes de cátedra y profesores habilitados. Se trata de una clasificación jerárquica sumamente característica de la Universidad alemana, tanto que tampoco en ella los intentos de reforma —que, por ejemplo, pretendían eliminar la (socialmente) anacrónica figura del *Privatdozent* [4]— han logrado hacer mucha mella en esa estructura tradicional.

Ofrecen interés las estadísticas de las que se desprende que los catedráticos numerarios, en las universidades, sólo representan el 18 por 100 del claustro, frente a un 37 por 100 de los llamados «auxilia-

---

[3] Este capítulo de gastos está calculado con tal minuciosidad, que en él se especifican las partidas correspondientes a crema dental, hojas de afeitar, duchas, cigarrillos (dos a tres diarios), esparcimiento (cine, teatro y baile), lavado de ropa, sellos de correos, periódicos, etc

[4] El *Privatdozent* es el aspirante a una cátedra en propiedad, que no percibe otros emolumentos que ciertos derechos obvencionales y, a veces, una pequeña gratificación. Quiere decir que normalmente contaba con medios de fortuna suficientes para no depender, para su sustento, de los reducidos ingresos que le proporcionaba su actividad docente.

res científicos», y un 9 por 100 de *Privatdozenten* asimilados a funcionarios.

El personal docente femenino no pasa, por término medio, de un 3 por 100 en las universidades alemanas, si se exceptúa la universidad de Heidelberg, en que el profesorado femenino llega a 10,4 por 100. Y también ofrece interés el dato de que en 1840 por cada catedrático había 18 alumnos, en tanto que en 1953 esta cifra había aumentado hasta 54.

Finalmente, dato curioso de este segundo capítulo, entre otros muchos, es que el 17,7 por 100 de los catedráticos numerarios alemanes tienen entre cuarenta y nueve y cincuenta y dos años; el 20,6 por 100, de cincuenta y tres a cincuenta y seis, y el 14,1 por 100, de cincuenta y siete a sesenta; el 13,5 por 100 pasan de sesenta y cuatro años, y sólo el 1,5 por 100 de los catedráticos tienen menos de cuarenta años, de ellos, la mayoría en las Facultades de Filosofía y de Ciencias.

El capítulo dedicado a los recursos económicos de que disponen la ciencia e investigación en Alemania analiza, sobre todo, las fuentes de que proceden aquéllos, que son, principalmente, el Gobierno federal, los de los Estados, los Ayuntamientos y los particulares, en particular la industria. La partida correspondiente a los Estados es, con mucho, la mayor, y representaba (en el ejercicio económico de 1953-54) la suma de 411.850.000 marcos. En total se invirtieron en el citado ejercicio para fines y atenciones de la investigación científica 568.690.000 marcos, sin contar los 400 millones de marcos dedicados por las empresas e industrias a sus propios establecimientos y laboratorios de investigación. De estas sumas, ciertamente importantes, unos 36 millones de marcos se gastaron para fines de investigación con cargo a los llamados «fondos de contrapartida» del plan Marshall (ayuda norteamericana). Las cantidades más elevadas de esta ayuda fueron dedicadas a la Asociación Max Planck y sus institutos y para investigaciones médicas (4.696.450 marcos), física (7.200.000 marcos) y la industria química (3.445.000 marcos).

En el cuadro de estas cifras merecen especial atención las que expresan lo que un estudiante «cuesta» al Estado en que estudia. Esta suma llegaba en 1952 para la ciudad de Hamburgo a 4.175 marcos, con lo cual el carácter de la enseñanza superior como servicio público que no puede financiarse con los ingresos por concepto de matrículas, derechos de examen, etc., se hace patente con abrumadora evidencia.

Aunque, en general, las cifras consignadas en este compendio de la ciencia alemana son juzgadas en Alemania insuficientes en lo que al sostenimiento de la investigación científica concierne, autori-

zadas opiniones en Gran Bretaña [5] y Estados Unidos juzgan que se trata de cantidades que permiten augurar a la ciencia alemana condiciones de desarrollo extraordinariamente favorables en un porvenir inmediato. La suma de que dispone la ciencia alemana en muchos sectores —pero muy especialmente el de la investigación industrial— sobrepasa, hablando en términos relativos, lo que, por ejemplo, en Gran Bretaña se dedica a este mismo capítulo.

LAS MISIONES PROTESTANTES EN HISPANOAMÉRICA

En marzo de 1955, poco después del derrocamiento *manu militari* del régimen filocomunista del presidente Arbenz Guzmán en Guatemala, el vicepresidente de Estados Unidos, Mr. Nixon, visitó aquella República de Centroamérica. Durante su breve estancia en la capital se entrevistó también con el arzobispo monseñor Mariano Rosell, manifestándole su admiración por la firme actitud de la Iglesia católica en los días del fenecido régimen de Arbenz, declarando que «la Iglesia católica es uno de los más fuertes baluartes contra el comunismo en todas las partes del mundo... y que sus dirigentes, por la firmeza de su resistencia, los sacrificios y, finalmente, el martirio, se han convertido en ejemplos para los pueblos, granjeándose la admiración del mundo entero.» Esta declaración era poco sospechosa, por cuanto el señor Nixon es cuáquero.

A estas manifestaciones del vicepresidente de Estados Unidos, el reverendo J. A. Mackay, decano de la Facultad de Teología de Princeton y una de las figuras más conspicuas de la Iglesia presbiteriana en Norteamérica, contestó en estos términos: «Aun aceptando el riesgo de ser tomado por un fanático, la caridad me obliga a declarar que la verdad no está del lado donde la ha situado el vicepresidente de Estados Unidos, sino antes bien es diametralmente opuesta... Tanto Italia como la América latina constituyen, *precisamente a causa de su catolicismo* [1], el campo mejor preparado para la conquista por los rojos. Por otra parte, en países como Colombia y Guatemala, la Iglesia romana no hace sino oponerse tenazmente a la idea democrática y acusar de comunismo a cuantos luchan por la libertad y la justicia social» [2].

Aparte de que este lenguaje —ataque frontal de indisimulada ve-

[5] Cfr., por ejemplo, la revista química británica «The Chemical Age», de 19 de noviembre de 1955; pág. 1098.

[1] La letra cursiva es nuestra. (*N. de la R.*)

[2] Cfr. «Presbyterian Life». Filadelfia, edic. de 19 de marzo de 1955; págs. 9 y sigs.

hemencia contra el catolicismo— sorprende por apartarse del *suaviter in modo* que suele caracterizar las actividades misionales del protestantismo en el Viejo Mundo, sobre todo en los países de religión mixta, se reproduce aquí el anterior pasaje de la réplica de J. A. Mackay porque en él se sienta una afirmación que con sospechosa reiteración de consigna se viene repitiendo desde hace algún tiempo en gran número de escritos y obras de protestantes de todos los matices: la de que los países de la América hispana en que «ha dominado la Iglesia católica» constituyen el campo más apropiado para el comunismo.

La violencia del estilo y la acusación de preparar el terreno al comunismo se repiten en las obras de R. E. Speer, S. W. Rycroft, S. G. Inman, K. Grubb, A. S. McNairm, pero, sobre todo, en los libros del mencionado Mackay *The Other Spanish Christ* y *That Other América*, y de G. Howard *Religious Liberty in Latin America?*, *Latin-American Ferment* (dirigido especialmente contra el culto mariano en Hispanoamérica, atribuído a los jesuítas) y *We Americans North and South*. Conviene recordar aquí que la obra misional de las sectas protestantes en Sudamérica, apoyada con cuantiosos recursos económicos de fuertes organizaciones radicadas en los países anglosajones, apenas tropieza en las repúblicas hispanoamericanas con ningún obstáculo legal, toda vez que las Constituciones de esos países suelen consagrar la libertad de cultos. Si los procesos no responden, a pesar de esta circunstancia importante, a las esperanzas de los dirigentes protestantes, ello se debe a la resistencia de la gran masa de los católicos sudamericanos que se oponen a la creación de misiones evangélicas (llamadas «estaciones misionales») en sus diócesis y parroquias. Se comprende así la inquina de las publicaciones antes citadas, y de otras muchas, contra «el férreo dominio clerical en el campo político». Pero también se comprende la extrema gravedad que, para el catolicismo hispanoamericano, reviste la escasez de sacerdotes, de la que la prensa católica se viene haciendo eco con insistencia, pues es evidente que la grey, desorientada, sin pastores suficientes, no tardaría mucho tiempo en ser disgregada por voces extrañas.

Ante los escasos frutos de la «acción misional pura», las Iglesias protestantes han buscado en Hispanoamérica aliados en otros sectores, confiándoles la tarea de abrir brecha en la tradición católica y en los partidos políticamente moderados y de apalancar los recintos más resistentes —y a la vez, una vez violentados, más vulnerables— de los regímenes imperantes en Sudamérica: las instituciones docentes y la Administración. Es preciso decir sin rodeos que, con este fin, el protestantismo anglosajón se ha prestado a colaboraciones que —prescindiendo de todo juicio confesional— la experiencia política de muchos

años permite calificar de mortalmente peligrosas para la causa cristiana en el mundo. Presenciamos en la América hispana un abigarrado conjunto de coaliciones entre los protestantes, por un lado, y los masones, los partidos anticlericales y los comunistas, por otro.

La masonería sudamericana —aunque no sólo la de aquel subcontinente—ha venido prestando tradicionalmente su protección a la penetración de las Iglesias protestantes en países católicos. Baste aquí con recordar los nombres de Benito Juárez, Lerdo de Tejada y Calles, en Méjico; Rufino Barrios, en Guatemala; Alfaro y Plaza, en Ecuador, y Alberdi y Rivadavia, en Argentina, que fueron vigorosos protectores de las sectas evangélicas. Hoy día numerosos pastores protestantes sudamericanos son miembros destacados de las logias masónicas [3].

Con todo, políticamente la labor de desbrozamiento de los partidos anticlericales de izquierda ha sido de mayor utilidad para el protestantismo en Hispanoamérica, aunque las relaciones entre aquéllos y la masonería sean estrechas y manifiestas. Así se asegura del lado protestante que «las simpatías de los evangélicos están siempre a favor de las fuerzas liberales, con las que luchan por el triunfo de la democracia, la supresión de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas y la secularización de los cementerios». Detrás de estas frases, que tienen cierto aire décimonónico y progresista, hay preparadas cosas más modernas y a la altura de los tiempos, como la activa campaña a favor de la «paternidad planificada» en Puerto Rico, de «profilaxia higiénica» y de esterilización forzosa de millares de individuos de las clases más desheredadas.

Pero el aliado más eficaz y siniestro de las Iglesias protestantes en la América hispana es el comunismo. La afirmación de que el protestantismo nada tiene que temer, y sí mucho que beneficiarse, de una estrecha colaboración con la izquierda marxista se encuentra profusamente en los escritos de los autores antes citados. Así, Howard escribe en el *World Christian Handbook* (1949, pág. 91) que entre los secuaces del protestantismo en Sudamérica «predominan las ideologías de extrema izquierda», y prosigue: «Nada tenemos que temer de los movimientos de izquierda ni de los Gobiernos de Frente Popular. Nuestros verdaderos enemigos son los regímenes de derecha que, apoyados por la jerarquía eclesiástica, tienden a aplicar contra nosotros medidas discriminatorias.» Rycroft es todavía más explícito a este respecto. Para este autor, el comunismo está llevando a término en el Nuevo Mundo la misma «operación de policía» que la Revolución francesa

---

[3] Paralelamente se da en Filipinas el caso del obispo metodista C. Sobrepena, quien es el «capellán mayor» de las logias masónicas del archipiélago. (Cfr. *La Civiltà cattolica*, edición de 18 de febrero de 1956; pág. 385.)

realizó en Francia; esto es: la destrucción de la Iglesia como organización política y el reparto de sus propiedades entre el pueblo. Además, Rycroft considera que el catolicismo constituye para la sociedad una amenaza tan grave o mayor, si cabe, que el comunismo. Era natural y lógico que entre los que sostienen esta tesis y el comunismo hispanoamericano surgiese una cooperación casi espontánea. Porque en la proclama lanzada en 1944 en Méjico por el dirigente comunista chileno Lafferte se lee: «Es necesario penetrar en la inteligencia de los jóvenes, de los indígenas y obreros, haciéndoles comprender que el catolicismo es idolatría, que su sacerdote es un agente de inmoralidad y que el sistema de iniquidad enseñado, defendido y practicado por los católicos es agresivo, intolerante, blasfemo y cruel... y que no existe religión tan corrompida y tan universalmente degradada como la de Roma.» Del lado comunista, estas frases no ofrecen ninguna novedad ni sorpresa; pero se conjugan perfectamente con las que en Hispanoamérica son pronunciadas en el campo de los reformadores protestantes, cuyos países de origen realizan paradójicamente un gigantesco esfuerzo para tratar de contener y contrarrestar la amenaza comunista mundial en el plano político. La figura del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, jefe de la «Alianza Popular Revolucionaria Americana» (A.P.R.A.), es todo un símbolo a este respecto; educado en colegios protestantes, fué uno de los más ardientes defensores del protestantismo. Hay muchos políticos de Hispanoamérica que se han percatado de que la penetración del protestantismo en sus respectivos países dista mucho de ser un fenómeno que se desarrolla pacíficamente en el plano de las ideas y creencias y de ser un problema más o menos vinculado al de la libertad de pensamiento y de cultos. Así, el presidente de Colombia, Rojas Pinilla, pudo declarar en el Congreso nacional de 1954 que «el mayor peligro para la unidad nacional y la solidaridad americana lo constituyen las Iglesias evangélicas, que, si bien *no hacen aumentar el número de protestantes sinceros, contribuyen a hacer perder la fe a muchos y hacerlos pasar al comunismo*». Cuando los luctuosos sucesos de 1948 en Bogotá, en el curso de los cuales innumerables templos católicos y propiedades eclesiásticas fueron pasto de las llamas, la *International Review of Missions* pudo registrar con satisfacción que «en el levantamiento de Bogotá, el trabajo evangélico no sufrió molestias de ningún género».

Tampoco las sufre por parte del comunismo en otras Repúblicas hispanoamericanas, ya sea en Guatemala, Méjico, Haití o Chile. La creación de un gran número de indiferentes e incrédulos —más que de auténticos protestantes— allana el camino a los doctrinarios del comunismo, vinculados a las misiones evangélicas por la lucha común

contra el catolicismo. Si Howard ha podido escribir que «frecuentemente los ideales del comunismo y del cristianismo se hallan muy próximos los unos de los otros, sin otra diferencia que el método para alcanzarlos», hay que preguntarse si el día que las misiones evangélicas en Sudamérica se den cuenta de lo que se juegan en esta vecindad tan celebrada de ideales no será tarde para desandar lo que alegre y confiadamente han avanzado por ese camino.

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO EN FRANCIA, GRAN BRETAÑA Y ESTADOS UNIDOS

UNO de los problemas universitarios que más ha atraído la curiosidad por su importancia es el del crecimiento progresivo del número de estudiantes.

Según las estadísticas, en los alrededores del curso 1960-61 el número de estudiantes actual se habrá duplicado en varios países. ¿Qué quiere decir esto? Rápidamente salta a la vista la necesidad de construir nuevos locales y de ampliar el equipo de profesores. Para los madrileños no parece que esto implique serias consecuencias, puesto que nuestra Ciudad Universitaria dará abasto a los posibles crecimientos del número de estudiantes.

En torno a este problema se han verificado estadísticas en Francia y en Inglaterra que señalan curiosísimas facetas. Las realizadas en Francia nos demuestran que del curso 1953-54 al curso 1954-55 el aumento alcanza a un 3 por 100, es decir, los 151.000 estudiantes de hace dos cursos se han transformado en los 155.000 del año pasado. Este incremento no es proporcional en todas las asignaturas o materias, ni tampoco en los sexos ni en las nacionalidades. En las disciplinas o materias han sido las ciencias técnicas las que han manifestado un aumento mayor, que alcanza a un 10 por 100. De los 32.500 estudiantes de 1954 se ha pasado a los 35.700 de 1955.

También las Facultades de Letras señalan una línea ascendente, alrededor de un 6 por 100, aunque esta cifra podría llevar a error, pues más que un incremento de matrículas para el primer año lo que se ha hecho patente es la prolongación de los estudios —doctorados, diplomas especiales, etc.

El crecimiento del número de estudiantes en Farmacia viene dado en un 3 por 100.

En cambio, ha habido alguna materia en donde se ha notado una baja en las matrículas. Concretamente en Medicina y Derecho. En Medicina el descenso es de un 2 por 100 y en Derecho de un 2,5 por 100.

El incremento de estudiantes que señalamos corresponde, en proporción, más a las mujeres que a los hombres. Las estudiantes, que en 1954 eran 53.000, el año siguiente alcanzaron la cifra de 57.000, o sea, un 7 por 100 de aumento. Este incremento se ha significado especialmente en la carrera de Letras, en la de Medicina y, sobre todo, en la de Ciencias. En esta última es de un 13 por 100.

Según las nacionalidades, el porcentaje tampoco es proporcional. Los estudiantes franceses acusan un ligero aumento, alrededor de un 3 por 100. Los estudiantes de fuera de la metrópoli, de la Unión Francesa, señalan desde 1948 una progresión continuada y ascendente. La cifra de estudiantes se ha quintuplicado. De 1.500 se ha transformado en 7.600. Sin embargo, el número de estudiantes extranjeros visitantes tiende a disminuir, especialmente en 1955, donde la baja se ha señalado en un 10 por 100 con respecto a la cifra del año precedente.

Si el aumento progresivo continúa, se espera que en el año 1960 el número de estudiantes haya alcanzado la cifra de 200.000 y cinco años más tarde la de 285.000, lo que representará un aumento del 99 por 100 sobre el número de estudiantes del año 1955.

La revista francesa *L'Education Nationale*, en el número 8, del 23 de febrero de 1956, publica un cuadro que aclara con bastante precisión el incremento de estudiantes por universidades:

CUADRO DE ESTUDIANTES CLASIFICADOS POR UNIVERSIDADES Y DISCIPLINAS. AÑO ESCOLAR 1954-55

Universidades	Derecho	Ciencias	Letras	Medicina	Farmacia	Total	Total año 1953-54
París	18.858	12.125	18.577	12.302	2.423	64.285	62.395
Aix	2.471	2.445	1.720	1.720	591	8.947	8.906
Argel	1.559	854	1.413	937	409	5.172	5.250
Besançon	—	479	458	104	56	1.097	1.074
Burdeos	2.417	1.917	1.993	2.669	467	9.463	9.057
Caen	1.234	1.089	1.045	272	146	3.786	3.469
Clermont-Ferrand	—	1.003	986	359	283	2.631	2.391
Dijon	927	495	734	116	51	2.323	2.277
Grenoble	1.236	1.499	1.595	167	105	4.602	4.271
Lille	1.579	2.143	1.787	1.270	450	7.229	7.077
Lyon	1.806	2.060	1.928	2.804	436	9.034	8.989
Montpellier	1.824	1.487	1.195	1.656	704	6.866	6.695
Nancy	996	1.486	1.156	896	327	4.861	4.949
Poitiers	1.295	863	1.528	573	190	4.449	4.496
Rennes	1.406	2.499	1.588	1.173	411	7.077	6.613
Estrasburgo	888	1.218	1.505	1.224	396	5.231	5.179
Toulouse	1.804	2.038	1.992	1.458	525	7.817	7.709
Totales	40.300	35.700	41.200	29.700	7.970	154.870	150.797

Las estadísticas verificadas en Inglaterra anuncian también un extraordinario incremento de estudiantes para los próximos diez años. Según un reciente estudio realizado por lord Simon of Wythenshawe, el aumento se señalará especialmente en 1960, y su cifra máxima de ascenso se fija para 1967.

Teniendo en cuenta la historia del número de estudiantes en los años que oscilan entre 1911 y 1955 en las universidades de Inglaterra y Gales, se pueden percibir dos grandes incrementos a continuación de las dos guerras mundiales. Entre otras causas, quizá sea la más importante en el aumento del número de estudiantes que se espera el hecho de que *the bulge* —el crecimiento— ha pasado ya por las escuelas elementales y ha entrado en la segunda enseñanza. Recibe el nombre de *the bulge* el desarrollo de la natalidad en los años inmediatos a la postguerra. Estas generaciones empezarán a alcanzar la universidad hacia 1960. Por otro lado, de 1951 a 1955 se ha señalado en los años escolares de la segunda enseñanza un incremento constante de un 5 por 100 por año, el cual, si continúa en esta misma proporción, hará que hacia 1967 el número de alumnos que estudien en las universidades de Inglaterra y Gales se haya duplicado.

A continuación transcribimos un cuadro en el que se marca el incremento que comienza a partir de 1954 y que alcanza su climax en los años que van de 1965 a 1969, debido a la entrada en la universidad de las generaciones de la postguerra. En la columna de la izquierda se ha tenido en cuenta también el 5 por 100 de aumento que se observa desde 1951:

CUADRO DEL NÚMERO DE ESTUDIANTES EN LAS UNIVERSIDADES DE INGLATERRA Y GALES

	Cifras y porcentajes de las generaciones de la postguerra al entrar en la universidad		Cifras y porcentajes de los estudiantes al entrar en la universidad constatando el 5% de incremento por año	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
1954	66.600	—	66.600	—
1955-59	69.500	4	70.300	6
1960-64	75.200	13	90.900	36
1965-69	92.400	39	134.000	101
1970-73	82.400	24	138.000	107

El aumento del número de estudiantes en Inglaterra tampoco es proporcional en todas las disciplinas.

Desde 1948 a 1954 el crecimiento en Ciencias puras ha sido el de

un 26,5 por 100, es decir, los 4.426 licenciados de 1948 se han transformado en los 5.599 de 1954. El número de técnicos se ha incrementado también, aunque sólo en un 10,8 por 100, de 3.031 ha pasado a 3.359.

No estará de más transcribir un cuadro de las principales universidades británicas para que pueda el lector tener una idea de lo que vendrá a significar este incremento que las estadísticas señalan en los próximos diez años:

Universidad	Hombres	Mujeres	Total	Año
Birmingham	2.416	660	3.076	1954
Bristol	1.751	827	2.578	1954
Cambridge	7.129	710	7.839	1954
Durham	3.352	869	4.221	1954
Leeds	2.421	763	3.184	1954
Manchester	3.611	1.068	4.679	1954
Nottingham	1.440	597	2.037	1954
Oxford	5.799	1.079	6.878	1954
Aberdeen	1.234	523	1.757	1954
Edinburgh	3.882	1.456	5.338	1954
Glasgow	3.785	1.180	4.965	1954

El incremento en las Facultades de Ciencias y en los Institutos Técnicos viene apoyado por dos factores importantes: primero, por la ayuda gubernamental que cada país ofrece con objeto de que los descubrimientos científicos se lleven a cabo con la mayor rapidez posible; segundo, porque las posibilidades de alcanzar un puesto para aquellos que se hayan licenciado en las carreras de Ciencias han aumentado, ya que las exigencias de las industrias, de los laboratorios técnicos y de los institutos de investigación son cada vez mayores.

Lord Simon Wythenshawe, en su artículo de la revista «Universities Quaterly», volumen X, febrero 1956, publica un cuadro en el que se revela el crecimiento en el número de ingenieros salidos de las universidades de Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia. Las cifras son las siguientes:

	1950	1954
Estados Unidos	50.000	20.000
Gran Bretaña	3.600	3.400
Rusia	28.000	54.000

Finalmente, para que pueda apreciarse el incremento de estudiantes que sobrevendrá en las universidades de Estados Unidos, y en re-

lación con las estadísticas francesas e inglesas, transcribimos un cuadro en el que se señala el número de estudiantes el año 1949 y el año 1954, según el *Almanaque del Mundo*, publicado por el «New York World-Telegram»:

UNIVERSIDAD	CIUDAD	Número de estudiantes	
		1949	1954
Arizona	Tucson	4.518	9.718
California:			
Berkeley	Berkeley	25.272	18.075
Los Angeles	Los Angeles	14.000	15.435
Otros edificios		4.937	3.451
Chicago	Chicago	8.515	6.750
Columbia	Nueva York	38.000	30.294
Delaware	Newark	2.149	2.652
Florida	Gainesville	9.400	10.218
George Washington	Washington D. C.	12.300	11.637
Harvard	Cambridge	12.603	9.988
Idaho	Moscow	3.814	3.062
Illinois	Urbana	30.215	23.303
Iowa	Iowa City	10.999	7.530
Johns Hopkins	Baltimore	3.131	2.620
Kansas	Lawrence	10.223	7.274
Loyola	Chicago	7.188	7.348
Maryland	College Park	14.111	16.098
Michigan	Ann Arbor	22.876	18.821
Nueva York	Nueva York	49.450	59.161
Ohio State	Columbus	28.048	24.000
Pennsylvania	Philadelphia	14.334	14.885
Rochester	Rochester	1.739	3.065
Stanford	Stanford	10.125	6.750
Texas	Austin	19.116	14.456
Tulane	Nueva Orleáns	7.529	6.438
Virginia	Charlottesville	5.119	3.556
Washington	Seattle	18.047	13.000
Wisconsin	Madison	25.514	17.345
Yale	Nueva Haven	8.995	7.567

Téngase en cuenta que en el año 1951 se inició un descenso en el número de estudiantes que alcanzó hasta el año 1954, a partir del cual ha comenzado un incremento ascendente.

Ángel Valbuena Briones

DEL MUNDO INTELECTUAL

El ministro inglés de Educación ha anunciado un proyecto de **Plan quinquenal para el desarrollo de las enseñanzas técnicas en Gran Bretaña** que importa cerca de 100 millones de libras esterlinas, de los cuales se dedicarán 85 millones a edificios e instalaciones de Inglaterra y país de Gales y 12 millones más, a Escocia. Con este proyecto se pretende, en primer lugar y en un plazo breve, pasar de 9.500 alumnos de los centros superiores por año a 15.000. Objetivo posterior del Plan es duplicar el número de alumnos que siguen cursos complementarios fuera de su horario de trabajo, y que en el último año académico pasó de 210.000 en Inglaterra y Gales.

* * *

El Gobierno de la China comunista ha decidido implantar con carácter general la **escritura latina en sustitución de los antiguos símbolos ideográficos chinos,** que cuentan con una tradición de tres milenios. La medida es interpretada como un medio para conseguir que las grandes masas de población de la China continental aprendan a leer y escribir en el menor plazo de tiempo posible, con el fin de hacerles accesibles a la intensa propaganda —pero, sobre todo, a la literatura— marxista y comunista. Por otra parte, la introducción de las técnicas modernas exige la sustitución de la tradicional escritura china, que no es susceptible de aprehender ni expresar el mundo de problemas y representaciones abstractos de las actuales concepciones científicas, técnicas e industriales. Se considera significativo a este respecto que los gobernantes de la China roja hayan preferido para sus fines la escritura latina a la cirílica.

Consecuencia forzosa de la nueva escritura que se enseña en China es que, en un porvenir no lejano, incluso las clases cultas habrán perdido todo contacto con los documentos originales de su historia y cultura. Se trata, pues, de una medida eminentemente política.

* * *

A principios de año ha sido subastado públicamente por un anticuario de Amsterdam el **«archivo secreto»**, en gran parte aun inédito y desconocido, **del famoso masón francés Jean Baptiste Willermoz.** La colección ha sido adquirida en 10.000 florines por una importante biblioteca extranjera cuyo nombre no se ha revelado. Entre los documentos de este archivo reservado figura la correspondencia de Willermoz con numerosos miembros de la alta nobleza alemana y francesa en los años 1730 a 1824.

Simultáneamente fué subastada una biblioteca de obras relativas a la historia, el ritual y las leyes de la masonería y las logias, compuesta de 1.942 volúmenes, procedente del palacio de «Le Brigon». Los principales licitadores fueron los representantes de las logias holandesas, francesas, inglesas y alemanas, y algunos particulares. La importante colección fué adquirida finalmente por la logia del «Gran Oriente», de Francia, llegando a pagarse hasta 1.650 florines por una obra rara del francés Fesch.

* * *

Del 25 al 29 de septiembre de este año tendrá lugar en Florencia el **III Congreso Internacional de Archivos.** Las solicitudes de suscripción, así como las comunicaciones, deberán dirigirse a la Secretaría y Dirección del Archivo Estatal de Florencia, respectivamente.

* * *

El arqueólogo israelí doctor Yigal Yadin ha anunciado en Londres para el próximo mes de junio la **publicación del texto íntegro del séptimo y último de los famosos manuscritos bíblicos del Mar Muerto.** Según se informaba recientemente en las páginas de ARBOR (cfr. número 124, págs. 580 y sigs), este texto comprende varios capítulos del Génesis, en una versión entretejida de historias y leyendas relativas a la vida de los patriarcas.

El mismo investigador ha preparado un estudio sobre otro de los textos, una colección de salmos que relatan «La guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad», que, según el doctor Yadin, se remontan al año 40 antes de Jesucristo. El relato se refiere a la contienda entre las estirpes de Leví, Judá y Benjamín y una coalición de pueblos vecinos —los «Hijos de las Tinieblas»— (cfr. también ARBOR, número 43/44, pág. 518).

* * *

Con el título *Histoire européenne de la démocratie chrétienne* (Editions du Seuil, París, 1956), M. Maurice Vaussard ha publicado un libro importante en que se refiere **la historia de la democracia cristiana** —y del catolicismo social— en Europa. El autor, veterano demócrata cristiano de su país, estudia en este primer volumen la evolución de la democracia cristiana en Francia, Bélgica e Italia desde las primeras implicaciones políticas del gran movimiento social católico en la última década del pasado siglo hasta nuestros días. Como criterio diferenciador, M. Vaussard estudia la democracia cristiana en los tres primeros países citados sobre todo en función de las relaciones entre la Santa Sede y —en general— la jerarquía católica nacional y los respectivos partidos católicos, relaciones que en cada una de estas naciones revisten caracteres muy peculiares, especialmente en Italia. Un segundo volumen, cuyo autor es M. Joseph Rovan, estará consagrado a la historia de la democracia cristiana en Alemania y los países de habla alemana.

* * *

Ha fallecido recientemente en París a la edad de ochenta y cuatro años el **escritor francés Paul Léautaud,** más conocido con el seudónimo de «Maurice Boissard», que durante muchos años ejerció una crítica teatral implacable y demoledora desde la «radio» y desde las páginas del «Mercure de France» y de la «Nouvelle Revue Française». Autor de numerosas obras, entre ellas la novela *Petit Ami*, de carácter autobiográfico, y un *Journal* en varios tomos, inédito en parte, es, sin embargo, su obra crítica la que puede perdurar.

* * *

En una breve obra de 149 páginas, titulada *Das Naturbild der heutigen Physik* (**«La imagen de la naturaleza en la física actual»,** Ed. Rowohlt, Hamburgo, 1955), el ilustre físico alemán, premio Nobel, doctor Werner Heisenberg resume magistralmente en un lenguaje accesible al lector no especializado los tres grandes cambios o crisis que han experimentado los principios fundamentales de la física clásica a causa de la física nuclear. Son estos cambios fundamentales: la sustitución del conocimiento absoluto de la realidad física, en este caso, de las partículas elementales, por un conocimiento relativo en función de los métodos y procesos físicos que permiten conocer el átomo. Así, pues, la mecánica cuántica sustituye la descripción cartesiana de la naturaleza física por la de nuestro conocimiento de las partículas elementales.

De este hecho fundamental derivan la derogación del principio de causalidad para el microcosmo nuclear y su sustitución por las leyes estadísticas. La tercera conclusión importante, que se deduce, sobre todo, del descubrimiento de los mesones en la radiación cósmica, es que determinados procesos se desarrollan, en intervalos de tiempo y espacio infinitamente pequeños, de modo inverso a como correspondería a su orden de sucesión causal.

El libro de Heisenberg termina con un profundo estudio de las relaciones mutuas entre cultura humanística, ciencias de la naturaleza y Occidente.

* * *

El 6 de marzo ha publicado la *Princeton University Press* un conjunto de fórmulas, revisadas y simplificadas, de la **teoría generalizada de la relatividad de Einstein** con el título *The Relativistic Theory of the Non-symmetric Field*, que constituye un apéndice a la quinta edición de su famoso libro *The Meaning of Relativity*. Esta revisión la hizo Einstein en abril de 1955, es decir, pocos meses antes de su muerte.

* * *

A mediados de marzo se ha iniciado en la sede central de las Naciones Unidas (Nueva York) un **estudio de los efectos de las radiaciones atómicas en todo el mundo.** Con este objeto, una comisión de científicos de quince países (Argentina, Australia, Bélgica, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Egipto, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, India, Japón, Méjico, Suecia y U.R.S.S.) ha celebrado sesiones a puerta cerrada por espacio de dos semanas para elaborar el plan general de las futuras investigaciones. La creación de esta comisión obedece a la resolución unánime de la Asamblea general de la O.N.U., en el mes de diciembre del pasado año, de determinar los efectos de las radiaciones emanadas de los usos pacíficos y militares de la energía nuclear.

La comisión deberá presentar un informe general sobre los resultados de sus trabajos hasta julio de 1958 lo más tarde. Entre tanto publicará Memorias anuales sobre los progresos de los trabajos emprendidos.

* * *

La Escuela de Hatfield (Herfordshire) es el **primer centro de enseñanza técnica de Gran Bretaña que proyecta incluir el ruso como asignatura en su plan de estudios.** Este propósito es consecuente al resultado de una encuesta realizada por el director de la Escuela, Mr. K. B. Hutton, entre los padres de los alumnos que muestran mejor disposición para aprender idiomas. La encuesta se basa en un cuestionario en que, después de hacer constar que a los alumnos se les enseña el alemán por su valor «cultural», se invitaba a los padres a que, como segunda lengua extranjera, optasen por el francés o el ruso, teniendo en cuenta la «utilidad» de estos idiomas. La decisión de la mayoría fué netamente favorable al ruso. Mr. Hutton ha declarado que el ruso no sólo tiene un gran «valor de rareza», sino que para los científicos, especialmente los químicos, se juzga indispensable la consulta de publicaciones rusas.

Obrando en consecuencia, la Junta de Gobierno de la escuela de Hatfield ha pedido autorización a la Comisión de Educación del condado de Herfordshire para incluir el ruso en el plan de estudios de ese centro docente.

* * *

Poco antes de cumplir los cincuenta y cinco años **ha fallecido en Salzburgo Otto Müller,** uno de los más conocidos y meritorios editores católicos de Alemania y Austria. El finado, que en 1937 fundó la casa editorial del mismo nombre, radicada en Salzburgo, se distinguió durante la Era nacionalsocialista por su recia actitud en defensa de los ideales católicos. Müller, a quien la Santa Sede había concedido la orden del Santo Sepulcro (con el grado de comendador) y la de San Silvestre, editó en el curso de los últimos años las mejores obras de autores como Weinheber, Trakl, Rachmanowa y Guareschi; la edición alemana de *Don Camillo e Peppone* fué uno de los grandes éxitos editoriales de Müller.

* * *

En Chicago se erigirá un **monumento en memoria del investigador italiano Enrico Fermi** (fallecido en 1954), quien, siendo catedrático de física de la universidad de Chicago, obtuvo en 1942 la primera reacción nuclear en cadena, controlada, iniciando con ello la «Era atómica», que había sido preparada por los trabajos del investigador alemán Otto Hahn. Una asociación mercantil e industrial de Chicago

ha convocado un concurso para seleccionar el mejor boceto del monumento, cuyo autor recibirá un premio de 15.000 dólares (600.000 pesetas).

* * *

La universidad del Estado de Ohio ha iniciado la construcción del que será **el mayor radiotelescopio del mundo.** Los planos del gigantesco receptor, que medirá unos 230 metros de largo por 25 de alto, han sido preparados por el doctor John D. Krause, de la Facultad de Ingeniería eléctrica de la citada universidad.

El doctor Krause ha manifestado que, según sus cálculos, el nuevo radiotelescopio permitirá recibir y hacer perceptibles las señales procedentes de áreas del universo tan distantes que hasta aquí sólo podían captarse con telescopios de regulador.

* * *

La Biblioteca Houghton de la universidad de Harvard ha adquirido una colección de manuscritos (en sus tres cuartas partes autógrafos) del laureado poeta inglés lord Alfred Tennyson, compuesta de los borradores y primeras copias revisadas de 350 poesías y considerada como **la colección más importante del mundo de las obras de Tennyson.** El número de manuscritos se eleva a 650; la colección ha sido adquirida del nieto del poeta, sir Charles Tennyson, con fondos de una donación hecha a la universidad de Harvard por el poeta norteamericano Amy Lowell.

* * *

Según ha manifestado el alcalde de Düsseldorf, cuna de **Heinrich Heine,** dicha ciudad posee ahora la colección más importante de obras del escritor que existe en el mundo. Ello se debe a la adquisición de más de 3.200 páginas manuscritas del poeta, hasta ahora en poder de la familia Strauss, de Francfort, que actualmente reside en Londres, y tenía custodiados los manuscritos en Nueva York. El precio de la transacción han sido unos dos millones de pesetas.

* * *

Según datos reunidos por «Les Nouvelles Littéraires», **los libros franceses más vendidos durante 1955** fueron los ganadores de los grandes premios literarios. Del premio Fémina *Le Pays où l'on n'arrive*

jamais, de Dhôtel, se vendieron 165.000 ejemplares; del premio Goncourt *Le Eaux Mélées*, de Roger Ikor, 155.000; de *Le Moissoneur d'Épines*, premio Renaudot, 95.000.

Entre los libros extranjeros figura en primer lugar *Les Sortilèges de Jalna*, de Mazo de la Roche, con 66.000 ejemplares vendidos.

Fuera del campo novelístico, el libro más solicitado fué la obra de Aycard y Franck *La Réalité dépasse la fiction*, del que se vendieron 90.000 ejemplares.

* * *

Una iniciativa danesa respaldada económicamente por subsidios considerables de índole diversa ha dado lugar a la traducción francesa de veintidós de las treinta y dos comedias de **Ludwig Holberg**, «el Molière escandinavo», debida al trabajo conjunto de Judith y Gilles Gerard-Arlberg y publicada recientemente en Copenhague en dos volúmenes. Aunque Goethe montó una de sus obras en Weimar, este autor noruego permanecía hasta la fecha poco menos que ignorado fuera de Escandinavia.

* * *

El IX Premio Veillon, para la mejor novela en lengua francesa, correspondiente a 1955, ha sido otorgado en Lausana a la escritora Pernette Chaponnière por su obra titulada *Toi que nous aimions* (publicada en París por la editorial R. Julliard). El jurado calificador tuvo que seleccionar la novela premiada entre 157 obras (de ellas 102 manuscritas), cuyos autores tienen las siguientes nacionalidades: noventa y dos franceses, diecinueve belgas, trece suizos, dos italianos, cuatro egipcios, dos sirios, un griego, un norteamericano, cinco argelinos, tres tunecinos, un iraniano, etc.

El próximo año el premio será concedido a las tres mejores novelas escritas, respectivamente, en francés, alemán e italiano.

* * *

Una empresa norteamericana, la *Riegel Paper Corporation*, de Nueva York, ha producido el **primer papel totalmente elaborado de «nylon»**. La casa productora anuncia que el papel de *nylon* puro resulta mucho más resistente que el fabricado con pasta de madera o trapos, particularmente a la acción de las sustancias químicas, la humedad, el moho, las bacterias y la luz. Por estas propiedades se le

considera especialmente adecuado como material para sacos y envolturas, pero también como papel para documentos importantes que deban conservarse. Hoy por hoy, el precio del papel *nylon* resulta bastante más elevado que el del papel corriente, pero se confía en que disminuirá a medida que aumente la producción.

* * *

A fines del pasado mes de enero y a la edad de setenta y cinco años ha muerto el famoso escritor norteamericano **Henry Louis Mencken.** Nacido en Baltimore y entregado desde los diecinueve años al periodismo, fué uno de los autores más originales y que más influyó en los círculos cultos de aquel país, a través de sus colaboraciones esporádicas o constantes en las revistas y periódicos «Baltimore Sun», «Smart Set», «American Mercury», «Nation» y otras. Su obra fundamental, *The American Language* (tres volúmenes), constituye a la vez un estudio documentado y ameno de las vicisitudes y del estado actual del inglés en Estados Unidos.

INFORMACIÓN CULTURAL DE ESPAÑA

CRÓNICA CULTURAL ESPAÑOLA

Cien años de vida del Ejército español.

Entre las muy variadas actividades culturales militares que se vienen desarrollando estos últimos años, destacan por su interés indudable los ciclos de conferencias que organiza el Ateneo madrileño. Este año, bajo el título general de «Cien años de vida del Ejército español», se nos ha obsequiado con cinco valiosas conferencias a cargo de destacados elementos de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire [1].

Nota distintiva de este cursillo ha sido —como muy bien explicó el señor Pérez Embid en el acto de clausura— el interés en subrayar la eficacia social y política de la institución militar y de las virtudes morales que constituyen la mejor tradición del espíritu militar español. Tal eficacia proviene quizá de que —como señaló el coronel Bengoechea— el militar no puede despreocuparse de las crisis de los hombres, que son fenómenos sociales que afectan a todas las generaciones, pero particularmente a las que están en edad militar. Los jóvenes sufren estas crisis cuando en su proceso formativo todavía pueden recibir influencias profundas. De sus efectos van a quedar señales en los conceptos que sobre la Patria, sobre las virtudes militares, sobre la guerra, sobre la política, sobre lo ideal, lo material, lo necesa-

---

[1] El programa del Curso ha sido el siguiente: «El Ejército español en los últimos medios siglos», por don Ángel González de Mendoza y Dorvier, general de E. M.; «Introducción a una sociología militar. El soldado y la sociedad», por don Jesús Bengoechea Baamonde, coronel de Aviación; «El oficial en la sociedad española», por don Manuel Carrasco Verde, general de división; «El marino español a bordo de la sociedad», por don Javier de Mendizábal, vicealmirante, y «Traición, discrepancia y lealtad» por don Jorge Vigón, general de Artillería. En el acto de clausura intervinieron el señor Pérez Embid, director del Ateneo, y el teniente general Alcubilla, jefe del Estado Mayor Central.

rio, etc., van a llevar luego estos hombres al Ejército, en el que van a vivir, aun cuando sea breve tiempo, y que después van a conservar toda su vida.

Desde el punto de vista de la problemática militar que se puede desarrollar sobre el hecho real de la llegada de estos hombres a filas, sobre el cumplimiento de sus misiones, sobre el desenvolvimiento de sus responsabilidades, puede obtenerse un conjunto de interesantes conclusiones que se enlazan fácilmente, por su trascendencia, con los más graves problemas nacionales y hasta con los de carácter universal, pues puede deducirse la importancia que tiene en cualquier hora, pero más en la presente, la existencia o inexistencia de una conciencia común capaz de servir de base a lo que pudiéramos llamar «soldados de Occidente», por poner un nombre geográfico a lo que en realidad debía llevar un nombre ideológico: Soldados de la Cristiandad.

Pero el Ejército será lo que quieran sus cuadros de generales, jefes y oficiales, pues que ellos, al fin y al cabo, podrán imprimir en la tropa, auxiliados por los suboficiales, el sello que se propongan, para lo cual se supone que el conjunto, la Institución, exigirá al resto de la sociedad que le entregue los hombres en las debidas condiciones y los reciba también después, al licenciarse, de un modo adecuado, que no malogre lo que durante el servicio en filas se ha hecho sobre ellos. Mas estos problemas se verán más claros reduciéndolos al ámbito de lo nacional. Es lo que hace el general Carrasco al analizar el papel desempeñado por el oficial en la sociedad española.

Se trata de un magnífico estudio de cómo, tras las falsas acusaciones de responsabilidad recaídas sobre él, después del triste final de nuestras guerras coloniales, el Ejército fué apartado del pueblo por los políticos, que se movían al mandato de las sectas. Una parte del Ejército pudo contaminarse; pero otra, la mayor, se encerró en los cuarteles, lo que significó una especie de suicidio. Pero el silencio de los cuarteles tampoco fué respetado. Las sectas y el marxismo atacan al Ejército en su propia casa. Si la Dictadura fué un acercamiento entre los militares y la nación, la República fué otra vuelta a la divergencia, que culminó con un ataque formal y una trituración casi efectiva de las fuerzas armadas. Lo que faltó de ese casi fué precisamente lo que permitió el Alzamiento de 1936, en que el Ejército pudo a duras penas cumplir con su misión de salvaguardar a la patria; pero la cumplió, pues precisamente en el silencio de los cuarteles se habían conservado las esencias de la nación y de los valores tradicionales. El Ejército, que tiene a su cargo la guarda de la continuidad histórica, del destino que la Providencia señaló a la patria y que es un atento observador, por ello, de todas las vicisitudes del país, volvió a intere-

sarse por la política, volvió a acercarse a los hombres civiles. Después de nuestra Guerra de Liberación, el foso que separaba a militares y civiles se ha rellenado. Contribuyó a ello la sangre y el heroísmo de los alféreces provisionales y contribuye hoy todavía la colaboración entre Ejército y Universidad en la organización de la Milicia universitaria y actos de tipo intelectual como estos cursillos.

El vicealmirante Mendizábal, refiriéndose en términos análogos a nuestra Marina, nos recordó cómo las misiones de ultramar se cumplieron hasta el último instante. Faltó el apoyo de los Gobiernos, pero se salvó el honor. Lo que la Dictadura del general Primo de Rivera rehabilitó volvió a derribarlo la República, que llevó a los barcos de la flota la mayor perturbación de la jerarquía que puede imaginarse. En el Alzamiento, la Marina volvió, como el Ejército, a los fueros de su tradicional espíritu y cometidos.

La clave de todo esto está quizá en el exacto sentido de las actitudes que las instituciones armadas deben adoptar ante los acontecimientos del mundo político. Con tres palabras bien concretas señala estas actitudes el general Vigón. Traición, discrepancia y lealtad son los términos en que el problema puede plantearse. No es necesario ahora dar idea al lector del vigor que en estos conceptos se encierra. De deslealtades y traiciones, más que de discrepancias, está la historia llena. Bien cerca tenemos el delito de los afrancesados y bien recientes sus repercusiones en la España nacional con motivo de nuestra Guerra de Liberación. Tras la validez histórica, tras las profundas y entrañables razones, tras el heroísmo derrochado y el hecho innegable de la victoria militar, para otros hombres no comprometidos podrá haber dudas, pero para el que pertenece al Ejército no las hay. Su posición es la lealtad. Y la lealtad tiene hoy, para el militar, objetos bien claros y definidos: la tradición de España, el 18 de Julio de 1936, la fe y la esperanza en el hombre que actualmente rige los destinos del país y que fué el que nos llevó a la victoria. El Ejército es por todo eso una garantía frente a los discrepantes y frente a los desleales.

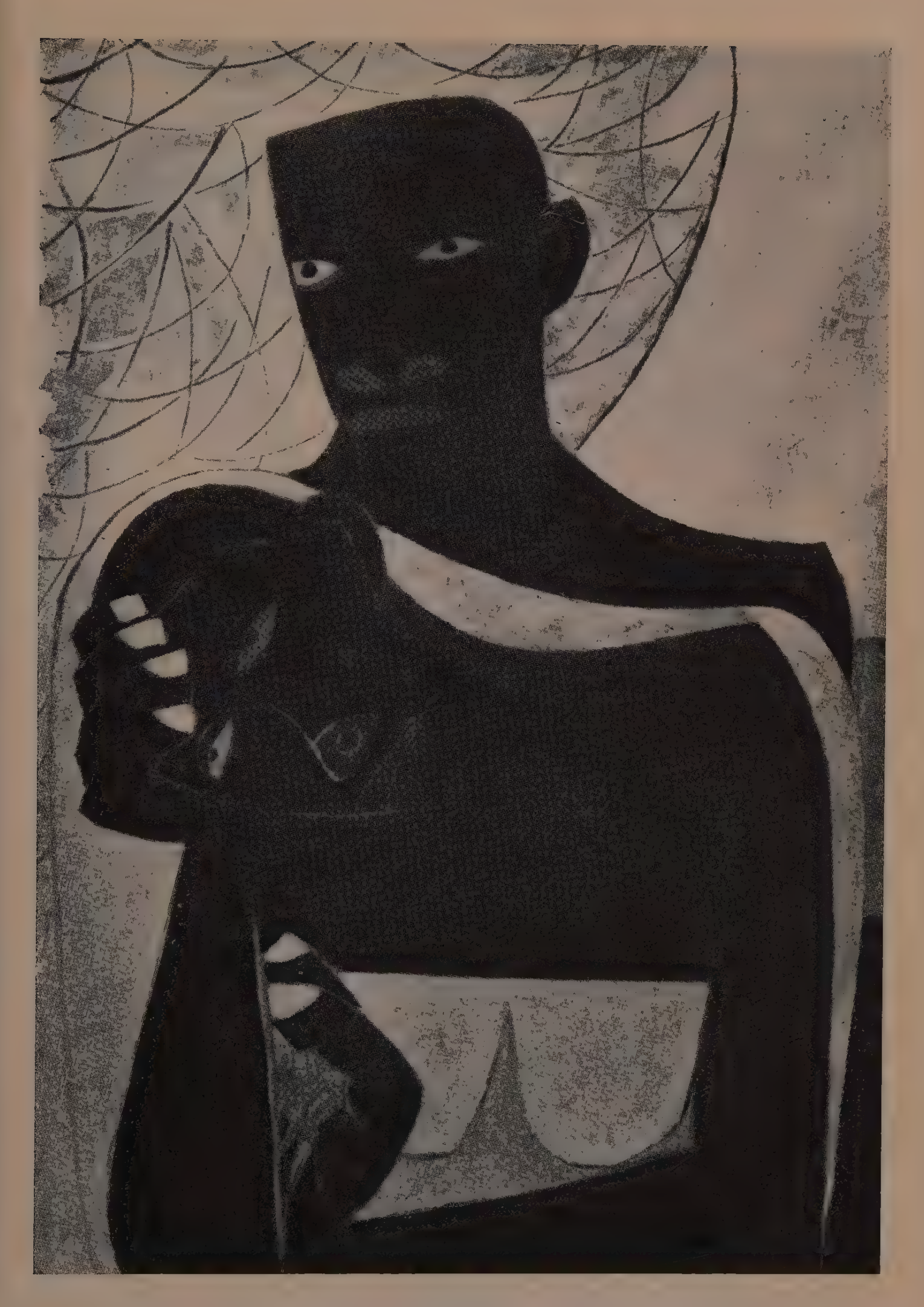
En el ciclo se ha manifestado otra nota de gran interés: el espíritu de revisión de la historia nacional, escrita en todo este último siglo con espíritu bien claramente parcial y sectario. Se ha hecho visible de una manera clara cuál ha sido la tónica política de los ejércitos españoles durante los dos últimos medios siglos, el segundo del XIX y el primero del XX, a través de una época en que lo político pasó a ser asunto de la calle, por lo cual no podía quedar ninguna de las instituciones fundamentales del país apartada de esa clase de actividades. Iglesia y Ejército hubieron de conocer los problemas políticos e

intervenir en su resolución. No había más remedio. La institución militar no tiene como misión la de intervenir en los problemas públicos civiles, mientras éstos se desenvuelven dentro de una cierta normalidad. Sólo le interesa al Ejército saber que en el país hay una relativa unidad, un orden y un respeto pasivo y activo por las esencias tradicionales, garantía de continuidad de cuya guarda está encargado. La custodia y la defensa que las fuerzas armadas tienen que ejercer de los valores esenciales, permanentes, fundamentales de la patria exige eso, por lo menos. Por ello, cuando el llamado poder civil flaquea, se rompe, se divide, deserta, ¿qué de extraño puede haber en que el Ejército intervenga? Estas intervenciones han sido de varias clases. Cuando un partido político buscaba el apoyo de las armas para derribar a otro se producía el «pronunciamiento». Pero cuando no son los partidos políticos, sino el país sano contra el país infectado, quienes luchan, entonces vienen las «guerras civiles». En el caso de las «carlistas», el general González de Mendoza, contribuyendo a esa revisión histórica a que antes nos referíamos, hizo ver a sus oyentes cómo fueron algo más que un pleito dinástico, pues representaban la lucha, el enfrentamiento, entre lo tradicional —España— y las corrientes liberalizantes que nos llegaban de fuera a nuestras fronteras. Aunque el problema de estas guerras afectó tristemente al Ejército, éste, sin embargo, no tuvo la culpa de su planteamiento y fué una víctima de la debilidad del poder civil, que no supo cortar a tiempo la infección o que hubo de complacerse en ella.

Otra forma de intervención es la más clara y masiva de que nos da ejemplo la Dictadura, pacífico golpe militar que califica el general González de Mendoza de intento del Ejército para acabar con el sistema canovista que, a los cincuenta años cortos, se había prostituído y agotado.

El Alzamiento de 1936, que da lugar a la Cruzada, es otra intervención decidida del Ejército en la marcha de los asuntos públicos, que durante la República llevaron a la nación a la bancarrota moral y material, a la entrega en manos de poderes extranjeros. Significa el Movimiento la liberación, la vuelta al ser auténtico y tradicional de España. Como la Dictadura, el Alzamiento tampoco fué un «pronunciamiento», ya que tampoco se hizo para apoyar la conquista del poder por un partido, sino para restaurar el orden, la seriedad, los valores auténticos y fundamentales.

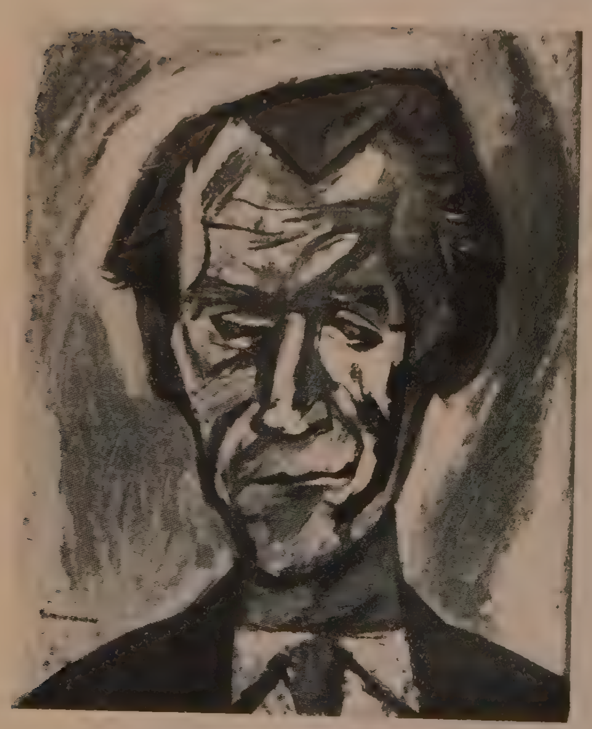
El teniente general Alcubilla, en el acto de clausura, insistió en la importancia de estos contactos convenientes con el mundo intelectual y en la necesidad de hacer participar a toda la nación en el conocimiento de los problemas militares, para lo cual vendría muy bien



LOS AMANTES



RETRATOS



una Escuela de Altos Estudios Militares, como hay en otros países, a cuyos cursos pudieran asistir también hombres civiles.

Enhorabuena al Ateneo madrileño por el éxito de este bien concebido y magníficamente desarrollado cursillo.

JUAN DE ZAVALA

LA PINTURA DE GUAYASAMÍN.

Guayasamín es un pintor ecuatoriano. Ecuador, la tierra de Benalcázar, fué predilecta de los conquistadores, pues forma como un clima marginal entre la selva y la tierra andina. Claro está que ahí se aposentarían civilizaciones; la tierra que está bien situada geográficamente hace prosperar a los pueblos. Prosperaron allí las demarcaciones incaicas, se transmitieron bajo su cielo los ritos y las maneras, se talló la piedra, se buscó el ritmo a la construcción arquitectónica, se dió al oro la luz de su esplendor, a la esmeralda su tinte.

Tomó así la construcción humana una plástica azul en joyas, aderezos, en imaginativa. Plástica que es, como el jugo de la sangre, noble y prometedora. También el idioma, como el de Homero, tenía «sílabas de platino». Luego, la conquista; hombres barbudos que procedían también de una cultura plástica, que habían edificado ciudades, más umbrías que las incas, pero arrebatadas a la tierra, que llevaron entre catedrales y palacios la pintura.

Naturalmente que tuvo que pasar bastante tiempo para que sobre toda la vanidad del impresionismo y de lo académico triunfara la enjuta estructura de la modernidad; pero triunfó, y entonces llegó la hora de las civilizaciones postergadas por la miopía intelectualista, por los que creyeron que para hacer arte había que haber estudiado en París o en Munich y que lo demás sólo era balbuceo.

¿Quién duda que las antiguas civilizaciones fueron geométricas? Cuando la geometría montó su guardia pudieron alzarse, y entonces vino a saberse que tallar los lapislázulis con tersa maestría es saber bastante más arte que todas aquellas pedrerías del romanticismo.

Tuvieron los pintores de América suerte con nacer en este tiempo. Pudieron repasar, al alcance de los ojos, maravillas, conocer colores nunca nombrados, situar el ritmo y el equilibrio en posiciones novísimas. Buscar el alma humana, no en la situación estereotipada del Renacimiento o del Quatrocento, sino en la agonía subterránea del hombre. Aquellos pueblos conocieron demasiado el sufrimiento y lo demoníaco para venirse por las idealizaciones y los alardes. ¿O se debe

a un azar el caso de un Ribera, un Tamayo, un Orozco, etc.? Tejieron estos americanos con la tierra, estructura de hombres; con la pasión más profunda, geometría. No nacieron de añadidos ni de huecos, vinieron espontáneos. Guayasamín es uno de ellos.

Indudablemente que en Guayasamín hay dos fuerzas contrapesadas con limpieza: la compostura y el ardor psicológico, el donaire y el ánima interior. Condición ésta que, naturalmente, tiene un reflejo excesivamente claro en el color.

En primer término, los cuadros están bien hechos y, en segundo, tienen, a veces, «una enorme potencia misteriosa», algo prehistórico, pero, sin engañarnos, a veces sólo. Lo que Guayasamín tiene que definir claramente es que poseer la orfebrería y el ojo plástico de los indios no es por eso tener el mundo interior de ellos. El ojo del mundo precolombino mira hacia fuera y mira hacia dentro, claro, como todos los ojos, pero el ojo que mira hacia dentro tiene un estremecimiento que pone pavor, tiene un hierático volcanismo, mientras que el que mira por fuera tiene una destreza de artesanos, una magia placentera de color, es arte moderno, pero falla en una cosa: en que renuncia a la raíz y se queda en decorativismo, y esto está mal, pudiendo ser un algo logrado y peregrino tan sólo dando mirar al ojo interno.

Guayasamín tiene dos mundos, pero el segundo le ha sugestionado más. Con todo, lo decorativo tiene la gracia del Quatrocento y el *splendor formae* de lo abstracto. Ha extraído unos colores arcillosos y polvorientos de la artesanía de sus tierras y ha construído templanza plástica, pero a veces, ahí está, esos colores se deslizan hacia lo lívido y agitan el drama: un instante sólo y el ojo interior comienza a salir.

Guayasamín juega, pero juega con milenios de destreza y de originalidad; de pronto se invade él mismo de un temor cósmico; comienza a temblar con su propias creaciones, sólo un momento.

Guayasamín tiene tierra para ser un pintor titánico, pero su facilidad le lleva al derrotero del decorativismo, bellísimo por cierto, pero que en él es una renuncia a una presa que ya tenía en sus manos.

Los retratos son, quizá, menos cuidados y buscan raíz, manantial. Hay algo en ellos que es fulgurante, brevísimo, pero definitivo: eso es pintura.

Sus composiciones no perseveran en la fuerza inicial; se hacen diestras, con música y ternura rural, salvo el extraordinario *Origen*, en donde el esqueleto de la humanidad lleva consigo tragedias y el enorme peso de la lucha humana.

Guayasamín es grande, pero le desvirtúa su facilidad. Sin embargo, ¡qué añoranza en él de los tiempos coloniales, de las iglesias barrocas, de los retablos con pedrería andina, de indios tapiceros y orfebres que cantaron con sus manos la plástica más hermosa que conoció el hombre!

«LA PUERTA DEL INFIERNO».

La Puerta del Infierno es una película japonesa que ha sido dirigida por Nagata Masaíchi y de la que son intérpretes principales Kasegawa Kazuo, Kio Machi-Ko y Yamagata Isao.

Esta cinta tiene un extraordinario timbre humano y un brillante ambiente histórico. Ningún vehículo podía enaltecer tanto estas empresas como la plasticidad; el color terso y clarísimo de cielos y naturaleza ha añadido antigüedad y viveza. Esta evocación comienza en la fase inicial de la película: se abren unos papiros; las miniaturas que representan batallas y desastres comienzan a vivir. ¡Qué semejanza con aquello que Pablo Ucello representó en los frescos de Florencia! También aquí el heroísmo y la crueldad asiática componen una prodigiosa estampa de corporeidad: trajes, maneras, sentimientos se detallan bellamente.

La batalla está perdida para el emperador, y se hace necesario salvar a su hija; hay que buscar una doble: ésta es la heroína. Sale, por fin, la carroza de palacio y los rebeldes la interceptan; hay fotografías de la emboscada de naturalidad concluyente. El emperador, entre tanto, está en un monasterio budista; junto al mar se levanta la edificación. No es que el paisaje sea un acompañante del hombre, ni un cierto complemento estético, es que tiene como ojos, como penetración, es al fin de él hierático. El gong del monasterio, el cielo y el viento estremecen; se suceden los rituales, se palpa un ambiente hipersecreto. Se mueven las hojas, la luz queda quieta, en las almas vive una pasión abismal. Llegan mensajeros que comunican al emperador que los sublevados son dueños del terreno; se dan órdenes, y la represión triunfa.

La segunda parte comienza tras el triunfo de los imperiales; se ha hecho justicia y se ha decapitado a los traidores. En la Puerta del Infierno están expuestas las cabezas. ¡Qué cruel experiencia de lo que el hombre da de sí! Sin un velo que mitigue el horror, todo claro, impasible. Luego, ya el triunfo de los vencedores, el reparto del botín; el emperador dispone se dé según los méritos en la empresa. Uno de los más distinguidos desea como esposa a Kesa, la heroína, que es

precisamente la esposa del capitán Wataru, pero la asamblea pública rechaza esa petición por absurda e inmoral.

Ahora comienza el terrible pugilato, que no es lo que pudiera parecer una pasión imposible, sino el drama universal de la frustración de nuestros empeños, la inutilidad de nuestras ambiciones. Aquí se recoge el hecho; el arrebatado tiene violencia, nerviosismo, está fuera de sí. Por el contrario, Kesa parece siempre segura, terminada. El esfuerzo por realizar lo deseado resulta baldío; pero así como en una película occidental hubiéramos visto cómo un determinado individuo fracasa, en esta oriental se ve cómo la naturaleza, el cosmos mismo es de por sí inútil. Esto me parece que se ve claramente en esa compañía y envolvente constante que es el paisaje. Porque, si nos fijamos, en *La Puerta del Infierno* no hay individuos; hay pasiones universales que confluyen. La voz de los personajes es, sin duda, hierática, rígida, no por defecto técnico, sino porque son así.

Es la noche; el amante pone una celada a la casta Kesa, citada en la soledad umbría de un bosque, en casa de su tía. Las sombras nocturnas están removiéndose, la pasión nocherniega también; el trasmundo subconsciente vigila para caer sobre el hombre. Llega, por fin, Kesa, y todo lo demoníaco cobra realidad. ¿Cederá? No cede; pero hay algo que queda inconcluso. Una cita a las nueve, Morokoito cree que es una complicidad de Kesa para el asesinato de su esposo, el capitán Wataru; sigue el misterio, las fuerzas poderosas se ponen en movimiento. Si Morokoito matara a Wataru, el hombre podría; pero el hombre no puede. Dispuesto ya para el crimen, hay una luna fatídica en el ambiente, Kesa duerme esa noche en el lecho de su marido. ¡Con qué maravillosa sutilidad ha logrado convencer a Wataru de que descanse en otro lugar! La música, suavemente, ha hecho el juego que necesitaba el destino. La música la pulsa Kesa; ya está hecho el crimen.

El patio de la casa, la desesperación inútil de Morokoito, nos conmueve; es un arrepentimiento desgarrador, se querría volver el tiempo del revés, comenzarle, pero ya está todo hecho. El capitán aparece, el honor ofendido, según nosotros; ha sido espectador de lo inevitable: «¿Qué añadiría yo con tu muerte?», dice a Morokoito. La luna rasga el ambiente; se tiene la impresión de lo estéril.

Terminada la película y al hacer un análisis de la misma, el medio mecánico se olvida; se nos ha eliminado la situación de espectadores y se nos enclava vitalmente en unos pasajes plásticos, en psicologías nobles y heroicas. Al final parece como si perdiéramos el calor de nuestras propias palabras, nuestra voluntad y ánimo.

José Córdoba Trujillano

FIGURAS DE LA CULTURA ESPAÑOLA



DON FERNANDO ENRÍQUEZ DE SALAMANCA Y DANVILA nació en Madrid el 10 de junio de 1890. Hizo sus estudios de Medicina en Madrid, coronándolos con la obtención del premio extraordinario de la Licenciatura, y, posteriormente, en 1917, con el mismo galardón del Doctorado. Su tesis doctoral versó sobre «La coagulación de la leche y su influencia en la digestión», y fué realizada bajo la dirección del profesor Carracido. También obtuvo por esas fechas el premio «Martínez Molina», de Anatomía.

En 1918 ingresa como médico de guardia en el Hospital de San Carlos, y en 1919, mediante oposición, en la que obtiene el número 1, en la Beneficencia Provincial de Madrid. En estos mismos años trabaja como auxiliar de Patología Médica, cátedra de la que es nombrado titular por oposición en mayo de 1927.

En 1929 es designado médico de Cámara de S. M. don Alfonso XIII y en 1935 ingresa como académico de número en la Real Academia de Medicina, cuya dirección había de desempeñar más adelante, desde 1946 hasta 1953. Su discurso de ingreso en la misma versó sobre «La respuesta del estómago humano ante el estímulo del té de prueba», técnica original suya, perfeccionada ulteriormente y que ha llevado al descubrimiento de hechos nuevos.

Desde 1937 hasta 1939 desempeña la jefatura de servicios del Hospital del Generalísimo en Valladolid, y desde 1939 hasta 1951, el decanato de la Facultad de Medicina de Madrid. Es fundador y director, desde 1942 hasta la fecha, del Instituto de Medicina Experimental (C. S. I. C.); es también presidente del Patronato «Ramón y Cajal» de dicho Consejo, y vocal, desde su fundación, del Consejo Ejecutivo de la misma institución.

En 1921 realizó estudios en Berlín con el profesor Kraus y con el profesor Pinkussen. En 1942 dictó conferencias sobre fisiología gástrica, nueva técnica de

exploración gástrica y latiricia en diversas ciudades alemanas. En 1946, invitado por el Instituto de Alta Cultura de Portugal, dió conferencias en Lisboa, Coimbra y Oporto sobre «Porfiria congénita», «Hemodinámica» y «Fisiología gástrica».

Ha dirigido numerosos cursillos monográficos en universidades, academias y servicios médicos, participando también activamente en siete Congresos Nacionales de Medicina y en cinco Internacionales, en los que ha llevado oficialmente la representación española. En 1952 presidió las tareas del VI Congreso Internacional de Patología Comparada, que se celebró en Madrid.

Aparte numerosos cargos de responsabilidad desempeñados anteriormente, el doctor Enríquez de Salamanca es actualmente, además de los reseñados al principio, vocal del Consejo Superior de Estadística como representante de la Real Academia de Medicina; correspondiente de la Sociedad de Patología Comparada, de París; correspondiente de la Academia Nacional de Medicina, de Buenos Aires; correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias, de Méjico, y socio de honor de la Asociación Cultural Hispanoamericana.

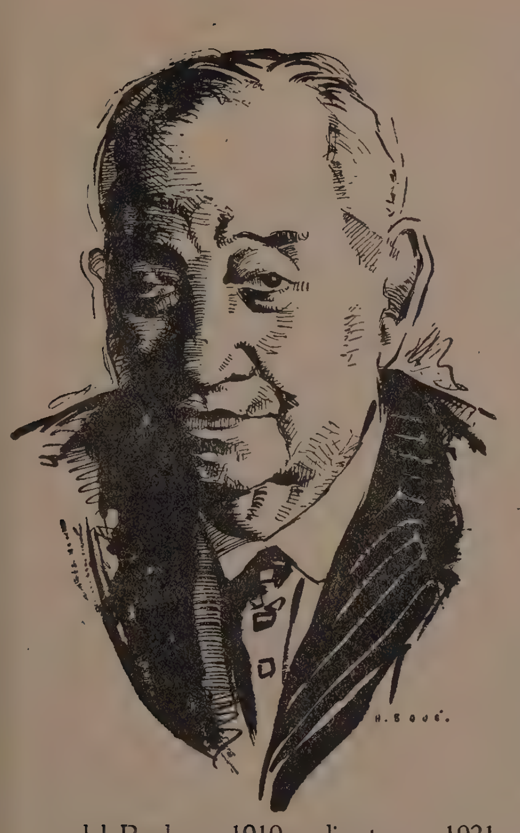
Está en posesión de las siguientes condecoraciones: Medalla de Campaña, Gran Cruz de la Mehdauia, Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, Gran Cruz de Sanidad, Oficial de la Legión de Honor. En 1954 le fué concedido por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Premio «Alfonso X el Sabio» por su obra *Fisiología gástrica*. En 1956 le ha sido otorgado por la «Fundación Juan March» el Premio de Medicina, dotado con 500.000 pesetas.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS: *Manual de enfermedades del riñón*. Madrid, Guttemberg, 1922; *Nefritis*. Madrid, 1924; *Hematología*. Madrid, Morata, 1925 (segunda edición en 1931); *Lecciones de psicología pedagógica*. Ávila, 1937; *Tratado de patología médica* (cinco volúmenes). Barcelona, Editorial Científicomédica, 1947-1955; *Fisiopatología gástrica*. Barcelona, Salvat, 1951.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS: Veintiséis trabajos (ocho de aparato digestivo, dos de porfirinas, uno de hemodinámica, etc.) en la revista «Medicina», desde 1931 a 1951. Cuarenta y dos trabajos publicados en los «Archivos de Medicina Experimental», órgano, dirigido y fundado por él, del Instituto Nacional de Ciencias Médicas. Ha publicado también trabajos de su especialidad en las siguientes revistas: «Anales de la Real Academia de Medicina», «Los Progresos de la Clínica», «Archivos de Cardiología y Hematología» (1920-21), «Revista de Medicina», de Málaga (1923); «España Médica» (1928), «El Siglo Médico» (1930), «Academia Médicoquirúrgica» (1935), «Actualidad Médica», de Granada (1938); «Revista de la Universidad de Madrid» (1941), «Ser» (1943 y 1945), «Revista Clínica Española» (1943), «Medicina Clínica», de Barcelona (1947); «Deutsches Archiv für Klinische Medizin», de Berlín (1944); «Mathematichal Biophysics», de Chicago (1949); «Acta Iber. Radiol. Cancerol», de Madrid (1945); «Semana Médica», de Buenos Aires (1948); «Boletín del Consejo General de Colegios Médicos», Madrid (1948 y 1954); «El Día Médico», de Buenos Aires (1949 y 1954), etc., habiéndose publicado referencias de algunos de sus trabajos en revistas extranjeras.

Aparte sus trabajos estrictamente profesionales, el profesor Enríquez de Salamanca ha mostrado una especial predilección por los problemas universitarios y pedagógicos, sobre los que ha publicado numerosos trabajos y dictado muchas conferencias.



Don Fernando Álvarez de Sotomayor y Zaragoza nació el 25 de septiembre de 1875 en El Ferrol del Caudillo. Cursó parte del Bachillerato en el Colegio de El Escorial y lo terminó en el Instituto de Toledo. Se preparó para Ingeniero de Caminos. Luego aprobó dos cursos de Derecho y siguió la carrera de Filosofía y Letras, que tampoco terminó, ya que, al ganar las oposiciones de pensionado en Roma, tuvo que ir a esta ciudad, en donde permaneció desde 1899 a 1904. Fué discípulo de don Manuel Domínguez y de la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Obtuvo después diversas medallas (primera y segunda en Madrid, primeras e Internacional de Barcelona y Buenos Aires). Pasó a Chile en el año 1909, contratado por el Gobierno de aquel país como profesor de colorido y composición de la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile. Después fué nombrado director de ésta hasta 1915, fecha en que volvió a Madrid. Fué nombrado también subdirector conservador del Museo del Prado en 1919 y director en 1921, puesto que viene desempeñando desde entonces con excepción de los años de la República.

Es miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y ha sido director-presidente de ella en los últimos años, de 1954 a 1956. Correspondiente de las de Prusia, La Habana y Lisboa; miembro de la Hispanic Society, de Nueva York, y de las Academias de Cádiz, Valladolid y Zaragoza. Presidente de honor de la de Bellas Artes, de la Coruña, y miembro de la Academia Gallega. Hijo predilecto de El Ferrol del Caudillo, adoptivo de La Coruña y de Cuevas de Almanzora, ex alcalde de La Coruña. Grandes Cruces de Alfonso XII, Isabel la Católica, Alfonso el Sabio, del Libertador de Argentina, Gran Cordón de la Corona de Italia, comendador de la Legión de Honor, del Mérito de Chile, Placa de Wassa de Suecia, miembro de la Comisión Nacional de Cooperación de la U.N.E.S.C.O. Autor de más de mil obras entre cuadros de costumbres, principalmente de Galicia, y retratos. Premio de Pintura de la «Fundación Juan March» para 1956.

El momento más trascendental de su vida fué cuando, por encargo del Gobierno de Burgos y al día siguiente de la entrada de las tropas nacionales en Madrid, salió con destino a Ginebra para hacerse cargo de las obras de arte españolas que

allí se encontraban a consecuencia de la Guerra de Liberación, siempre a las órdenes de nuestro representante en Berna, marqués de Ayzinena y en relación directa con don Pedro Muguruza, director de la defensa del Tesoro Artístico Nacional. Componíase lo que de éste había llegado a Ginebra de poco más de 2.000 cajas, que, en la Sociedad de Naciones, estaban depositadas por una Comisión Internacional, que de ellas se hizo cargo en el castillo de Perelada, propiedad del señor Mateu, cerca de la frontera francesa, poco antes de llegar allí las tropas nacionales.

Según la relación que hizo dicha Comisión, el Tesoro Artístico constaba de una colección de tapices, que midieron, y cuya suma arrojó 14 kilómetros, 7,5 de la Casa Real y el resto de particulares. Todos los libros raros e incunables de la Biblioteca Nacional. Tablas, cuadros y objetos del Tesoro Catalán, 164 cajas de joyas. Estas cajas siguieron precintadas hasta su devolución a España. Como objetos de singular valor figuraban, aparte la *Biblia de San Luis*, de la Catedral de Toledo, el Mapa de Juan de la Cosa, del Ministerio de Marina, y algunas otras obras de arte.

El señor Álvarez de Sotomayor se hizo cargo de esta ingente riqueza artística, que había que trasladar a otro edificio cedido por el Ayuntamiento antes de enviarla a España. Organizó con una selección de las obras del Museo del Prado una exposición, para la que fué cedido el magnífico local del Museo de Arte e Historia, desalojado íntegramente para este objeto.

Todo se llevó a efecto con éxito y con la ayuda del señor Bejarano, agente oficioso del Ministerio de Estado. En dos trenes, uno de 22 unidades y otro de 16, salió para España y llegó felizmente todo aquello que no había de figurar en la exposición. Ésta se celebró con un éxito del que es muestra una colección de 3.000 artículos que, debidamente encuadernados, regaló la Oficina de Turismo del Ayuntamiento de Ginebra al Museo del Prado, en donde se conserva. Cerca de medio millón de personas visitaron la exposición en los tres meses que duró: junio, julio y agosto, y el turismo fué tan crecido que Ginebra y, en general, Suiza se salvaron de la gran crisis que el peligro de la inminente guerra había creado. El «Times», de Nueva York, afirmó que la exposición de las obras maestras del Museo del Prado era el acontecimiento más importante del año.

Ya declarada la guerra, salieron los cuadros del Museo el día 3 de septiembre, atravesando el sur de Francia en plena lucha y tardando tres días desde Suiza a Irún. Hay que reconocer la ayuda desinteresada y eficaz del Gobierno francés, que cuidó del convoy, guardado siempre por fuerzas armadas, con toda eficacia.



Don José Castán Tobeñas nació el 11 de julio de 1889 en Zaragoza, estudiando la carrera de Leyes en su universidad y obteniendo premio extraordinario en la Licenciatura. Se doctoró en la de Madrid, obteniendo premio extraordinario con su tesis «La crisis del matrimonio».

Desempeñó en la universidad de Madrid el cargo de profesor auxiliar de la Facultad de Derecho y el de encargado del Museo-laboratorio que en dicha universidad había fundado el ilustre decano Ureña. Obtuvo por unanimidad la Cátedra de Derecho civil de la universidad de Murcia, de donde pasó a la de Barcelona y de ésta a la de Valencia, desempeñando en esta universidad los cargos de bibliotecario de la Facultad de Derecho y de decano de la misma.

En Valencia ocupó el cargo de presidente de los Comités Paritarios de la Construcción Mueble (después Jurados Mixtos) y también el de director de la Escuela Social. En 1933 se le nombró magistrado del Tribunal Supremo. En 1945 fué nombrado presidente del mismo. Fué vicepresidente del Consejo de Trabajo. En 1939 desempeñó, durante unos meses, la Cátedra de Derecho civil en la universidad de Zaragoza, pasando en seguida nuevamente a la Sala de lo Civil del Tribunal Supremo.

Es presidente de la Comisión general de Codificación, consejero del Reino, académico vicepresidente de la Real de Jurisprudencia y Legislación y académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas. Desempeña la presidencia del Instituto Español de Derecho Procesal. Llevó la presidencia del Comité Español de Derecho Comparado y actualmente desempeña la de la Asociación Española de Ciencias Jurídicas y Derecho Comparado, incorporada a la Organización Internacional (U.N.E.S.C.O.) y la del Comité Español de Derecho Comparado y del Comité del Congreso Internacional de Derecho Comparado de Barcelona. Es consejero de honor del Consejo S. de Investigaciones Científicas, presidente honorífico de sección de la Academia de Doctores, miembro del Instituto Internacional de Derecho Comparado Latino y Americano (Buenos Aires), miembro de la Société de Legislation Comparée, miembro efectivo del Centro italiano di studi giuridici (Milán) y miembro del Instituto Argentino de Filosofía Jurídico-Social.

Dirige la centenaria «Revista General de Legislación y Jurisprudencia».

Está en posesión de la Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort, de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, de la Gran Cruz de Isabel la Católica y de la Gran Cruz de la Orden de Lanuza (Cuba). Recientemente ha sido nombrado doctor

honoris causa de la universidad de Puerto Rico y se le ha concedido el premio de Derecho civil de la «Fundación Juan March».

BIBLIOGRAFIA

Como publicista, su obra más conocida es *Derecho civil español, común y foral*, de la que está en curso de publicación la novena edición. Entre otras, pueden, además de *La crisis del matrimonio*, anteriormente mencionada, recordarse las siguientes obras y trabajos: *La sucesión del cónyuge viudo y el problema de las legislaciones forales* (1915). *La socialización del Derecho* (1915). *La sucesión abintestato del hijo adoptivo* (1916). *Sobre algunas reformas del Código civil en la Isla de Cuba* (1917). *El Derecho foral de Galicia* (1917). *Bibliografía crítica: El momento actual en la literatura del Derecho civil* (1918). *Sucesión intestada. Sobreenseñanza del Derecho* (1919). *¿Es renunciable la enfiteusis?* (1919). *De pedagogía jurídica* (1919). *El "modo" en los actos jurídicos* (1918, 1919 y 1921). *Derecho civil español foral y de la zona del Protectorado de Marruecos* (1922). *El Derecho foral en Aragón. Observaciones al proyecto de apéndice* (1924). *El nuevo Código mejicano* (1929). *El Derecho laboral. Apuntes para su construcción científica* (1929). *El disenso unilateral y sus límites en el contrato de trabajo* (1929). *Alrededor de la distinción entre las sociedades civiles y las comerciales* (1929). *Dogmática de la sociedad de gananciales. Efectos de la renuncia a los gananciales efectuada por uno de los cónyuges o sus herederos* (1929). *Programa-plan de elementos de Derecho y guía bibliográfica para el estudio de esta asignatura en la Escuela Social de Valencia* (1930). *Instituciones de Derecho civil. Introducción y parte general* (1930). *Los sistemas sociales contemporáneos y sus direcciones convergentes* (1931). *Hacia un nuevo Derecho civil* (1933). *Jurisprudencia (civil y mercantil) del Tribunal Supremo (años 1920 a 1933)*. *Derecho civil foral* (1932). *Apéndice* (1935). *Conflictos y litigios del trabajo. La legislación de jurados mixtos* (1936). *Orientaciones modernas en materia de Fuentes del Derecho privado positivo* (1936). *En torno al Derecho natural. Esquema histórico y crítico* (1940). *El concepto del Derecho subjetivo* (1940). *El derecho de representación en la sucesión lineal del artículo 811 del Código civil* (1940). *El Derecho social. En torno a los diversos criterios de definición y valoración de esta nueva categoría jurídica* (1941). *El derecho de representación y mecanismos jurídicos afines en la sucesión testamentaria* (1942). *Derecho civil* (1941-43). *En torno a la función notarial* (1946). *Función notarial y elaboración notarial del Derecho* (1946). *La actividad modificativa o correctora en la interpretación e investigación del Derecho* (1946). *Abogacía y cultura* (1946). *La idea de la Justicia en la tradición filosófica del mundo occidental y en el pensamiento español* (1946). *Aplicación y elaboración del Derecho. Esquema doctrinal y crítico* (1944 a 1947). *La noción del Derecho a través de los sistemas filosóficojurídicos tradicionales y modernos* (1947). *En torno al sentido jurídico del pueblo español* (1948). *La idea de equidad en las letras españolas* (1949). *El Derecho y sus rasgos a través del pensamiento español, clásico y moderno, popular y erudito* (1949). *La idea de equidad y su relación con otras ideas, morales y jurídicas, afines* (1950). *La equidad y sus tipos históricos en la cultura occidental europea* (1950). *Poder judicial e independencia judicial* (1951). *Derechos de la personalidad. La formulación judicial del Derecho y el arbitrio de equidad. Teoría del patrimonio. Ordenación sistemática del Derecho civil. La condición social y jurídica de la mujer. Las instituciones protectoras de la familia y de su propiedad. Los derechos subjetivos. Los problemas civiles de la "inseminatio artificialis".*

Ha publicado, además, en colaboración numerosas obras y colaborado en diversas revistas jurídicas, habiendo estado encargado de la sección de Jurisprudencia civil (notas críticas) de la «Revista de Derecho Privado» durante los años 1920 a 1933.

CARTA DE LAS REGIONES: GALICIA

Galicia vive un momento de intensa inquietud cultural. Su cultura está informada por sus características geográficas. Las cuatro provincias son esencialmente agrícolas, con un régimen de minifundios. Las tres bases de la riqueza gallega son: la agricultura, la ganadería y la pesca. Pero, por el alto índice demográfico, estos recursos son insuficientes. Y los gallegos buscan otros campos de producción: por una parte, la emigración a América; por otra, la acertada iniciativa de la industrialización.

Las características económicas de Galicia, que tanto pesan en el nivel español de producción, influyen, indudablemente, en su movimiento cultural. Las villas y las pequeñas ciudades son focos importantes de impulso artístico y literario. Las ciudades más populosas, como Vigo y La Coruña, se preocupan de todas las manifestaciones del espíritu. Santiago de Compostela es la capital universitaria, con una larga tradición cultural en todos los aspectos. Santiago es una ciudad monumental abierta al campo, que, cada semana, en los días de mercado, se llena del rumor de las gentes labradoras y de los productos de la tierra. Además, un gran contingente de estudiantes procede de los medios rurales. Por eso el arte y la literatura gallegos llevan unas profundas raíces de la tierra, que le dotan de una recia personalidad, sin restarles su carácter universal.

La cultura gallega pasa por un momento de revitalización; es una auténtica realidad dentro del ámbito peninsular. Al lado de los escritores consagrados antes de la guerra, crea su mensaje una generación joven de poetas, narradores, ensayistas e investigadores.

Es importante, sobre todo, la revalorización de nuestra cultura a través del ensayo. En los últimos años se publicaron libros significativos de este género, en gallego y castellano: *Por os vieros da saudade,* de Otero Pedrayo; *Cos ollos do noso esprito* y *Galicia no espello,* de Fernández del Riego; *Sete poetas* y *Aportaciones a la literatura gallega contemporánea,* de Ricardo Carballo Calero; los libros de Emilio González López, publicados en América; los estudios de Gamallo

Fierros, Filgueira Valverde y Carlos Martínez Barbeito; la *Poesía gallega contemporánea,* de Ramón González Alegre...

Tampoco podemos olvidar la constante labor de Victoriano García Martí, que en múltiples artículos y libros trata, con inconfundible finura y acierto, de diversidad de asuntos gallegos.

Entre los jóvenes escritores hay una decidida preocupación por revalorizar la cultura gallega con un sentido nuevo, moderno, ampliamente europeo. En este aspecto ocupan un primer plano Domingo García Sabell y Ramón Piñeiro, autores de agudos ensayos interpretativos de aspectos de la cultura gallega.

La labor investigadora.

La labor investigadora gallega está impulsada hoy por un grupo de escritores empeñados en la misión de abrir nuevos horizontes al pasado del país. Al lado de los consagrados que colaboraron en las revistas «Nos» y «Arquivos», surgen jóvenes estudiosos en el campo de la Historia, la Arqueología, la Prehistoria, la Literatura...

Esta investigación está encauzada por varias revistas: «Cuadernos de Estudios Gallegos», los Boletines de la universidad y de la Real Academia y los Boletines de Monumentos de Orense, Pontevedra y Lugo.

Destacan por su laboriosidad dentro de este campo: en Arqueología e Historia del Arte, don Jesús Carro, don Ángel del Castillo, Chamoso Lamas, José Manuel Pita Andrade... En Historia, don Paulino Pedret, Portela Pazos, Manuel Fernández, Fernández Pousa, Ángel Rodríguez González... En Prehistoria, López Cuevillas y Monteagudo. En Geografía, Antonio Fraguas y Río Barja. En Folklore, Ramón y Fernández Oxea, Bouza Brey y Lorenzo Fernández. En Filología, Moralejo Laso, Aníbal Otero y Aquilino Iglesia Alvariño...

Los estudios literarios tienen una serie de cultivadores. Falleció hace un año el autor del amplio *Diccionario biobibliográfico de escritores,* don Antonio Couceiro Freijomil. Filgueira Valverde sigue investigando sobre los cancioneros medievales. Fernández del Riego, Ogando Vázquez y José Luis Varela tienen publicados interesantes trabajos. Evaristo Correa Calderón alterna los temas gallegos con su dedicación crítica a significativos temas de la literatura española. Dionisio Gamallo Fierros, con su portentosa erudición, es sin duda el más asiduo investigador de las letras gallegas, sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX.

Dentro de este campo de la investigación y del ensayo contamos

con los profesores que en Madrid son avanzada de la cultura gallega: don Francisco Javier Sánchez Cantón, don Santiago Montero Díaz y don Manuel Fraga Iribarne, sin olvidar, por su naturaleza de coruñés, la relevante figura de don Ramón Menéndez Pidal.

La investigación gallega está orientada principalmente por el Instituto «Padre Sarmiento», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que continúa la labor del Seminario de Estudios Gallegos y agrupa a los mejores investigadores. En sus «Cuadernos de Estudios Gallegos», que aparecen cada cuatro meses, se publican trabajos monográficos sobre Literatura, Prehistoria, Arqueología e Historia. Aparecen, también periódicamente, los anexos de «Cuadernos» y obras fundamentales, como el *Códice Calixtino,* en su texto latino y versión castellana, y la *Historia de la Universidad de Santiago,* de Cabeza de León.

Recientemente se creó, también en Santiago, el Centro de Estudios Jacobeos, patrocinado por el cardenal arzobispo doctor Quiroga Palacios, e igualmente dependiente del Consejo. Cuenta con numerosos colaboradores e inició ya su labor investigadora.

La actividad editorial.

Para encauzar el auténtico resurgir literario, funcionan actualmente varias editoriales en las principales ciudades gallegas.

En Santiago, aparte las publicaciones de la universidad y del Instituto «Padre Sarmiento», están en plena actividad dos editoriales: Porto y Bibliófilos Gallegos.

La Editorial Porto mantiene varias colecciones. La «Galaica», en la que van publicados los manuales *La pintura gallega,* de Couselo Bouzas; *Santiago de Compostela y sus monumentos,* de Filgueira Valverde; *Geografía de Galicia*, de Antonio Fraguas; *Civilización céltica en Galicia,* de López Cuevillas; *Historia de la literatura gallega* y *Poetas gallegos*. En la serie «Grandes Obras» aparecieron la *Historia compostelana* y las *Memorias del arzobispado de Santiago,* del cardenal Hoyo, de comienzos del XVII.

Publica la Colección de «Escritores Jurídicos» con obras significativas en la materia, como *Introducción histórica al Derecho romano,* de Julius Wolff; *Proceso y forma* y *Teoría del fraude en el proceso civil,* de Lois Estévez; *Estudio sintético del derecho de Arrendamiento,* de Bonet Correa. También en la Colección «Aula y Ciencia» encontramos títulos de extraordinario interés, como la *Astronomía a simple vista,* de Ramón Aller Ulloa, e *Introducción al estudio de la físico-química,* de Otero Aenlle.

La Editorial Porto publicó últimamente los libros de gran éxito *Apariciones en Galicia*, de José María Castroviejo, y *Brasil, la gran potencia del siglo XXI*, de Meijide Pardo. También inició la colección «Siete Estrellas», de obras maestras de la literatura poco difundidas en ediciones populares, con estudios preliminares sobre la obra y el autor. Aparecieron recientemente: *Don Álvaro o la fuerza del sino*, del duque de Rivas, y *El clavo, La buenaventura* y *La comendadora*, de Pedro Antonio de Alarcón, y están en prensa la *España defendida* y *Opúsculos festivos*, de Francisco de Quevedo.

Bibliófilos Gallegos mantiene sus tres colecciones. En la «Biblioteca de Galicia» publicó varios volúmenes interesantes, entre los que debemos destacar *Camiños no tempo*, de Ramón Cabanillas; *Monografías de Santiago*, de Neira de Mosquera; *Macías, el enamorado* y *Juan Rodríguez del Padrón*, de Carlos Martínez Barbeito; *Novelas gallegas*, de López Ferreiro; la edición de la obra inédita de la mística gallega del siglo XVIII, sor María Antonia de Jesús, seguidora de la doctrina de Santa Teresa. La Colección «Obradoiro» divulga en breves monografías los tesoros artísticos de la región. Se inició con *El pórtico de la gloria*, de Ángel del Castillo, al que siguieron *El Museo de Pontevedra*, de Sánchez Cantón; *Industrias de Sargadelos*, de Filgueira Valverde; *Monforte de Lemos*, de Pita Andrade; *El pintor Sotomayor*, de Sánchez Cantón, y *Monasterios cistercienses*, de Torres Balbás. Y, por último, la Colección «Bibliófilos», con las ediciones facsímil de *La descripción del reyno de Galicia*, del licenciado Molina y las *Exequias de la Reyna Margarita*, interesante antología poética del siglo XVII, con una introducción de Rey Soto.

En Vigo desarrollan una amplia labor «Galaxia» y «Monterrey». La Editorial «Galaxia», creada en 1950, viene encauzando varios aspectos de la cultura gallega. En volúmenes sucesivos de su Colección «Grial», los mejores escritores del momento colaboraron con interesantes ensayos en torno a estos temas: *Presencia de Galicia, Pintura actual de Galicia, Presencia de Curros y doña Emilia, Aspectos económicos y jurídicos, Rosalía, La Saudade* y *Paisaxe e cultura*.

También publica «Galaxia» manuales de divulgación: *Historia de Galicia*, de Vicente Risco, e *Historia de la literatura gallega*, de Fernández del Riego. Antologías poéticas. Monografías de arte, sobre *Colmeiro*, estudiado por Antonio Bonet; *Luis Seoane*, por García Sabell, y *Maside*, por Cunqueiro. Y libros de creación de la importancia de *Por os vieiros da saudade*, de Otero Pedrayo; *Contos a caron do lume*, de Ángel Fole; *Os vellos non deben namorarse*, de Castelao, y recientemente *Merlín e familia*, del admirable prosista Álvaro Cunqueiro.

«Monterrey», por su parte, publica tres colecciones, en las que aparecieron libros de indudable valor literario. Reediciones como *El buho gallego*, del séptimo conde de Lemos. Libros poéticos: *Roseira do teu mencer*, de José María Álvarez Blázquez. Obras de teatro: *O desengano do prioiro*, de Otero Pedrayo. Las narraciones *Adrómenas*, de Fernández Oxea, y *Nasce um arbore* y *Memorias de Tains*, dos libros que son la revelación de un escritor joven y excepcional: Gonzalo R. Mourullo.

En La Coruña realiza su labor la Editorial Moret, con su Colección de «Escritores Gallegos». Entre sus libros publicados destacan las novelas *La vocación de Adrián Silva*, de Otero Pedrayo, y una biografía de Curros Enríquez por Celso Emilio Ferreiro.

Actividades artísticas.

El movimiento artístico es también significativo. Buenos pintores y escultores gallegos realizan por el mundo una obra expresiva, en la que afloran siempre las raíces de la tierra.

Carlos Maside trabaja en Santiago. Colmeiro, en París. Luis Seoane y Laxeiro, en Buenos Aires. Álvarez de Sotomayor y Castro Gil, en Madrid. Juan Luis, en Barcelona. Prego de Oliver, en Orense. Julia Minguillón, en Vigo. Y al lado de los pintores consagrados, un grupo de jóvenes, de distinta tendencia, exponen y se abren paso en La Coruña, El Ferrol del Caudillo y Vigo.

La escultura tiene también significativos representantes: el maestro Asorey, con sus grandes obras, y el joven orensano Failde Gago.

Es importante la actividad musical, impulsada por las sociedades filarmónicas de La Coruña, El Ferrol del Caudillo, Santiago y Pontevedra. Y los grupos de teatro universitario están realizando una magnífica labor con la lectura y representación de significativas piezas dramáticas españolas y extranjeras.

Ciclos de conferencias.

Entre las manifestaciones culturales de las cuatro provincias gallegas destacan también las conferencias. En las ciudades y villas importantes se organizan con frecuencia ciclos de extensión cultural.

En el pasado mes de marzo el Seminario de Estudios Internacionales «Álvaro Pelayo» celebró una semana de conferencias con la intervención de los catedráticos don Álvaro d'Ors, Barcia Trelles, García Arias, Legaz Lacambra y Sela y Sampil. La Sociedad de Santa Ce-

cilia, de Marín, inició su cursillo anual de extensión cultural. En La Coruña se celebró el centenario del Circo de Artesanos con una magistral conferencia del doctor García Sabell, que estudió el tema «Europa desde Galicia», destacando cómo el espíritu gallego está siempre abierto a la cultura europea.

A través del pasado mes de abril se desarrolló en Santiago un cursillo de divulgación organizado por la Unión Protectora de Artesanos y en el que participaron los mejores conferenciantes de la ciudad. También se inició un ciclo en el Colegio Mayor de los Padres Franciscanos con disertaciones del catedrático de Filosofía don Carlos París Amador, sobre el tema «Existencialismo y Cristianismo», y del doctor Bouza Brey, sobre «Los Piedras, grabadores compostelanos del siglo XVIII».

El centenario de Menéndez Pelayo.

Quiero referirme también en particular en esta crónica a la celebración del centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez Pelayo. La Delegación de Información y Turismo de La Coruña organizó un ciclo de conferencias. Fué inaugurado por el delegado provincial y catedrático de Literatura del Instituto de la ciudad herculina, don Francisco Serrano Castilla, que hizo un estudio de la vida del notable polígrafo santanderino y un análisis acertado de sus obras y de sus ideas.

La universidad compostelana se sumó a este centenario, organizando también un cursillo de conferencias. Fué inaugurado en el Salón Artesonado de Fonseca con una magnífica conferencia del catedrático de Literatura, doctor don Enrique Moreno Báez. El doctor Moreno Báez habló de «La lección de Menéndez Pelayo» y destacó la amplitud de criterio de don Marcelino para admitir doctrinas distintas, para enjuiciar con justicia a los escritores heterodoxos, para aprovechar todo lo significativo que aparezca en la filosofía contemporánea, y terminó su documentada y brillante disertación diciendo que «el españolismo que le lleva a la exaltación de todos los valores que España ha producido es la mejor lección del autor de *La ciencia española*».

El profesor Moreno Báez pronunció también tres conferencias en el Seminario de Literatura de la Facultad de Filosofía sobre los temas «Menéndez Pelayo y la españolidad», «Menéndez Pelayo y la literatura española» y «Menéndez Pelayo y las luchas políticas de su tiempo», con lo que completó el estudio de la personalidad de don Marcelino en sus distintas facetas.

También el catedrático de Derecho Canónico, don Paulino Pedret Casado, contribuyó a este homenaje con una magnífica disertación sobre la vida, la labor docente y la producción literaria de uno de los maestros del autor de los *Heterodoxos*, don Gumersindo Laverde Ruiz.

LAS FIESTAS MINERVALES.

Desde hace un par de años se están haciendo revivir los viejos certámenes literarios universitarios conocidos en los siglos XVI y XVII con el nombre de Fiestas Minervales. Este año revistieron gran esplendor. Se convocó un certamen literario en prosa y verso dotado con importantes premios. Y el día de Santo Tomás los poetas galardonados leyeron sus poemas en una brillante fiesta en el Hostal de los Reyes Católicos ante la reina de los Juegos Florales, señorita Ana María Charro, y su corte de honor. Actuó de mantenedor el director del Museo e Instituto de Pontevedra, don José Filgueira Valverde, que pronunció un bello discurso sobre los viejos certámenes literarios, sobre las características de la lírica galaica, la misión de la universidad y el diálogo de las generaciones.

En el certamen resultaron premiados: en ensayo, José Manuel López Nogueira. En cuento, Gonzalo R. Mourullo y José Luis Méndez Ferrín. En poesía castellana, Ángel Blanco Losada y José Franco Grande. En poesía en gallego, José Luis Méndez Ferrín, Franco Grande y Ramón Lorenzo Vázquez.

LOS CURSOS DE VERANO.

La universidad compostelana organiza cada año los Cursos de Verano para Extranjeros. Dirige estos Cursos el catedrático de Literatura don Enrique Moreno Báez. Este año se inaugurarán el día 2 de julio con una conferencia del escritor don Francisco Luis Bernárdez, consejero de la Embajada de Argentina, y serán clausurados, el día 31 del mismo mes, por el subdirector del Museo del Prado y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Madrid, don Francisco Javier Sánchez Cantón.

Además de las lecciones prácticas de lectura, comentario de textos y conversación a cargo de profesores especializados, se desarrollarán los siguientes cursillos: «La novela del Siglo de Oro», por don Enrique Moreno Báez; «La novela del siglo XX», por don Alonso Zamora Vicente; «Fonética histórica española», a cargo de don Abelardo

Moralejo Laso; «La lírica del XVIII», por don Emilio Alarcos Llorach; «El pensamiento español contemporáneo», por don Carlos París Amador; «Literatura medieval española», por don José Filgueira Valverde; «Prehistoria e historia antigua de España», por don Carlos Alonso del Real; «Historia medieval», por don Antonio Ubieto; «Historia moderna», por don Ángel Rodríguez González; «Historia contemporánea», por don Francisco Río Barja; «Geografía ibérica», por don Ramón Otero Pedrayo; «Arquitectura española» por don José M. Azcárate; «Escultura española», por don José Hernández Díaz; «Pintura española», por don Juan Antonio Gaya Nuño; «Arte compostelano», por don Ramón Otero Túñez.

Se pronunciarán, además, las siguientes conferencias: «El concepto de Galicia en la historiografía del siglo XIX», por don Santiago Montero Díaz; «El folklore gallego», por don Fermín Bouza; «La moderna poesía gallega», por don Aquilino Iglesia Alvariño; «La novela romántica española», por don Benito Varela; «El mar en la vida y en la literatura gallegas», por don José. M. Castroviejo.

La orientación cultural del curso se completa con conciertos, secciones de cine y excursiones a las más importantes zonas monumentales y pintorescas de Galicia: Betanzos, La Coruña, monasterio de Osera, Orense, Noya, Finisterre, Muros, monasterio de Sobrado, Lugo, La Toja, Vigo, Pontevedra...

* * *

Para completar esta crónica cultural de Galicia, meramente informativa, tendríamos que hacer un balance de la profusa aportación de la novela y la poesía en los últimos años, pero el volumen de la producción literaria gallega podemos comprobarlo a través de las notas bibliográficas del doctor Fernández Pousa, publicadas en estas páginas de ARBOR [1].

BENITO VARELA JÁCOME

---

[1] Véase *Diez años de lengua y literatura gallegas.* ARBOR núms. 117-118, septiembre-octubre, 1955; págs. 184-200.

NOTICIARIO ESPAÑOL DE CIENCIAS Y LETRAS

Como ya habrán observado nuestros lectores al examinar, en la cubierta del número del pasado mes de abril, la composición de nuestro Consejo de Redacción, el excelentísimo señor don **José María Otero Navascués ha cesado en el cargo de director de ARBOR.** Debido a las muchas e importantes tareas que tiene encomendadas, el señor Otero se había visto obligado prácticamente a renunciar a la dirección de la revista desde el mes de diciembre último, fecha en la que dejó de participar de una forma activa en su elaboración y de presidir sus Consejos de Redacción. El señor Otero ha solicitado que se le relevara de este puesto, en el que tantas y tan valiosas muestras ha dado de laboriosidad, comprensión e inteligencia. La importante labor que realiza en la Junta de Energía Nuclear absorbe por completo su tiempo y es ella la causa de que no pueda ocupar ya la dirección de ARBOR y de que haya debido abandonar también el servicio activo en la Marina española y la dirección del L.T.I.E.M.A.

La Redacción de ARBOR cumple estrictamente un deber de justicia haciendo pública manifestación de gratitud a quien hasta hace poco la ha dirigido; las dotes personales del señor Otero han encontrado en ARBOR una ocasión más, entre otras muchas, de ejercitarse con inteligencia y eficacia. Gracias a él, la revista ha intensificado ampliamente en sus páginas, con dignidad y actualidad, las colaboraciones sobre temas científicopositivos y técnicos y ha dado un paso importante hacia la consecución del fin para que fué creada: ser verdadero órgano de expresión del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y fiel reflejo del estado actual de la ciencia española.

De la dirección de ARBOR se ha hecho cargo el excelentísimo señor don José Ibáñez Martín, cuya personalidad, por suficientemente conocida, exime de todo comentario. Bajo su dirección, y con el favor de nuestros lectores, quienes hacemos ARBOR mantenemos el deseo y la esperanza de cubrir dignamente una etapa más de un camino ya largo.

* * *

Entre los **trabajos italianos sobre temas españoles** publicados recientemente se encuentran los siguientes: un interesante estudio sobre Menéndez Pelayo, obra del P. O. Mondrone, en «La Civiltà Cattolica» de enero de este año; un libro de César Martinell sobre Antonio Gaudí; otro de Carla Calvetti sobre *La fenomenologia della credenza in Miguel de Unamuno*; una selección de sonetos de Góngora, traducidos por Piero Chiara; otra traducción de *La perfecta casada*, de fray Luis de León, obra de Elena Milazzo, y un estudio de Lorenzo Giusso sobre Ortega y Gasset, publicado en «L'Osservatore Politico letterario», de Roma, en enero de este año.

Se dice también que el autor teatral Diego Fabbri —muy conocido hoy en España por el resonante éxito en nuestros teatros de sus obras *Proceso de Jesús* y *Pleito de familia*— se encuentra preparando, con ocasión del cuarto centenario de San Ignacio de Loyola, un drama sobre el mismo.

* * *

A comienzos de este año ha empezado a publicarse en Madrid una **nueva revista**, titulada «Augustinus», editada por los Padres Agustinos Recoletos. La nueva publicación aparecerá cada tres meses. El segundo número, correspondiente a los meses de abril-junio, publica estudios del recientemente fallecido filósofo italiano Luigi Stefanini y de Basave Fernández del Valle, Armas, Antonelli, Capánaga, Chaix-Ruy, Frutos, Rey Altuna y Rigobello. La Redacción de la revista se encuentra en Madrid, Cea Bermúdez, número 59.

* * *

En el **aula pequeña del Ateneo** de Madrid se han celebrado recientemente tres importantes cursos de conferencias. El profesor don José Muñoz Pérez trató del «Proceso descubridor del continente americano». En lugar de la tradicional exposición histórica, desarrolló el tema dibujando los grandes lineamientos geográficos americanos, mostrando cómo se va ampliando el horizonte espacial americano, entendiendo el espacio en su sentido geográfico (cuencas hidrográficas, litorales, cordilleras, corrientes, vientos, zonas de sequía, etc.). Examinó así el señor Muñoz Pérez no tanto el factor geográfico en la historia del descubrimiento como la sucesiva incorporación de los espacios geográficos vista desde tales espacios y examinando en cada uno de ellos la evolución histórica de su progresivo conocimiento.

«Los problemas del origen del hombre ante sus hallazgos fósiles»

ha sido el tema del cursillo desarrollado por don Martín Almagro Basch. Sus conferencias han versado sobre el origen del hombre en el cuadro de la biología y la geología, los monos fósiles, los austrolopithecidos, los pitecanthropidos, el sinanthropus Pekinensis, los hallazgos de pitecanthropidos en África y el hombre fósil en Europa.

En la misma aula ha profesado también un cursillo sobre «El concepto de la política» el rector de la universidad de Granada, don Luis Sánchez Agesta.

* * *

En la **Escuela de Funcionarios Internacionales** se han desarrollado recientemente dos importantes cursos de conferencias. Uno de ellos, sobre «Problemas de la función pública internacional», ha sido profesado por M. C. A. Colliard, decano de la Facultad de Derecho de Grenoble. El otro ha estado a cargo del profesor Barcia Trelles, decano de la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela, y ha versado sobre «Constantes históricas en la política internacional».

* * *

El 8 de abril tomó posesión de su plaza de académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando **don José Camón Aznar,** catedrático de Historia del Arte Medieval en la universidad de Madrid y director del Museo «Lázaro Galdiano». El discurso de ingreso del señor Camón versó sobre «La idea del tiempo en Bergson y el impresionismo»; le contestó en nombre de la corporación don Secundino Zuazo Ugalde.

* * *

Pensionados por el **Instituto de Estudios Africanos** (C.S.I.C.) han marchado a los territorios del África Occidental española el geólogo don Manuel Alía Medina y el pintor don Jenaro Lahuerta. En el mismo Instituto han pronunciado conferencias don Hermenegildo Altozano (sobre «El Patronato de indígenas de Guinea, institución ejemplar»), don Manuel Ferrandis (acerca de «Mujeres españolas en la historia de África») y don Alfonso de Sierra Ochoa, arquitecto de Tetuán. El 1 de marzo se inauguró la VII Exposición de Pintores de África.

Publicado por la misma institución, ha aparecido recientemente el

Cancionero del África Occidental española, vol. I: *Canciones juglarescas de Ifni*, obra de don Arcadio de Larrea Palacín.

* * *

A mediados de marzo se ha otorgado en Alicante el **premio «Oscar Esplá»**, de música, a la obra titulada *Homenaje a Walt Disney* (fantasía para piano y orquesta), original de Jesús Guridi. El premio, instituído por la Diputación Provincial de la ciudad levantina, está dotado con 25.000 pesetas.

* * *

En Valladolid se ha celebrado la **Primera Semana de Cine Religioso Español**, organizada por la Delegación Provincial de Información y Turismo de aquella capital y en la que han participado destacados elementos de nuestra cinematografía. Aparte otros actos, se proyectaron en el teatro Calderón de dicha ciudad algunas películas, entre ellas *Una cruz en el infierno*, *Cristo*, *La guerra de Dios* y *La mies es mucha*.

* * *

Entre las **conferencias recientemente dictadas en Madrid** pueden mencionarse como de especial interés las tres pronunciadas por el P. José Antonio de Laburu, S. I., en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sobre «Aspectos psicológicos del carácter de San Ignacio»; la de don Rodolfo Barón Castro, ministro consejero de la Embajada de El Salvador, sobre «El centroamericano como sujeto histórico», en el Seminario de Estudios Americanistas de la Facultad de Filosofía y Letras; la de don Antonio Fontán, en el Ateneo, sobre «Los tópicos y la opinión», correspondiente al ciclo de escritores periodistas organizado por dicha entidad, y las que sobre temas de historia y política de la Europa Oriental ha pronunciado en la Escuela Superior del Ejército el catedrático de la universidad de Madrid don Jesús Pabón. El 11 de abril se inició un ciclo de conferencias en homenaje a Su Santidad Pío XII; la disertación inaugural estuvo a cargo del catedrático de Metafísica don Ángel González Álvarez. El mismo día 11 de abril disertó en la «Fundación Pastor» el vicecanciller de la universidad de Londres, doctor F. L. Lockwood, acerca de «Los estudios clásicos en la educación y la vida moderna».

Invitado por la «Société de Chimie Biologique», el **profesor Lora Tamayo,** director del Instituto de Química «Alonso Barba», dió en París una conferencia sobre «La Química de la fosfatasa». En ella expuso los trabajos que viene desarrollando con sus colaboradores desde hace años. Una interesante discusión cerró el acto.

* * *

El 15 de abril la Real Academia de la Historia dió posesión de su plaza de número a **don Antonio Marichalar,** marqués de Montesa. El discurso de entrada del señor Marichalar versó sobre «Los descargos de Carlos V». En nombre de la Corporación le contestó su director, el excelentísimo señor don Agustín González de Amezúa.

* * *

Los actos más destacados del **Instituto Británico de Madrid** durante el pasado mes de abril fueron las conferencias del doctor J. F. Lockwood, vicecanciller de la universidad de Londres, sobre «The Universities and Modern Life», y de sir Ben Bowen Thomas, acerca de «Progress and Prospects in Secondary Education».

* * *

Recientemente ha sido fallado el concurso de trabajos convocado con motivo del **Centenario de San Agustín.** Los dos primeros premios, dotados con 35.000 pesetas cada uno, han sido concedidos a los trabajos «Augustinus Rhetor et Orator» y «Las dos dimensiones del hombre agustiniano», de los que son autores el reverendo P. José Oroz, O.R.S.A. y el reverendo P. Ramiro Flórez, O.R.S.A., respectivamente.

Se concedieron también los siguientes accésits, dotados cada uno con 15.000 pesetas: «Enchiridion cognitionis secundum D. Augustinus», de fray José Morán Fernández; «S. Agostino e la Immacolata Concezione», de Pietro Frua; «El hombre y su bidimensión: angustia y gozo», del P. Bernardo Bravo; «Deux essais de synthèse chez St. Augustin», del P. Gerard Istace, y «Die Geschichte des Augustin-Officiums "Laetare Mater Nostra Jerusalem"...», del P. Pancracio Langeveld. Se otorga un accésit de 5.000 pesetas al trabajo «El Pelegrí de la Ciutat de Deu», del presbítero don Andrés Caimari.

BIBLIOGRAFÍA

REBELIONES EN LA VENEZUELA DEL SIGLO XVIII

Se acusa dentro de la historiografía americanista, especialmente dentro de la cultivada por los propios hispanoamericanos, una mayor atención hacia los temas relacionados con los primeros momentos emancipadores. En algunas historiografías nacionales —concretamente la de Venezuela— la desproporción llega a ser manifiesta a favor de este período.

Un reflejo interesante de esta atención viene a ser el estudio de las distintas rebeliones que se fueron sucediendo a lo largo del XVIII. Su estudio ha sido constante, pero en esta última década cabe advertir cierta predilección por el tema entre los estudiosos. Igualmente, y en líneas generales, puede señalarse en la historiografía reciente un desplazamiento de interés. De la inicial desorbitación que consideraba a todos ellos como revoluciones emancipadoras fracasadas, y que llevaba en sus líneas más extremas a considerar a Lope de Aguirre como el autor de la Primera Acta de Independencia, se ha pasado a un análisis más sereno, donde se distingue entre los que son realmente movimientos independentistas y rebeldías de protesta ante una situación concreta.

Es cierto que un análisis profundo del XVIII indiano ayudará en gran medida a la comprensión de la Independencia. Pero para que ese análisis pueda ser rigurosamente objetivo y prácticamente aprovechable, hemos de acercarnos al siglo sin tener en cuenta el final, sin pretender encontrar en cada idea, en cada hecho, un germen de lo que va a suceder. La mayor proporción de los estudios que hasta ahora se han hecho sobre el XVIII en América se ha realizado partiendo de este *parti pris*. Es lógico, por tanto, pensar en la predilección que estos temas de rebeliones dieciochescas despierta en los estudiosos hispanoamericanos. Para los especialistas del XVIII tiene el interés de ver en la mayor parte de ellas la reacción frente a una estructura en trance de

reformas. Vienen, pues, una y otra dirección a complementarse en el acercamiento a la realidad.

El estado actual de la cuestión se encuentra bien dirigido. Nos hallamos próximos al conocimiento total y claro de esta parcela. Una de las series más interesantes dentro de las publicaciones del Instituto Panamericano de Geografía e Historia es la del Comité del Movimiento Emancipador, que publica tanto colecciones documentales como monografías de las distintas insurrecciones. A esta labor puede atribuírsele un papel de catalizador, ya que coetáneamente a su desarrollo una serie de investigadores de muy diversos grupos y equipos se han acercado a estos temas.

Existen ya publicados libros de conjunto sobre toda esta serie de acontecimientos [1]. Las más importantes rebeliones han estado y están recibiendo constantemente la atención de los estudiosos. Tal sucede con la de los Comuneros de Nueva Granada [2] o con la de Tupac Amaru [3], por citar tan sólo ejemplos muy característicos.

Convendría que desde España, a imitación del reciente ejemplo

---

[1] LINCOLN MACHADO RIBAS: *Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América*. Buenos Aires, 1940. VALCÁRCEL, DANIEL: *Breve Historia de las Rebeliones Indígenas en el siglo* XVIII. Lima, Edit. P.T.C.M., 1946.

[2] Objeto en el siglo pasado de los trabajos de SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER y MANUEL BRICEÑO, ambos colombianos, y, a principios de nuestro siglo, del español CAMACHO BAÑOS, sigue mereciendo la atención de los hispanoamericanos en estos últimos años. GERMÁN ARCINIEGAS: *Los Comuneros*. 1.ª edic., Bogotá, 1938 (última edición: Méjico, Edit. Guarania, 1951). PABLO E. CÁRDENAS ACOSTA: *Los Comuneros*. Bogotá, 1945. RAÚL DE LABOUGLE: *Historia de los Comuneros*. Buenos Aires, Imp. Coni, 1953. Tan sólo CAMACHO BAÑOS ha utilizado la documentación del Archivo de Indias en su breve obra. Prácticamente, la documentación española no ha sido utilizada a fondo en este caso, quedando importantes posibilidades de hallazgos al americanista que estudie dicha documentación a fondo.

[3] La bibliografía sobre Tupac Amaru es copiosísima, aunque la mayor parte de ella son divagaciones más o menos líricas. Se han publicado documentos en la «Colección de Angelis», vol. IV; en la «Revista de Archs. y Bibls. Nacs.», de Lima, vols. IV y V (1900-1901); en la «Col. Docs. Historia de España», t. LXXVI; en el «Bol. Bibliográfico» (Lima), t. XVII (1944), y en la revista limeña «Letras», año 1948. FRANCISCO A. LOAYZA ha destinado cuatro tomos de su colección «Los pequeños grandes libros de historia americana» (Lima, 1943-1948) a reproducir documentos coetáneos. El único estudio español hecho directamente sobre la rebelión es el breve folleto de JOAQUÍN GARCÍA NARANJO: *Sublevación de Tupac Amaru en el Perú*. Sevilla, 1912. Las monografías más recientes e importantes son, sin duda, la de BOLESLAO LEWIN: *Tupac Amaru, el Rebelde. Su época, sus luchas y su influencia en el Continente*. Buenos Aires, Edit. Claridad, 1943; la de DANIEL VALCÁRCEL: *La rebelión de Tupac Amaru*. Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1947, y la apasionadamente indigenista obra de JORGE CORNEJO BOURONCLE: *Tupac Amaru. La Revolución precursora de la emancipación continental*. Cuzco, Universidad Nacional, 1949. La documentación española está prácticamente intacta para el estudioso.

de Morales Padrón [4], se abordase este estudio. El interés se halla en el importante hecho de que en España se conservan los procesos a que dieron lugar. Y es ésta una fuente de primer orden para su esclarecimiento.

En una monografía publicada hace unos años, Guillermo Céspedes [5] revelaba, incidentalmente y con documentos, la posible y real interpretación de la revuelta de Tupac Amaru. Desde mucho antes se intuía que no era posible contar a Tupac Amaru como un precedente emancipador [6]; pero los datos aportados por el profesor Céspedes, con otra intención de finalidad en su monografía, venían a revelar que, a pesar de lo abundantemente escrito sobre la figura y el movimiento, la documentación española podía ser extraordinariamente útil y esclarecedora.

Estos recuerdos y reflexiones nos rodean al terminar de leer en estos días dos libros aparecidos recientemente [7]. Ambos tienen una serie de puntos de contacto e igualmente otra serie de puntos de divergencia. Ambos están hechos sobre dos rebeliones venezolanas del XVIII y han utilizado fundamentalmente los legajos de los dos procesos que se conservan en el Archivo de Indias. Hasta aquí lo común. Todo lo demás es distinto, como lo son también, en definitiva, las dos rebeliones.

La de Juan Francisco de León ocurre en los años 1749-1752, en la misma mitad del siglo. La de Picornell, Gual y España, en 1797, en los finales. La primera es una protesta contra el monopolio comercial de la Compañía de Caracas. La segunda es un claro proyecto fracasado de emancipación. Entre ellas existe una indudable conexión soterraña. Son distintos frutos del tiempo. Cuando Morales Padrón intenta fijar en una frase la significación real del movimiento de Juan Francisco, se encuentra con que hay una contradicción en el

---

[4] FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Rebelión contra la Compañía de Caracas.* Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955; 144 págs.

[5] GUILLERMO CÉSPEDES: *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata.* Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1946; especialmente páginas 149-155 y 193.

[6] JORGE BASADRE: *Perú: problema y posibilidad.* Lima, 1931; págs. 190-191. En el caso del Perú la tendencia desorbitadora de estos movimientos precursores se nos aparece con toda claridad. Hasta diecisiete conspiraciones y rebeliones enumeran URTEAGA y VALEGA entre 1805 y 1819 (*La guerra de la Emancipación y la organización constitucional en el Perú hasta 1827*; en *Historia de América,* dirigida por RICARDO LEVENE, Buenos Aires, 1940, t. VI, págs. 86-95). La mayor parte son motines o recelos de las autoridades.

[7] El ya citado de FRANCISCO MORALES PADRÓN y el de CASTO FULGENCIO LÓPEZ: *Juan Picornell y la Conspiración de Gual y España.* Biblioteca de Escritores Venezolanos, volumen XIII, Caracas-Madrid, Edic. Nueva Cádiz, 1955; 440 págs.

seno de la revuelta. «Fueron democráticas y monárquicas —escribe en la página 29—, o, lo que es lo mismo, tuvieron afán de hacer valer los anhelos del pueblo y no fueron contra el rey.» El fracaso se halla precisamente en esto. «Porque no se podía ir contra la Compañía (página 30), puesta por el rey, y al mismo tiempo hacer protestas de fidelidad a la Corona.»

Ese paso que quedaba por dar se dará ya en la conspiración de Gual y España, claramente influída por la ideología revolucionaria. Pero, en este sentido, pese a su carácter de protesta concreta, cabe advertir una condición de antecedente en la rebelión de Juan Francisco : la de ser el primer paso de un proceso.

Varias aportaciones destacan en la obra de Morales Padrón. Hasta ahora la rebelión no había sido estudiada. Tan sólo el Instituto Panamericano había publicado en 1949 un volumen con el título de *Documentos relativos a la insurrección de Juan Francisco de León*. En este volumen se recogían los documentos conservados en el Archivo Nacional de Caracas. Morales ha manejado los del Archivo de Indias, que vienen a completar y esclarecer el conocimiento total de la cuestión con la aportación de una serie de hechos interesantes. Nos viene a reafirmar en la idea anteriormente apuntada de la necesidad de colaborar desde España en esta dirección tan interesante para la historiografía hispanoamericana. Es por esto por lo que creemos adivinar un sentido de cooperación intelectual y una preocupación por llegar a metas comunes en la misma dedicatoria del libro : «A mis amigos de América.» El libro de Morales es, en primer término, la primera monografía que se escribe sobre esta insurrección.

Hasta ahora había merecido la atención incidental de los que se habían acercado a estudiar la labor de la Compañía Guipuzcoana de Caracas (Soraluce, Hussey, Basterra...) o la evolución económica venezolana en el XVIII (Arcila Farias). Nadie había trazado la gestación del movimiento ni su desarrollo temporal hasta llegar a Morales Padrón. De aquí, del estudio directo, una serie de aportaciones importantes : su carácter espontáneo ; la figura de Juan Francisco como un caudillo llevado, arrastrado ; la participación velada de las clases dominantes y callejera de los pequeños contrabandistas ; la rectificación de la interpretación de Basterra que planteaba el problema como una oposición entre las gentes del Norte —vascos— y del Sur —canarios—, centrando Morales el hecho de la discrepancia en unos móviles fundamentalmente económicos. Esto es quizá lo más destacado.

En el libro de Casto Fulgencio López vuelven a aparecer de nuevo, entre los conspiradores de 1797, vascos y canarios. Mirando hacia el futuro, Morales, en uno de los pasajes de su obra (página 89), insinúa

que la creación de una clase directora, educada, que terminará llevando a la Independencia, es precisa y paradójicamente obra de la Compañía. En el libro de López se ve que son precisamente vascos o relacionados con vascos las principales figuras de la conspiración. La principal aportación de este libro es precisamente la revalorización que en él se hace de la figura del mallorquín Juan Mariano Picornell. Hasta ahora esta conspiración ha sido conocida siempre con el nombre de «conspiración de Gual y España», por el caudillaje de estos dos guaireños, José María España y Manuel Gual. Casto F. López convierte a la pareja en un trío. Tras su libro se debe hablar de la «conspiración de Picornell, Gual y España». El libro viene a ser una biografía de Picornell desde su historia peninsular de maestro de primeras letras, saturado de las nuevas ideas pedagógicas, y de conspirador fracasado (la conspiración republicana de San Blas, en el Madrid de 1795), hasta su muerte en Cuba, en 1825, después de haber obtenido el perdón de Su Majestad. En medio —la parte más importante del volumen—, su llegada a la cárcel de La Guaira, en cumplimiento de una condena por su intentona revolucionaria de 1795, su relación con el Grupo España y su condición de maestro doctrinario de la insurrección venezolana. Por otro lado, el libro viene a ser un estudio detallado y externo de todo el proceso de la conspiración hasta su fracaso; y de la labor por reavivarla de nuevo hecha por los tres desde sus exilios antillanos. La historia contada es pura historia externa. Está hecha estructurando cronológicamente los datos recogidos en las declaraciones del proceso. Con ellos se ha reconstruído todo el hilo de la conspiración. Aunque utilizando una importante base documental, la narración se ha hecho con resortes literarios. Se han eliminado totalmente las notas de pie de página, aun cuando el agregado documental y la referencia de los testimonios de investigación, con un resumen de los expedientes de cada legajo consultado, permiten al especialista tener una idea de la calidad de cada fuente. Hasta ahora, esta conspiración había merecido la publicación de una serie documental por parte del Instituto Panamericano. Al igual que en el caso anterior, se recogieron documentos del Archivo Nacional de Caracas. Igualmente y por el mismo Instituto se había editado una monografía destinada fundamentalmente a estudiar la ideología [8]. La obra de López supone la doble utilización de las dos fuentes sobre el asunto: las españolas y las venezolanas; la exposición más detallada hasta ahora de las incidencias de la conspiración, y el estudio de una figu-

---

[8] PEDRO GRASES: *La conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia*. Caracas, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1949.

ra —Picornell— cuyo papel es de primer orden. En segundo término, el papel de las figuras secundarias es también una interesante aportación del libro.

Cuando ambos libros se han leído con muy poca diferencia de días, cabe advertir cierta continuidad entre los dos movimientos estudiados. Mientras en el libro de Morales los vascos relacionados con la Compañía —no la alta sociedad caraqueña— aparecen totalmente disociados de los seguidores del canario León, en el libro de López se advierte cómo los descendientes de esos vascos —ya está disuelta la Compañía— están enlazados matrimonialmente con la *élite* de Caracas y hay entre los conspiradores una total mezcla de apellidos canarios y vascongados (Otamendi, Arrambide, Oramas, Padrón). Mientras en el libro de Morales Padrón manifiestos y declaraciones pregonan con una insistencia que llega a ser sospechosa la fidelidad con la Corona, en el libro de López las declaraciones y los papeles requisados a los conspiradores son de una radical subversión. No en balde han pasado entre uno y otro movimientos cincuenta años. En ese medio siglo las cosas habían ido cambiando y ya era posible hablar de una patria nueva.

José Muñoz Pérez

NOTAS SOBRE HISTORIOGRAFÍA ANGLOSAJONA MODERNA. [I]

Homenaje a Trevelyan.

Los ochenta años del doctor George Macaulay Trevelyan, *Order of Merit*, han permitido comprobar a los historiadores en general, y a los ingleses en particular, la razón que asistió al maestro, a lo largo de cincuenta años de fecunda actividad historiográfica, para mantener la noble tradición de los Clarendon, Gibbon y Macaulay. La tradición de que la historia es literatura. Fué su propósito evitar en todo momento que el gabinete del historiador se transformara en laboratorio. A un mismo tiempo, al combatir la manía de la historia científica y sólo científica, impidió que cayera Inglaterra en las aberraciones de exageradas especializaciones tan características de América y de las más orgullosas naciones europeas. Trevelyan, como tuve ocasión de desarrollar en un ensayo anterior [1], se ha preocupado por inculcar:

[1] *Trevelyan. Nueva y antigua concepción de la Historia.* Arbor, núm. 89, mayo de 1953; págs. 61-80.

1.° Que el historiador tiene la obligación moral de educar la mentalidad del público; y 2.° Que lo que escribe no sólo ha de ser interesante, sino de atrayente lectura.

Compenetrándose con el espíritu del maestro, que cumple, según escribía al principio, su octogésimo aniversario, ocho historiadores ingleses han ofrecido otros tantos estudios de historia social en homenaje a Trevelyan [2]. Son ellos A. L. Rowse, sobre Nicholas Roscarrock; W. G. Hoskins, sobre la ciudad de la época isabelina Leicester; Wallace Notestein, sobre la mujer inglesa, de 1580 a 1650; C. V. Wedgwood, sobre el teatro en el reinado de Carlos I; H. J. Habakkuk, sobre el segundo conde de Nottingham; J. H. Plumb, sobre los Walpole, padre e hijo; G. S. R. Kitson Clark, acerca del elemento romántico, de 1830 a 1850, y N. G. Annan, sobre la aristocracia intelectual. Ocho autores y ocho temas, finamente seleccionados por el citado Plumb, que permiten aunar las voluntades de los historiadores creadores y del gran público lector en la poesía de la historia. A base, precisamente, de la historia social, una de las ramas más fructíferamente cultivada por Trevelyan, esencial para desenmarañar la historia económica y para hacer inteligible la política. Obvio será añadir que los repetidos estudios están respaldados por documentación inédita, elegantemente escritos e ilustrados con dibujos y reproducciones de cuadros de las distintas épocas desarrolladas en los temas.

Los ingleses, en España y Portugal.

Años atrás, en un esquema de alianzas matrimoniales, que estrecharon —en paz y en guerra— las relaciones de pueblos y dinastías en el área sudoccidental de Europa, tuve ocasión de esbozar el impacto que la intervención inglesa había de producir en tierras ibéricas. La obra reciente del profesor P. E. Russell, de Oxford [3], acomete la tarea de seguir el desarrollo minucioso de esa intervención por las cancillerías de Aragón, Castilla, Navarra y Portugal, poniendo de relieve la calidad de los valores humanos ya conocidos, aunque aquí magistralmente perfilados: los reyes que en el siglo XIV señorean nuestra península y los que, con sus respectivos séquitos de príncipes y servidores, batallaban en la que había de ser más que secular contienda, de Gasconia a Normandía y de Cantabria a las costas del Canal. Como marco

[2] PLUMB, J. H. (editor): *Studies in Social History. A Tribute to G. M. Trevelyan.* Londres, Longmans, Green and C.°, 1955; 288 págs. + 17 ilustraciones.

[3] RUSSELL, P. E.: *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II.* Oxford, at the Clarendon Press, 1955; 554 págs. + escogido apéndice documental, seleccionada bibliografía, completo índice onomástico y 11 mapas.

temporal el siglo XIV, ese siglo, preludio innegable de los tiempos modernos, divisorio entre muy distintas edades, sin cuyo conocimiento no se concibe una cabal comprensión de los problemas planteados por los tiempos modernos.

El profesor Russell, que conoce y domina las lenguas peninsulares, logra una obra fundamental por la riqueza de datos y conclusiones, fruto de la investigación en los mejores archivos de la época: ingleses, portugueses, castellanos, navarros, franceses y, especialmente, los fondos incomparables del A.C.A. Señalemos, como nota característica de la obra, la transcripción de los nombres propios de personas y lugares con arreglo a sus respectivas ortografías castellanas, portuguesas, catalanas, inglesas y francesas, con una corrección, repito, a que no estamos acostumbrados en obras de pluma anglosajona. La bibliografía consultada, por de contado, abarca los estudios hasta la fecha aparecidos que de cerca o de lejos se relacionan con el tema tratado.

Puntualizando extremos sobre las alianzas francocastellana y angloportuguesa, así como los precarios tratados de amistad entre los Estados peninsulares, se acusan los matices distintivos de sus respectivos soberanos en los terrenos social, económico, político y religioso. Recordemos, por ejemplo, que en 1390 Portugal era el único Estado cristiano de la península que acata el Papa de Roma. Las intervenciones inglesas en la península —en plural, pues son varias en treinta años— terminan virtualmente en 1394 con las treguas de Leulingham, no sin resultados positivos en el orden cultural y en el militar. Vale la pena destacar el intento de rehabilitar la memoria de Catalina de Lancaster, *a luckless Queen*, como a sí misma se apellidara en carta conservada; el enaltecimiento de Pedro I de Castilla por su lucha contra los nobles —lucha que reemprenden victoriosos los Reyes Católicos—, y la repulsa de la política cominera y poco gallarda de los Trastámara. En apoyo de estas documentadas puntualizaciones del autor, pesa, y no poco, el empeño de Felipe II, dos siglos después, de rehabilitar la memoria del asesinado en Montiel. Repitamos: se trata de una obra fundamental.

Un jefe de Gabinete desconocido.

O casi desconocido. Lo fué Andrew Bonar Law, según demuestra Robert Blake, con documentación inédita, en su último libro [4]. Parece

[4] Blake, Robert: *The Unknown Prime Minister. The Life and Times of Andrew Bonar Law*. 1858-1923. Londres, Eyre and Spottiswoode, 1955; 556 págs. + 18 ilust.

ser que tal apreciación se hizo, por Asquith, después de los funerales de Bonar Law en Westminster. «Teníamos que haber enterrado al Desconocido Primer Ministro junto al Soldado Desconocido...», se asegura dijo aquél. Las virtudes y los defectos —tales para un político— de Bonar Law son responsables del aserto: modestia, desdén por las candilejas e indiferencia por la popularidad. A todo ello presta sus autorizados motivos esta primera y documentada biografía de quien, como jefe del partido conservador desde 1911 hasta la fugaz jefatura del Gobierno de 1922 a 1923, tuvo un papel preponderante en todos los acontecimientos importantes de aquellos años decisivos. Los papeles del propio biografiado, confiados a lord Beaverbrook, los pertenecientes a este último, así como los archivos reales y los particulares de Lloyd George, Asquith, Austen Chamberlain, Balfour y otros, permiten al autor darnos un verídico reflejo del ambiente jerárquicamente aristocrático en el que Bonar Law desplegara sus primeras armas en la política inglesa. Su ambición se ve coronada por el éxito, en 1911, con la dirección del partido conservador, por cierto sin haber nacido en pañales de oro y sin las dotes de ingenio y de conversador que adornaran a Disraeli, por ejemplo. Fué hombre de lucha. Lo demostró con creces en el tenaz pleito de los irlandeses por anexionarse el Ulster. Bonar Law, por encima de la ley y del orden, declaró que se debía defender a los que a la fuerza de la Irlanda libre oponían igualmente razones de fuerza.

Jefe conservador original, Bonar Law, que actúa en política, en los últimos diez años de su vida, sin ilusiones, impulsado únicamente por el cumplimiento del deber —del que no le aparta la pérdida de dos hijos en la primera guerra mundial—, apoyando la dictadura salvadora de Lloyd George. Batallador y cortés, gobernante comprensivo, a la pregunta de una encumbrada dama en mitad de un banquete: «¿Qué quieren esos huelguistas?», contesta Bonar Law, en 1919, después de acariciar con la mirada la esplendidez de la vajilla, los óleos de las paredes y las libreas de los lacayos: «Tal vez desean un poco de todo esto...» Jefe del Gobierno en 1922, su energía no impide la *Rupture Cordiale*, pero acierta a engrasar sin chirridos las ruedas de la maquinaria nacional e imperial. Las virtudes y defectos relacionados antes, secundados por fatal enfermedad, facilitan el desvanecimiento de la figura de Bonar Law, que proporciona a Robert Blake la piedra de toque de la más intensa y dramática historia inglesa contemporánea.

UNA AUTOBIOGRAFÍA DE NORTEAMÉRICA.

Aunque raro, corresponde el título a la realidad de la obra [5]. Emily Davie, que a su orgullosa ascendencia de la época heroica de Norteamérica une un profundo y generoso conocimiento del país y de su historia, ha logrado, con la presentación de materiales originales, evitar falsas o parciales interpretaciones. Tal vez de lo que se resiente el libro es de un «exceso» de objetividad. Añadamos pronto que se agradece. Los norteamericanos, que en siglo y medio dieron vida, modelaron y levantaron a su país, hablan en esta obra a través de sus cartas, discursos, diarios y grabados. Los orígenes se buscan mucho más lejos: en los viajes histórico-legendarios de Leif Ericsson.

Da Lindbergh impulso al libro al señalar «la iniciativa, el pensamiento, el valor y la irresistible energía que con inusitada rapidez transformaron» la inmensidad salvaje del país en un foco de civilización mundial... Lo sea o no, la obra responde a la pregunta: ¿Qué son los Estados Unidos de Norteamérica? La mezcla de razas, nacionalidades, tradiciones y culturas que lo animan perfilan el ambiente esencialmente público de su vida política y de sus instituciones, las que, salvo cortos intervalos, han permitido una existencia colectiva en paz, bajo el imperio de la ley, con libertad y creciente prosperidad. ¿Hasta qué punto es un país nuevo? ¿Hasta qué extremo obran y piensan los norteamericanos del mismo modo? Todas las opiniones y todos los sentimientos se dan cita en el libro para poner de manifiesto su enorme variedad.

Y esa variedad empieza con el descubrimiento europeo de su inmensidad continental, registrado, ¿cómo no?, en las relaciones de Colón y en las de españoles, tales Juan Cabrillo, López de Mendoza, Juan de Oñate y el Padre Palou. Se intelectualiza la variedad en la estructura del Gobierno estadounidense; se materializa en sus luchas religiosas, morales y económicas; se manifiesta en la expansión de su imperio. Las grandes conquistas técnicas de sus hijos, el espíritu de empresa, la filantropía y la educación colorean el perfil de Norteamérica, aquí expuesto a través de sus documentos. Entre éstos señalemos (págs. 288-290) el mensaje de guerra del presidente McKinley, en 1898, contra España. Un mensaje que no debió publicarse sin consignar, en nota al menos, la parte que tuvieron en el estallido bélico

[5] *Profile of America. An Autobiography of the U.S.A.* Texto seleccionado por Emily Davie; prefacio de Charles A. Lindbergh; introducción de Louis Bromfield; ilustraciones a cargo de Bryan Holme. Nueva York, Thomas Y. Crowell C.°, 1954; 416 págs., profusa ilustración.

imponderables nada acordes con tradiciones e ideales de los más pundonorosos norteamericanos.

Con cientos de imágenes y textos auténticos, cumple este libro, autobiográficamente, con la bella frase de Emerson: «*There is properly no history; only biography.*»

La comprensión del pasado norteamericano.

Intimo parentesco con el volumen anterior muestra la última obra de Edward N. Saveth, historiador, conferenciante y antiguo profesor de la School for Social Research, de Nueva York. El guía y seleccionador de esta historia e historiografía norteamericanas [6] ha sabido allegar los más razonados frutos de treinta y dos modernos historiadores de la gran República estadounidense y, a través de ellos, una más cabal comprensión de su pasado. En el primer capítulo traza el autor la evolución de la historiografía norteamericana a partir de los panfletos políticos del último tercio del siglo XVIII hasta la erudición especializada de nuestros días, dando el relieve que merecen temas tales como el método comparativo y las hipótesis teutónicas y fronterizas, las revelaciones de la historia con la sociedad, la interpretación económica de la constitución norteamericana de Beard, la dimensión universal de la historia, el desenvolvimiento progresivo, el desafío al determinismo económico y tendencias decadentes y materialistas, el individualismo, la historia intelectual y de la cultura, relativismo y objetivismo.

Con ruda sinceridad se pone en entredicho la tradición puritana, desprovista ciertamente de los encantos con que, por puro y falso sentimentalismo, la adornaran legión de historiadores a lo largo de todo un siglo. Y con entero desembarazo de lastres rutinarios, los historiadores seleccionados describen e interpretan con nuevas luces —según las últimas investigaciones— la forja de la nacionalidad norteamericana, la superación de sus crisis internas, el potencial emprendedor de un pueblo desplegado en las dos guerras mundiales y la actividad vigilante de los últimos decenios. Cada capítulo va precedido de una compendiosa introducción del profesor Saveth. Y todos ellos están respaldados por notas minuciosas y eruditas. Son estas páginas nuevas perspectivas exigidas por la humanidad después de las convulsiones y miserias provocadas por la guerra. ¿Demuestra la obra, según el

[6] Saveth, Edward N.: *Understanding the American Past. American History and its Interpretation. Written and edited by...* Boston, Toronto, Little, Brown and C.º, 1954; 614 páginas.

prologuista —Allan Nevins—, que es Norteamérica la primera nación europea por ser la primera nación en la que se halla mezclada la sangre de todos los pueblos de Europa? En cierto modo, sí.

LA POLÍTICA MILITAR NORTEAMERICANA.

En torno a este tema, los doctores Bernardo y Bacon, ambos con experiencia militar e historiadores profesionales, han acometido la tarea de analizar la política militar estadounidense a partir de 1775. El análisis [7], gracias a la rica documentación utilizada, no sólo permite señalar el origen y desarrollo de aquella política, sino puntualizar igualmente extremos de capital importancia para la intelección de la historia norteamericana. Por ejemplo: el odio a los ejércitos permanentes —sobre todo en tiempos de paz—, el rechazo de la conscripción y la firme resolución de mantener siempre la autoridad civil por encima de la militar. Los resultados en el campo de batalla han sido consecuencia de la previa política gubernamental en lo referente a fuerzas disponibles y armamentos. Los autores manifiestan la instintiva confianza que en todo tiempo tuvieron sus compatriotas en los enormes recursos de su país y en el decisivo peso de un núcleo de militares expertos dispuestos en el momento preciso. Esto último, unido a los tres extremos antes relacionados, explica que Estados Unidos se hayan embarcado en guerras con una confianza asombrosa, sorprendente, para un espíritu cartesiano. Los ejemplos abundan.

Uno de los más típicos y que más nos interesa a nosotros, los españoles, es el de la guerra hispanonorteamericana de 1898, producto de la idea que empezó a ganar terreno —de 1890 en adelante— acerca del destino nacional de Estados Unidos, encaminado a propagar sus instituciones republicanas y derramar los beneficios de la civilización anglosajona a los «pueblos atrasados...». Entre estos apóstoles del imperialismo citamos a Josiah Strong, Theodore Roosevelt, Alfred Thayer Mahan, Joshua Fiske, Henry Cabot Lodge, el profesor Burgess y muchísimos más. Incluso se recurrió al darwinismo para sancionar científicamente la teoría del talento para el gobierno, innato y superior, de los anglosajones, poseídos asimismo de la justicia y el idealismo de extender por el mundo el cristianismo y la democracia. La prensa, poco escrupulosa y sensacional, y el estorbo que las Antillas españolas causaban a la política en el Caribe de Estados Unidos provocaron el conflicto en el que Norteamérica, una vez más, puso de mani-

[7] BERNARDO, C. JOSEPH and BACON, EUGENE H.: *American Military Policy. Its Development since* 1775. Harrisburg, The Military Service Publishing C.º, 1955; 512 págs.

fiesto sus habituales flaquezas. Los autores de esta obra las enumeran. No olvidemos la anécdota aleccionadora de que cuando los filipinos, después del tratado de París de 10 de diciembre de 1898, comprobaron que iban sencillamente a cambiar de dueños, españoles por norteamericanos, organizaron un levantamiento el 4 de febrero de 1899, levantamiento en el que volvieron a fallar los resortes estadounidenses.

Paso a paso, y apoyados siempre, repito, por abundantísima documentación y bibliografía, llegan los autores, C. J. Bernardo y Eugene H. Bacon, a nuestros propios días, no sin mencionar con cierta ironía las panaceas que han tomado por guía los norteamericanos del medio siglo XX transcurrido: Square Deal, New Freedom, New Deal, Fair Deal, New Look... Panaceas que hasta el presente no han evitado la tradicional entrada en las guerras, sin preparación suficiente, y la salida victoriosa de todas ellas..., también hasta el presente.

De cara al futuro reservado a la potencialidad en armas nucleares, al parecer pronto en equilibrio, de los norteamericanos y los rusos, será conveniente que el especialista tenga en cuenta el libro sólidamente construído y recientemente editado (marzo de este año) de varios profesores de Princeton [8].

R. OLIVAR BERTRAND

LA CORTE HUMANISTICA DEL MAGNANIMO

En tropel y como por ensalmo acuden a nuestra mente infinidad de pensamientos nada más leer título tan sugestivo como el del libro de Andrés Soria [1]. Es tan escaso el número de los cultivadores del humanismo en su propio y estricto terreno en España, que, si se cuentan con los dedos de las manos, sobran dedos. Se dice esto sin menoscabo del prestigio de las revistas que se publican en España, algunas de nombre tan específico como «Humanidades». Pero su tendencia está orientada, más bien, hacia los estudios clásicos, palabras estas últimas que han servido para denominar el anexo de «Bordón». El tanto de responsabilidad que lleva

---

[8] CRAIG, GORDON A. - HILSMAN, ROGER - KAUFMANN, WILLIAM W. - KNORR, KLAUS: *Military Policy and National Security*. Princeton, Princeton University Press, 1956; 274 págs.

[1] SORIA, ANDRÉS: *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnánimo* (según los epistolarios). Universidad de Granada, Artes Gráficas «Rafra», 1956; 343 págs.

aparejada la preterición, por no decir postergación, de estos estudios, haciendo que fuera de casa estemos casi al margen de toda calificación, pesará sobre los directamente obligados a su fomento. No obstante, no se debe dejar pasar ocasión alguna de registrar el fenómeno, y este libro de A. Soria viene como anillo al dedo. Consta de una introducción, sobre el ambiente de la Corte literaria de Alfonso V el Magnánimo, explicándonos en 15 páginas cómo la figura de dicho monarca centra «las relaciones de los más importantes humanistas de Italia», a los que hay que agregar el grupo no menos interesante de españoles intelectuales o letrados. De los cuatro capítulos que sirven de pórtico al apéndice, con ciento tres cartas, cuatro oraciones y dos conmemoraciones poéticas —páginas 109 a 322—, merece una especial atención el capítulo I, por sentarse en él lo que pudiera decirse doctrina del humanismo. El balance bibliográfico —cosa distinta de las fuentes para las epístolas, en las páginas 110 y 111— no puede ser más desconsolador. Se advierte un desequilibrio muy notable entre las primeras notas, reflejo del reducido cuadro bibliográfico con que contamos en España, y la exuberante bibliografía sobre humanismo que presta sólida base a su estudio en otros países. Ha necesitado A. Soria salir de España, gracias a una pensión del C.S.I.C., para asomarse a este mundo de los humanistas. De no ser así, le hubiera resultado imposible manejar un 90 por 100 de las obras consultadas, ausentes en su mayoría de nuestras bibliotecas. Gracias, y muy expresivas, hay que darle a Soria por haber sabido aprovechar materiales tan preciosos en favor de su patria, pues sólo de perfil, a través de los trabajos consultados, pueden aplicarse al humanismo español. Muestra de ello —prescindiendo de los abanderados, como J. Burckhard, G. Toffanin— son autores tipo Wallace K. Ferguson, quien en los doce apartados constitutivos de su libro *The Renaissance in Historical Thought* no se ocupa lo más mínimo de España, ni en la preciosa bibliografía con que enriquece su trabajo sale a cuento para nada este nombre. Más sangrante todavía es el caso del manual de N. Festa titulado *Umanesimo* (Milán, 1935), en donde —a pesar de sus admirables excelencias, de las cuales es la primera la definición del humanismo : *Particolare manifestazione di una energia perenne insita nella vita stessa della cultura*— hace caso omiso de todo nombre español, aunque muchos de sus humanistas tuvieron relaciones con los nuestros, y únicamente cuando cita al Gran Capitán lo presente ocupado en menesteres no muy honrosos. ¿O será que España no puede adquirir carta de ciudadanía en el campo de los que consideran *El humanismo como iniciativa*, expresivo título del ensayo de E. R. Curtius, dos veces publicado en la «Revista de Occidente» ?

Quizá haya que buscar las raíces de esta postura en nuestro propio abandono: de los dieciséis libros impresos que Soria cita como fuentes del epistolario, sólo uno, el menos importante para el caso, está impreso en Granada (España). Sorprende, sin embargo, la gran cantidad de centones epistolarios de humanistas extranjeros, donde aparecen nombres españoles. Sirvan como ejemplo los de Justo Lipsio, entre los que descuellan los magníficos ejemplares de Amberes, impresos por Juan Moreto y su viuda —1601 y 1613—, o el de Aviñón, *Epistolarum selectarum chilias*, 1613, así como la *Correspondance de Christophe Plantin*, publicada por M. M. Max Rooses e I. Denucé. Estos nombres traen de la mano el tomo XLI de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España: *Correspondencia del Doctor Benito Arias Montano con Felipe II, el secretario Zayas y otros sugetos, desde 1568 hasta 1580*. Pero tenemos, entre mil para escoger a nuestro gusto, la contrapartida con este mismo humanista: fuera de España está la correspondencia original dirigida a Benito Arias Montano tocante a la versión e impresión de la Biblia de Alcalá. Pertenecía a la biblioteca del marqués de Heliche, y fué adquirida en Madrid el año 1690.

Otro género de publicación, pero también dentro de nuestra área, es el *Panegyricon ad Ferdinandum regem et Isabellam reginam Hispaniarum de Saracena Baetidos gloriosa expugnatione*, del tan discutido en su nacionalidad Ugolino Verino, uno de cuyos códices guarda nuestra Biblioteca Nacional. Pues bien, fué impreso en la *Bibliotheca scriptorum Medii Recentisque Aevorum*, en 1933, y fueron sus editores I. Fógel y Ladislaus Juhász, de la lejana Hungría. Así, podríamos multiplicar los ejemplos desde el siglo XIV hasta el siglo XX, pasando por todos los intermedios, en los cuales —mejores o peores— siempre existen humanistas que prueban con su presencia la injusticia de su exclusión de este general movimiento de la cultura, al mismo tiempo que sirven de acusación sobre nuestro comportamiento con ellos.

Los tres capítulos restantes están consagrados, respectivamente, al estudio de «La cultura del rey», «La Corte humanista de Alfonso» y «Los humanistas áulicos» (págs. 37-106), con numerosos datos y referencias no corrientes, prueba del interés y voluntad que en su trabajo ha derrochado A. Soria.

En el índice de las epístolas y en el de nombres se nota la falta de algunos poetas de la Corte del Magnánimo que también escribieron cartas. Tal es Ferrán Valentí, del cual se conservan algunos manuscritos en la Academia de la Historia y sobre el que versa la tesis doctoral de J. M.ª Morató Thomas. En breve aparecerá también un estudio sobre dicho autor del ilustre hispanista italiano Eugenio Mele. Para

otras ediciones habrá de tener en cuenta A. Soria que las rayas interlineales, tan abundantes en el texto latino, lo afean y contribuyen a la confusión más que a su esclarecimiento.

Por encima de todo, mis palabras de aliento y estímulo al autor para que no ceje en este camino, espinoso, pero lleno también de satisfacciones espirituales.

JOSÉ LÓPEZ DE TORO

FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA

NEWMAN Y LA CONQUISTA DE LA VERDAD

Con un profundo conocimiento del famoso converso del anglicanismo, el cardenal filipense Juan Enrique Newman, de su psicología, de su vida, de sus ideas y puntos de vista gnoseológicos y de la riquísima bibliografía sobre esta figura décimonónica que maneja profusa y desembarazadamente, desarrolla el autor [1] un tema del que es exacta expresión el título del libro.

La conquista de la verdad es siempre personal y lo fué, por tanto, en el caso de Newman. El estudio que vengo haciendo a base de textos autobiográficos de numerosos conversos desde las páginas de la carmelita «Revista de Espiritualidad» me confirma cada vez más en la diversidad de los caminos seguidos por Dios en estas conversiones, pero siempre de acuerdo con la psicología personal del convertido. De ahí que, aunque con la ayuda sobrenatural de la gracia, la verdad es la victoria lograda tras el esfuerzo de una conquista personal.

Eso mismo sucedió en Newman, quien un cuarto de siglo después de convertido vuelca en su *The Grammar of Assent* los resultados de una introspección que, ayudada por la memoria, realiza sobre el proceso espiritual que veinticinco años antes le llevó a la fe. Y esto es lo que erudita y profundamente ilustra el autor.

Arrancando de un exacto juicio que el reverendo Newman se formó sobre el liberalismo —tema al que el autor dedica un interesante capítulo— y abominando con sus más destacados colaboradores en el movimiento que se llamó de Oxford —Keble, Pusey, Hurrell Froude— del liberalismo que primaba en la Inglesia anglicana de la que los cuatro eran clérigos, Newman se dedica a beber la genuina doctrina cristiana en las obras de los Santos Padres, hasta llegar a la conclusión de su *Tract* XC, que tal *revuelo* produjo en los medios anglicanos, de que al menos ciertas doctrinas del Concilio de Trento, tan abominado por los protestantes, eran las mismas de la primitiva Iglesia.

---

[1] BOECKRAAD, A. J.: *The Personal Conquest of Truth according to J. H. Newman.* Lovaina, Ediciones Nauwelaerts, 1955; 328 págs.

Hombre de implacable y rectilínea lógica, Newman, por la vía de la razón, verá cómo la gracia lo condujo a la fe. Niega haber dado en este proceso suyo cabida alguna al sentimiento. Se propondrá fríamente no convertirse hasta no terminar su *An Essay on Development of Christian Doctrine*, sin que en el curso de su redacción se le haya ofrecido dificultad alguna que no haya sabido resolver. Con un trabajo agotador, porque le apremia el abandonar la Iglesia oficial de Inglaterra, la terminará muy pocos días antes de convertirse. Por no haberla terminado aún fríamente deja que se marchen de su residencia clerical de Littlemore varios de sus más queridos e íntimos discípulos, que no pueden resistir más el no abjurar ya de sus errores. Se ha retrasado la abjuración de dos de ellos y, como ya ha terminado su *Ensayo* sin que se le hayan presentado dificultades insolubles, los manda llamar para abjurar juntos. Su proceso personal de conquista de la verdad había terminado. Pero la fe no es la concesión de la cadena de razonamientos del *Ensayo*: es obra de la gracia divina. Y Dios quiere patentizar la intervención sobrenatural del *pius credulitatis affectus* cuando Newman, hecho un mar de lágrimas, no puede resistir más y cae a los pies del apostólico pasionista Padre Domingo de la Madre de Dios para que oiga la acusación de todos sus pecados, previa al bautismo condicionado, y lo reciba en la verdadera Iglesia de Cristo.— *Antonio Alvarez de Linera.*

PROBLEMAS DE LA HISTORIA

He aquí una obra [1] bien planteada, bien dirigida y con notables sugerencias para el historiador. Al modo de Collingwood, Marrou se encuentra en la necesidad de hacer filosofía de la historia, en tanto que como historiador puede hacerlo; es decir, entendiendo por filosofía de la historia la serie de reflexiones que pueden hacerse sobre el carácter, medios, fines y utilidad de la historia. Un historiador se pregunta sobre su oficio. Y con razón afirma Marrou: «... je parle en philosophe: c'est mon droit et mon devoir».

Habla de la crisis de la historia como un fenómeno natural de nuestro tiempo después del apogeo de esta ciencia en el siglo XIX. Estamos ante otra fase de los «corsi e ricorsi» de la cultura occidental, como lo había profetizado Vico. Crisis tanto más peligrosa cuanto que es la crisis de la verdad, que entraña muchos más peligros que la crisis de la libertad de que hablaba Halévy; en el fondo, una crisis de la verdad es siempre una crisis de la libertad, la última fase de ésta, la pérdida de la más íntima y más preciosa de las libertades. Para Marrou, con razón, luchar por una historia válida —y, por tanto, verdadera— es luchar por el saneamiento, por la regeneración de nuestra cultura misma.

Señala que si existe una crisis de los estudios históricos no se puede decir lo mismo de los de filosofía de la historia, ciencia que en la actualidad padece excesiva proliferación. Filosofía de la historia llevada a cabo la mayoría de las veces por filósofos, que se han saltado la cuestión previa: «De esta historia que invocáis, ¿qué sabéis y cómo lo sabéis?» Es aquel híbrido a que hacía referencia

[1] MARROU, H. I.: *De la connaissance historique*. París, Éditions du Seuil, 1954; 299 págs.

nuestro gran García Morente, que termina por no ser ni filosofía ni historia. Eso, que ya podía objetarse en Hegel —la escasez y poca solidez de sus conocimientos históricos—, al menos salvado por la genialidad de su vasta concepción, destaca aún más en los ensayistas actuales.

Marrou pasa lista a las obras de Dilthey, H. Berr, R. Aron, Collingwood, Croce, señalando lo que les debe en este intento suyo de «filosofía crítica de la historia». Y a continuación analiza en sucesivos capítulos su concepto de la historia, de la técnica histórica, de la historia como necesidad, de la verdad histórica y la utilidad de la historia. Da una definición: la historia es el conocimiento del pasado humano, cristalizado en una obra científicamente elaborada. Hace referencia a la ambigüedad del término historia, con el que se expresa lo mismo las «res gestae» que la «historia rerum gestarum»; podría salvarse, dice, hablando de evolución y de historia. Declara su insatisfacción ante la fórmula famosa de Ranke: mostrar «wie es eigentlich gewesen», que llama a una resurrección integral del pasado, pues el historiador no es ni un fotógrafo del pasado ni un recopilador de datos eruditos. El historiador da existencia a la historia, que es su creación, que es inseparable de él. Por tanto, hay que contar con los límites del historiador, el cual, con sus características propias, extrae de las huellas del pasado una imagen del mismo. De ahí la necesidad de una problemática inicial en la obra del historiador. Son esas preguntas iniciales a las que ha de dar respuesta con su investigación.

He querido extractar en lo posible las principales sugerencias de la obra de Marrou. En resumen: estamos ante un libro fundamental en su género.—*Manuel Fernández Álvarez.*

UN ENSAYO SOBRE FILOSOFÍA ORIENTAL

A pesar de los contactos habidos entre Oriente y Occidente, el alma del Extremo Oriente es todavía desconocida para la mayoría de los occidentales; por ello todo estudio que lleva a la comprensión de la misma es favorablemente recibido. Éste es el caso del libro del que es autor el sinólogo Richard Wilhelm [1].

El valor de todo libro depende de las aptitudes y conocimientos de su autor. Richard Wilhelm, misionero protestante, sinólogo y catedrático, nació en Stuttgart el 10 de mayo de 1873 y murió en Tubinga el 1 de marzo de 1930. En 1899 fué enviado como misionero protestante a China. En 1924 recibió el nombramiento de catedrático de la universidad de Francfort, y en 1927 se le nombró director del «China-Instituts in Frankfurt».

Entre sus obras se hallan las siguientes: traducción del de I. King *Buch der Wandlungen* (*Libro de los cambios*) (1924); *Konfuzius, Leben und Werk* (*Vida y obra de Confucio*) (1924); *Die Seele Chinas* (*El alma de China*) (1925); *Geschichte der Chinesischen Kultur* (*Historia de la cultura china*) (1928); *Chinesische Lebensweisheit* (*Sabiduría de la vida china*) (1922); *Chinesische Literatur* (1930).

[1] WILHELM, RICHARD: *Chinesische Lebensweisheit* (*Sabiduría de la vida china*). Segunda edición. Tubinga, Otto Reichl Verlag, 1950; 132 págs.

A pesar de que han transcurrido ya veinticinco años del fallecimiento de Richard Wilhelm, el valor de sus obras sigue estando vivo en la época actual; sus libros siguen siendo un instrumento de estudio para todo el que se interesa por el pensamiento y la filosofía chinos. Su libro *Chinesische Lebensweitsheit*, cuya primera edición lleva fecha de 1922, ha sido editado por segunda vez en 1950, lo cual viene a demostrar el interés existente por esta obra.

Chinesische Lebensweisheit está dividido en cuatro capítulos, que llevan como título: «Del sentido de la vida», «Educación para la vida social», «Dominio sobre el destino» y «El libro de los cambios», que constituyen cuatro aspectos distintos del alma china. En el primero estudia el autor la importancia primordial de la tradición religiosa en China, aunque no se le debe dar a la palabra religión el sentido que se le da en Occidente, sino que hay que interpretarla como un concepto científico del universo y de sus fuerzas, detrás de las cuales existe lo indescriptible. El autor hace un breve análisis del pensamiento de Confucio, su filosofía política, esencialmente práctica, y se detiene algo más en el aspecto moral del pensamiento confuciano, analizando el concepto del «cielo» y de la responsabilidad, todo ello bajo el concepto general del «sentido» del cielo.

En el segundo capítulo, el autor estudia el aspecto social de la sabiduría china en la formación del hombre. Vuelve al pensamiento de Confucio que durante siglos ha regido toda la vida intelectual de China. En el tercer capítulo se habla sobre los conceptos primitivos que forman las bases permanentes de todo el desarrollo ulterior de toda la filosofía china. Este pensamiento primitivo es una especie de religión astronómica que relaciona el universo con la tierra y los fenómenos naturales. Este concepto no es típicamente chino, ya que se encuentra en todos los primitivos, en los cuales el microcosmos es el reflejo, el resumen, el espejo del macrocosmos. Los chinos han hecho una recopilación de las complicadas relaciones entre los fenómenos cósmicos y la vida humana; en este aspecto el taoísmo juega un papel importante con su aspecto mágicorreligioso, que estudia el profesor Richard Wilhelm. Describe él mismo, aunque brevemente, los métodos medicinales de la China medieval basados en la correspondencia oculta entre el mundo animal y el mundo vegetal con el hombre, que a veces tiene relaciones tan profundas que basta usar la piedra, la planta o el nombre de la cosa para curar y modificar las influencias malignas en el hombre. El sinólogo estudia también las relaciones de algunos amuletos con la primitiva noción del tabú y analiza el mundo mágico irracional del taoísmo chino.

Este irracionalismo se estudia más en el último capítulo del estudio del profesor Wilhelm: «El libro de los cambios», llamado en chino «Y-King». Este texto es uno de los más antiguos de China y ha influído ya en tradiciones que tienen sus orígenes más de 1.000 años antes de J. C. Es a la vez un libro de oráculo, un compendio de sabiduría política, un texto moral, y está basado en los 64 hexagramas los cuales se componen de seis rayas sencillas o dobles, cuya posición en el marco del hexagrama tiene un sentido filosófico. Richard Wilhelm estudia estos significados, los cuales se complican, además, según sea su posición en el espacio, puesto que dichos hexagramas están orientados conforme a los puntos cardinales.

El ya mencionado «Libro de los cambios» fué consultado durante siglos como medio adivinatorio y toda China ha utilizado este sistema para consultar al «Cielo» sobre la conducta a seguir.

El autor subraya que todo esto ha desaparecido ya, pero ha dejado huellas imborrables en la mentalidad y en la forma de vivir del Extremo Oriente; ello permite analizar con más profundidad las reacciones subconscientes del pueblo chino, que conserva en lo profundo de su alma su tradición, la cual ejerce todavía una influencia en su modo de pensar.—*Juan Roger.*

LÓGICA MATEMÁTICA

El camino recorrido por los conceptos y las técnicas de la lógica matemática, en su aplicación a un número cada vez mayor de disciplinas científicas, desde los comienzos de este siglo —en que el pensamiento lógico de Leibniz y de sus continuadores fué redescubierto, actualizado y desarrollado por filósofos y matemáticos de valía, como Russell y Couturat—, hasta hoy es considerable. Hasta finalizar el primer cuarto de siglo, estas aplicaciones difícilmente rebasaban la esfera de los fundamentos de la matemática, esfera en la que se han mostrado utilísimas hasta el punto de dejar resueltos, de un modo casi definitivo, algunos de los problemas cuya presencia ponía en peligro la firmeza, coherencia y claridad del entero edificio matemático; desde este punto de vista, las conclusiones representadas por los teoremas de Gödel y Skolem, así como las relativas a la hipótesis del continuo y a las funciones recurrentes, representan el logro de una más segura conciencia de las posibilidades y limitaciones del pensamiento matemático, valedera no sólo en el estado actual de la ciencia, sino también para el futuro.

Pero, decimos, la lógica matemática se ha revelado un instrumento útil no sólo en la matemática misma, sino en otras ramas científicas. A medida que éstas, por una inevitable dialéctica interior, se han ido acercando a un estado de más fácil formalización —es decir, a una mayor madurez estructural—, la lógica matemática ha ido precisando y desarrollando sus posibilidades de penetración y de acción ordenadora y clarificadora. Lentamente, pero sin retroceso alguno, las teorías físicas —especialmente la de los «quanta», según se han esforzado en mostrar principalmente los Destouches—, la teoría de la información y la cibernética. la teoría del lenguaje y hoy ya francamente la biología y la psicología experimental, se acercan a la zona en que los conceptos son accesibles al tratamiento simbólico lógico matemático. De este modo la bibliografía de las aplicaciones de la lógica matemática va enriqueciéndose, haciéndose más variada y eficaz, pasando de las sugerencias a los intentos formales y de éstos a los sistemas acabados. Tres grandes colecciones destacan en estos años en la labor de difusión de este universo de ideas: la titulada «Studies in Logic and the foundations of Mathematics», de Amsterdam; la de la universidad de Princeton, en Estados Unidos, y, finalmente, la de Gauthier-Villars, dividida en dos series, que dirigen, respectivamente, Mme. Destouches-Février y el P. Feys, de Lovaina.

El libro que reseñamos [1], perteneciente a la primera de las series de la tercera

[1] *Aplications scientifiques de la Logique Mathématique.* Collection de Logique Mathématique, série A. Monographies réunies par Mme. Destouches-Février, V. París, Gauthier-Villars; Louvain, Nauwelaerts, 1954; 176 págs.

colección citada, publica las actas del II Coloquio Internacional de Lógica Matemática, celebrado en París —Institut «Henri Poincaré»— en 1952. Los nombres más prestigosos de la disciplina están presentes en sus comunicaciones, que abarcan desde las matemáticas hasta la biología, desde la teoría del lenguaje a la teoría del conocimiento. Queremos destacar entre ellas la del llorado profesor Reichenbach, sobre los fundamentos lógicos de la teoría de los quanta, la dedicada a la semántica por uno de sus fundadores o renovadores modernos, el profesor polaco Tarski, y la titulada «Problemas que surgen de la aplicación de la lógica matemática a la biología», de Woodger. En conjunto, el libro es utilísimo para ilustrar, incluso a los profanos, acerca de la amplitud de los problemas de fundamento, y de la semejanza que hay entre todos ellos en las más diversas ramas.—*Miguel Sánchez-Mazas.*

ABRAMSON, H. A. (edit): *Problems of Consciousness.* Nueva York, Josiah Macy Jr. Foundation, 1955.

El principal interés del libro le adviene del mismo carácter de la Fundación Josiah Macy y de las reuniones organizadas por la misma. En vista de la amenaza de escisión de las especialidades científicas hasta el aislamiento de las ramas con desconocimiento mutuo de conceptos, logros y procedimientos y con menoscabo de la unidad e integridad del saber, pretende la Asociación estimular el recíproco entendimiento mediante reuniones periódicas de científicos de distintas especialidades. El presente volumen corresponde a la quinta reunión de las psicológicas celebradas bajo su patrocinio.

Lo curioso y nuevo de estas relaciones es que mantienen en su espontaneidad —salvo leves retoques suponibles— el diálogo original de los asambleístas, ofreciendo así, además del contenido, la concatenación de razonamientos, vacilaciones, incidentes, ilustraciones y aun ocurrencias marginales que ilustran el nacimiento mismo de la exposición y el giro que en determinado momento toma, por senderos a veces insospechados, pero todos ellos mantenidos en unidad por el hilo de Ariadna del tema, que en ésta, como en las restantes, no es otro que el de la conciencia psicológica. Ni que decir tiene que cada expositor e interlocutor aporta a la controversia la cuestión en que con mayor relieve se le revela la problemática de la conciencia y que de la discusión brota, si no una claridad inequívoca, sí por lo menos una elucidación de matices y aristas especialmente representativos de la cuestión, y que, por acumular sobre sí los distintos puntos de vista desde donde son iluminados, merecen especial reconsideración.

En efecto, a propósito de las cinco exposiciones fundamentales que sirvieron de yesca de la discusión y de eslabón de las conversaciones, a saber: «Las tres dimensiones de la emoción» (H. Schlosberg), «La angustia» (R. R. Grinker), «El papel de la corteza cerebral en la evolución y conservación de la conciencia» (N. Kleitman) y «La estética» (G. Robinson), se aborda la conciencia en términos de un considerable número de variables, como son: el sistema nervioso, la corteza cerebral, la circulación sanguínea del cerebro y el metabolismo general, la estimulación por el ambiente, sus condiciones tem-

porales y de estimulación y otras más. Al poner en contacto con estas variables dependientes la independiente denominada conciencia, van surgiendo cuestiones como las de la medibilidad, la subjetividad y el solipsismo, la objetividad de la heterospección, la correlación de la conciencia con los datos fisiobiológicos, la congruencia de estimar lo consciente con escantillones psicológicos más que fisiológicos; todas las cuales y otras más, aunque surgidas al hilo de la conversación o traídas en la ocasión propicia de su desarrollo, tienen una encomiable ordenación por materias en un índice final, de gran utilidad para el especialista de cualquier rama de la psicología.

Por nuestra parte, además de alabar el propósito de la Asociación que ha organizado y mantenido estas reuniones desde 1950 ininterrumpidamente hasta el de 1954 a que corresponden las del tomo comentado, no sólo nos complacería que tales intercomunicaciones no se interrumpieran, sino que cundiera en otras partes el ejemplo, y concretamente entre nosotros, siquiera fuese con ambiciones más modestas, que no por eso resultarían menos beneficiosas para la investigación nacional. — *Francisco Secadas.*

PAP, ARTHUR: *Analytische Erkenntnistheorie. Kritische Uebersicht ueber die neueste Entwicklung in USA und England.* Viena, Springer, 1955; 242 págs.

No sin razón se viene denominando *filosofía analítica* toda una corriente de pensamiento —dedicada preferentemente al análisis de las proposiciones científicas— que si bien ha logrado su mayor desarrollo en los países anglosajones, tiene su punto de partida en las concepciones básicas del empirismo de los vieneses. Este libro estudia algunas de sus tesis fundamentales sometiéndolas a una detenida revisión crítica.

Aunque del autor conocíamos ya sus *Elements of Analytic Philosophy,* 1949, con preocupaciones y temas similares a los de ahora, hay que reconocer que este libro tiene otro origen. En él quedan recogidas las lecciones profesadas por Pap, en calidad de profesor-invitado, en la universidad de Viena durante el año académico de 1953-54.

La obra consta de seis capítulos, en los que se plantean, respectivamente, las cuestiones referentes al criterio empírico del significado de las proposiciones, al carácter de aquellas que versan sobre enunciados de realidad, a los problemas de la verdad y de la probabilidad, de la causalidad y de la necesidad lógica.

Estos temas, de la más reciente actualidad en la filosofía americana de orientación analítica, vienen siendo objeto de numerosos estudios por parte de Carnap, Tarski, Morris y otros muchos.

La división de opiniones reinante en las filas del empirismo lógico obedece grandemente a la diversidad de soluciones dadas a uno de estos problemas, el del criterio empírico del significado de las proposiciones. Pap alude constantemente a la formulación prístina dada por Schlick, que determina el sentido recurriendo a la indicación del *método de su verificación.* Esta solución ha sido refutada con argumentos poderosos por Marhenke en su *The Criterion of Significance,* 1949.

A nuestro entender, el capítulo más interesante de esta obra, juntamente con el exhaustivo análisis del problema del significado, es el dedicado a las modernas teorías de la probabilidad y su alcance dentro de un intento de ló-

gica inductiva, tal como ha sido expuesto en una de las últimas obras de Carnap.

También merece especial consideración la exposición de la semántica de Tarski, al tratar de la definición del concepto de verdad. Conviene señalar que con ello ha sido posible resolver un buen número de antinomias lógicas, entre las que figura la clásica del cretense.

En la parte final se establecen las relaciones existentes entre lógica y matemática, comparándose la concepción kantiana con la de S. Mill.—*Raimundo Drudis Baldrich.*

FERRATER MORA, JOSÉ: *Cuatro visiones de la historia universal.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1956; 159 págs.

Las cuatro visiones a que se refiere el título son las de San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel. En unas páginas preliminares, que desempeñan el papel de introductorias, Ferrater Mora, después de declarar la hasta cierto punto inefable elección de estos cuatro pensadores, y de la palabra «Visión» más bien que «Filosofía», pergeña unas meditaciones en torno a las cuestiones que considera polares de la historia: la del «por qué» y la de la finalidad. La primera, intentable para el análisis filosófico; la segunda, opaca a todo lo que no sea un juego de imaginación. En estas primeras páginas ha tenido el acierto de preparar el ambiente para lo que ha de seguir.

Inmediatamente se enfrenta con la visión de San Agustín. En ésta y la de los pensadores que le han de suceder no trata de emplearse en una erudición, ni aun en un meticuloso y ordenado análisis del material que va a ser estudiado, sino más bien en una inmersión en el horizonte conceptual en el que destacan los más llamativos rasgos de la problemática de cada autor. Esto da a cada capítulo un aire de conferencia, impresión que no se olvida a través de la lectura.

Acercarse a San Agustín es para Ferrater Mora intentar hacerse cargo de la extraña tesitura mental que supone descubrir la historia. Para el autor, éste es el caso de San Agustín frente a griegos y romanos, por extraño que hoy pueda parecernos el que la historia haya podido ser descubierta tan tardíamente. El ideal de la existencia antigua es el «vivir al día»; mas para el cristiano hay un acontecimiento: la venida del Mesías, que lo trastroca todo y da un sentido de tiempo a la nueva cultura.

La situación interior del santo, la circundante de decadencia y su cristianismo vivido hacen que la visión de éste sea la de una tensión exasperada de fuerzas, la de las dos ciudades. La historia, para él, se convierte no en una crónica doméstica ni en una dispersión de datos: es el primer intento de comprenderla en unidad. Para él la historia no es comedia ni tragedia, sino drama.

«Vico o la visión renacentista» es el estudio del pensador optimista que, prosiguiendo en la actitud forense en que San Agustín ha puesto al hombre en la historia, en la que todo acaba inexorablemente en un Juicio ineludible, piensa que queda más bien la posibilidad de una apelación (de un *ricorso*), que, posponiéndose al *corso* normal, ponga de nuevo en marcha la máquina que había llegado a la época de su senectud. Por eso en su apreciación de la historia del mundo hay más bien un circularismo que una concepción lineal, y por eso después de haber descrito el tránsito de esta historia por la edad di-

vina, heroica y humana en que triunfa el despotismo ilustrado que, a pesar de su perfección, va a ser llevado al fracaso por la maldad del hombre, cree de nuevo en un renacimiento ininterrumpido.

Voltaire, que es tratado casi constantemente al contraluz de Rousseau, se nos muestra en esta exposición como el racionalista desesperado y solitario en su ironía que, en una concepción inconscientemente maniquea, cree en la ineludible presencia en la historia de un mal ante el que sólo cabe la tesitura de la resignación, la lucha o la queja. Voltaire participó de las dos últimas posturas, según Ferrater.

La exposición de Hegel es casi más vívida y poética que la de los anteriores. No en vano para algunos tiene el gran pensador caracteres a veces de visionario, que son los que más se han explotado en este estudio. En él vemos la aventura de la idea realizándose a través de su dialéctica inexorable. El salto de su realidad como alteridad en la naturaleza a la del espíritu son descritos entusiásticamente y con precisión.

La obra presente de Ferrater, refundición de otra más antigua, nos lo muestra como un escritor de fácil estilo y agradable exposición, al mismo tiempo que profundamente informado, aunque esto no se traduzca en la presencia explícita de unos datos concretos. La lectura del libro es muy fácil y amena.—*Oswaldo Market.*

RUNES, DAGOBERT D.: *Treasury of Philosophy.* New York, Philosophical Library, 1955; XXIV + 1.280 páginas.

El doctor Runes, judío austríaco, residente desde hace años en Estados Unidos de América y editor de varias revistas filosóficas en aquel país, puede ser calificado, y muy merecidamente, de fecundo publicista. Autor de numerosos libros, los títulos de algunas de sus obras son tan expresivos como los siguientes: *The True Christ, A Bible for the Liberal, Songs of the Jordan, The Ethics of Plato and Spinoza, The Hebrew Impact on Western Civilization, Of God, the Devil and the Jews, Spinoza Dictionary,* etcétera. En España se ha vendido también su *Dictionary of Philosophy.*

Con mentalidad profundamente impregnada de relativismo, el señor Runes intenta ofrecernos en esta antología las opiniones extractadas de los grandes pensadores que en el mundo han sido, acerca de las que él estima preocupaciones filosóficas fundamentales.

Realmente, su *Tesoro de Filosofía* se reduce a unas trescientas y pico fichas, consistentes en una brevísima —aunque no exenta de comentario— biografía de cada uno de los filósofos seleccionados, seguida de tres o cuatro páginas extraídas de su producción, que pretenden encarnar el espíritu y estilo total de sus respectivas doctrinas. Estas fichas se presentan clasificadas por orden alfabético.

Empresa tan ambiciosamente proyectada tenía que tropezar con grandes dificultades, en primer lugar, de selección.

Cualquier criterio que se adoptase para reducir a tres centenares el número de los grandes pensadores, orientales y occidentales, desde el siglo VI antes de J. C. hasta nuestros días, había de resultar imperfecto. El adoptado por el señor Runes se presta a incongruencias tales como la de que en su libro se cite a Walt Whitman, por ejemplo, y se silencie a Suárez; omisión no tan sorprendente, desde luego, si se tiene en cuenta que los cuatro úni-

cos filósofos españoles de todas las épocas (aparte, como es natural, de los semitas andaluces medievales) que estima dignos de mención nuestro autor son Raimundo Lulio, Unamuno, Ortega y don Joaquín Xirau Palau.

El mismo rasero igualitario por el que mide con semejante atención —en lo que hace a la extensión y profundidad de esa biografía y exégesis previas con las que se introduce la referencia a cada pensador— a Platón, San Agustín o Kant que a Spir (1837-1890), R. G. Ingersoll (1833-1899), Franz Rosenzweig (1886 - 1929) o tantos otros, a los que con personalísimo criterio recoge y destaca entre los trescientos mejores de los diez mil filósofos que —según calcula en el breve prólogo— ha producido la humanidad; esa misma medida igualitaria —repito— suscita, de por sí, la temerosa sospecha de que los juicios emitidos puedan resultar algo desproporcionados. Análogamente, parece atrevido el empeño de recoger en dos o tres páginas entresacadas de voluminosas producciones una muestra verdaderamente representativa de lo que cada uno de los autores extractados significa en la Historia del Pensamiento.

Todos estos vagos temores o sospechas previas que levanta ya el plan general de la obra encuentran confirmación en el desarrollo de la misma. El señor Runes, para el cual los problemas filosóficos fundamentales más acuciantes parecen ser los éticos, muestra una tierna predilección por los autores de raza hebrea. Así, a guisa de ejemplo, mientras enjuicia con cierta desdeñosa frialdad y laconismo a Santo Tomás, sus efusiones afectivas se manifiestan, no ya con un Spinoza, sino incluso con un Uriel Acosta (1590-1647) y con otros personajes de semejante rango filosófico.

Considerando que para el público español que pudiera tener esta nueva obra del señor Runes no parece ser excesivamente útil la traducción al inglés de unos breves fragmentos de diversos pensadores, cabe temer que en España el libro que comentamos no alcance un gran éxito de librería.—*Francisco Guil Blanes.*

CIENCIAS

LA ACTITUD CIENTÍFICA

Es, por desgracia, tan común entre nosotros la ignorancia del método científico, que cualquier publicación que pueda ayudar a salvar esa ignorancia tiene que ser recibida con agrado. Viene esto a cuento de dos libros [1] que, aunque no publicados en España, serán de gran provecho aquí. Los dos libros tienen algo en común y algo que los hace complementarios. Tienen de común el fin que en ambos casos es la exposición del desarrollo histórico que condujo al método científico en su forma más completa. Los hace diferentes el carácter y el público a que van dirigidos; el libro de Hall es erudito y de investigación histórica y va destinado por ello a especialistas en el campo; el libro de Calder es, por el contrario, más popular y anecdótico y va dirigido a un público más amplio.

---

[1] HALL, A. R.: *The Scientific Revolution* (1500-1800). Londres, Longmans, Green & Co. 1954; 390 págs., y CALDER, R.: *Science Makes Sense*. Londres. George Allen, 1955.

Tal vez este último libro fuera el más útil para contribuir a introducir en la conciencia pública el recto concepto de lo que significa la investigación científica.

Y esta introducción a la conciencia pública de las más básicas ideas de la ciencia es fundamental para el funcionamiento de un país que aspire a ser moderno. Porque —hay que insistir— la característica más peculiar de la ciencia no son los matraces ni las fórmulas, sino el método, la actitud científica, el modo de enfocar los problemas fundándose en observaciones objetivas. Por eso la característica que convierte a un país en moderno no es la industria pesada, como muchas personas erróneamente se figuran, sino la capacidad de la clase dirigente para enfocar y resolver científicamente los problemas técnicos, económicos y sociológicos que entraña el funcionamiento de una comunidad necesariamente compleja.

Y para conseguir enraizar en la opinión pública la apreciación de estos hechos pueden contribuir de manera notable —cada uno en su esfera— libros como los que motivan estas reflexiones. Libros que, por medio de una razonada exposición histórica y cuajados de ejemplos indiscutibles, llevan al ánimo del lector lo que es y lo que significa para su vida el análisis objetivo y la estructura teórica de los hechos tal como vienen practicándose en la investigación desde que la Humanidad descubrió el método científico.—*Carlos Sánchez del Río.*

LA BASE MATEMÁTICA DE LA FÍSICA

La dilatada experiencia pedagógica del profesor Palacios le ha venido incitando desde hace largo tiempo a analizar aquellos problemas que están en la base de toda la física, como son el lenguaje, los símbolos y, por fin, las dimensiones. Resulta evidente que de nada sirven las fórmulas de la física si no nos ponemos primero de acuerdo sobre lo que realmente significan. Y, como muy atinadamente indica el profesor Palacios en la introducción de su último libro [1], la lógica positivista llevada al extremo para lo único que sirve es para demostrar que el análisis dimensional pierde toda su eficacia.

Por otro lado, el análisis dimensional proporciona un criterio infalible para comprobar si las ecuaciones, ya conocidas, son correctas y para intuir la forma de las que todavía no se conocen. Si se añade a esto el gran uso que en la mecánica de flúidos se hace de dicho análisis se comprenderá su utilidad no tan sólo teórica, sino también práctica.

Palacios se ha impuesto la tarea de desarrollar una teoría del análisis dimensional basada en los hechos reales, que eleva a la categoría de postulados en número de dos. Previàmente define los entes que intervienen en física: observables, magnitudes, cantidades, unidades, etc. Enuncia a continuación el primer postulado que cotidianamente manipulamos. Estudia la naturaleza de las leyes fundamentales de la física y de las ecuaciones que las representan (que, según Palacios, relacionan las medidas de las cantidades que en ellas intervienen) y distingue entre constantes características y universales. Tras de definir lo que se entiende por magnitudes inseparables, enuncia el segundo postulado, que viene a reducir el número de

[1] PALACIOS, JULIO: *Análisis dimensional.* Madrid; Espasa-Calpe, S. A., 1956; 278 págs.

constantes universales a cinco. A continuación estudia los sistemas de unidades coherentes y las bases de un conjunto de magnitudes.

Estos dos postulados bastan, en suma, para crear un sistema dimensional unívoco, cuya validez deberá comprobarse experimentalmente. El análisis dimensional pierde así el carácter misterioso que algunos le atribuyen y pasa a ser solamente una herramienta al servicio del físico, pero de un valor extraordinario.

Resulta paradójico que hasta la aparición del *Análisis dimensional* de Palacios no se haya logrado establecer este capítulo de la ciencia sobre una base firme. Así ocurre que en los capítulos más trillados, como la mecánica, existe acuerdo entre los distintos autores, pero en cuanto pasamos a considerar la dimensión de una temperatura o el número de magnitudes fundamentales que precisa la teoría electromagnética no hay acuerdo alguno.

Adviértase que Palacios expone los fundamentos del *Análisis dimensional* en cuatro primeros capítulos, dedicando el quinto a estudiar el concepto de dimensión y el sexto al célebre teorema de pi, considerado como el compendio del análisis dimensional, aunque de nada ha servido hasta ahora al no haber acuerdo sobre cuantas magnitudes fundamentales había en cada caso particular. Ahora este teorema es una consecuencia del primer postulado, mientras que el segundo refleja claramente el número de magnitudes fundamentales.

La segunda parte del libro en cuestión aplica las bases anteriormente sentadas a los distintos capítulos de la física, mecánica de sólidos rígidos y deformables, mecánica de flúidos, temperatura y termodinámica, mecánica estadística y cuántica, electromagnetismo, mecánica relativística y física corpuscular.

Una abundante colección de problemas, a los que el profesor Palacios ya nos tiene acostumbrados en todos sus libros, avalora y permite comprobar que únicamente siguiendo las ideas aquí contenidas se obtiene la solución correcta. El libro termina con una lista de 82 referencias y un índice alfabético.

No nos atrevemos a decir para quién puede ser el libro de mayor interés, si para el técnico proyectista de ingeniería naval o aeronáutica o para el científico puro interesado en los problemas fundamentales de la físicomatemática.—*Leonardo Villena.*

BIOLOGÍA GENERAL

Una Biología general es la síntesis elaborada con los resultados de conjunto logrados por diferentes disciplinas, cada una de las cuales tiene como su objeto más particular y concreto la investigación de determinadas propiedades y fenómenos de los organismos vivos consideradas desde puntos de vista tomados de entre los varios que al estudiar aquéllos pueden presentarse al biólogo. Empero, la elaboración crítica de estos resultados, constituídos en sendos cuerpos de doctrina, así como la consideración de cuáles sean el contenido y alcance más propios de una Biología general, suelen resultar diferentes en el criterio de cada biólogo. Y una diferencia de orden más general en cuanto al modo de concebir y elaborar aquella síntesis se deja apreciar bien, por ejemplo, cuando se comparan entre sí textos de autores alemanes y anglosajones. Se advierte en aquéllos, en efecto, más fuerte tendencia hacia una formulación más lógica de la Biología como cuerpo

de doctrina, mientras se orientan éstos en una dirección más didáctica y de sentido práctico. De todo lo cual resulta en definitiva una especial solidez conceptual en las obras de autores germanos.

La primera edición de la obra que reseñamos [1] se publicó en 1924, cuando el autor llevaba varios años profesando la disciplina en la universidad de Berlín. En 1920 había visto la luz la quinta edición de la *Biología general* de O. Hertwig, poco antes de la muerte de su autor. El libro surgido de las lecciones de Hartmann presentaba comparado con éste distinta concepción y ordenación de las materias, pero ambas pueden tomarse como producciones clásicas de la ciencia biológica alemana, pudiendo considerarse la de Hartmann como heredera en su continuidad de la *Allgemeine Biologie*, de O. Hertwig.

En la nueva edición está incorporada la bibliografía de los últimos años y contiene diversas adiciones exigidas por los recientes avances de la Biología. En esta edición colaboran con el autor otros tres biólogos alemanes, que han redactado sendos capítulos concernientes a su especialidad. La colaboración más importante es la de H. Bauer, que ha escrito los de Citología y Genética, puestos al día con el máximo rigor. E. von Holst aporta un capítulo sobre el vuelo de las aves, y D. Schneider otro sobre excitabilidad de las fibras nerviosas.

La obra está dividida en seis partes, como en la edición anterior. Las tres primeras están dedicadas al estudio de la célula, considerada como elemento fundamental de la vida. En la primera se estudia la célula en sus aspectos químico, físico y morfológico, insertándose al final un capítulo suplementario dedicado a los virus. Las partes segunda y tercera, que por su ordenación y contenido representan un punto de vista más personal del autor, tratan aspectos de estática y dinámica celulares, analizando, respectivamente, las estructuras de sostén y los medios y fenómenos de movimiento, terminando esta última parte con una descripción de los movimientos del vuelo de las aves. Se incluyen en esta parte descripciones y fotografías de los hallazgos logrados los últimos años por medio del microscopio electrónico relativos a la fina estructura de los espermatozoides y de las fibras musculares estriadas. En la cuarta parte se estudia la fisiología de los recambios materiales, en la que están recogidos, entre otros, los últimos descubrimientos sobre el mecanismo de la fotosíntesis. En la quinta parte se agrupan bajo el epígrafe «Cambios de forma» sendos capítulos que estudian la reproducción, fecundación y sexualidad, herencia, ontogénesis y evolución. La sexta parte trata de los fenómenos sensoriales, tanto en los protistos como en las plantas y en los animales, finalizando ésta, al igual que en la precedente edición, con un capítulo dedicado a los reflejos, los automatismos y los instintos, y otro sobre la percepción de la forma.

Como en ediciones anteriores, se discute en la introducción la posición de la Biología en el sistema de las ciencias de la Naturaleza y se analiza la metodología, concepto y extensión de la Biología general. Asimismo finaliza el libro con unas consideraciones relativas a cuestiones que se salen del ámbito de la Biología experimental, en las que su autor examina y discute las cuestiones siguientes: relación cuerpo-alma, fundamentos de teoría del conocimiento de la Biología, el problema de la finalidad y la cuestión vitalismo-mecanicismo.—*Eugenio Ortiz.*

---

[1] HARTMANN, M.: *Allgemeine Biologie.* 4.ª edición, Stuttgart, G. Fischer, 1953; 940 págs., 746 figs.

Cailleux, A.: *Biogéographie mondiale*. París, Presses Univ. de France. Col. *Que sais-je?*, 1953; 128 páginas, 18 f.

La colección *Que sais-je?*, editada por Presses Universitaries de France, proporciona sobre temas precisos y bajo la firma de especialistas y autores calificados una serie de síntesis cortas y accesibles a todos. Los volúmenes que componen esta colección son de formato reducido y de precio económico. Todos ellos constan de 128 páginas. La lista de títulos, que se alarga sin cesar (en la actualidad más de 700), comprende un conjunto de temas extraordinariamente variados. Reimpresiones regulares permiten a las síntesis publicadas en *Que sais-je?* ser continuamente puestas al día y quedar así siempre actuales.

El presente volumen —número 590 de la colección— que reseñamos a título de ejemplo, trata de biogeografía, la ciencia que estudia la repartición en el espacio de los animales y de las plantas.

Consta la obrita de ocho capítulos. El I trata de la biosfera en general y el II de los conjuntos geográficos en los que se desenvuelve, de los conjuntos biológicos que la forman y de los problemas que presentan unos y otros en el tiempo. El capítulo III está dedicado al estudio fisionómico de las grandes formaciones biológicas naturales. En el IV y en el V se estudian los procesos que determinan la repartición de las especies, sus resultados generales y los métodos empleados para investigar dicha repartición. Los capítulos VI y VII tratan, de un modo cuantitativo, la distribución mundial de ciertos conjuntos de la flora y de la fauna. Finalmente, el capítulo VIII expone algunas cuestiones relativas a los endemismos.

El libro acaba con unas conclusiones, en las que el autor recapitula brevemente las ideas que ha expuesto, y unas indicaciones bibliográficas.

Dentro de la elementalidad de la obra, A. Cailleux ha enfocado el tema poniendo de relieve una serie de datos cuantitativos, de los cuales intenta inducir algunas leyes biogeográficas generales. Estudia para ello los grupos sistemáticos extensos, bien conocidos, que coincidan en lo posible con conjuntos fisiológicos y ecológicos, como, por ejemplo, las plantas vasculares, las cuales forman el núcleo esencial de los seres autotrofos de gran talla que viven sobre las tierras emergidas. De este modo, se consideran los problemas biogeográficos en un plano mundial (de aquí el título del librito) y se someten a un método estadístico.

Indudablemente, es interesante esta dirección de trabajo, pero creemos que se sobreestima el papel del azar, que, desde luego, siempre hay que tener en cuenta, en perjuicio de otros determinantes de los fenómenos biogeográficos. Es decir, que una posible interpretación estadística de la biogeografía resulta, hoy por hoy, demasiado esquemática.

Por otra parte, el autor, quizá como consecuencia de su postura intelectual, no trata la biogeografía histórica.—*Joaquín Templado.*

Gamow, G.: *The Creation of the Universe* Nueva York. The Virking Press; 144 págs., 11 láminas y 40 figuras.

Este es el tercer libro de una trilogía cosmológica que el autor ha dado a la publicidad en los últimos años. Los otros dos, *The Birth and Death of the Sun* y *Biography of the Earth*, aparecie-

ron anteriormente y algunos de sus conceptos están recogidos en este último.

Gamow, profesor de Física de la universidad de George Washington y asesor de la Comisión Americana de Energía Nuclear, es uno de esos pocos hombres que tienen la habilidad de poner al alcance de todos las profundas ideas a que ha llegado en la actualidad la ciencia. En este sentido es verdaderamente asombroso, pues siendo el libro que comentamos eminentemente de divulgación, es al mismo tiempo una magnífica de sus propias ideas sobre la historia del universo y en especial sobre su origen. En contra de las teorías del inglés Hoyle y del ruso Vorontroff-Velyaminov, que admiten la continua creación de la materia en los espacios intergaláxicos, el autor supone una operación única casi instantánea en un punto dado y una expansión posterior en la que aún nos encontramos. Se basa, principalmente, en los últimos conocimientos de la Astronomía, así como en datos de la Física Nuclear y de la Geología.

El libro consta de cinco capítulos dedicados a la edad de los componentes del universo, a la gran expansión, a la formación de los átomos, a los procesos de condensación de los mismos y a la vida privada de las estrellas. Lleva además un apéndice en el que inserta unas cuantas fórmulas matemáticas referentes a algunos pasajes del texto y que puede ser consultado por el lector entendido. Fuera de este apéndice, las fórmulas han sido suprimidas casi por entero y si aún quedan algunas son eminentemente sencillas, expresando divisiones o productos de magnitudes simples, lo que facilita grandemente su lectura. Por otra parte, contiene comparaciones con hechos de la vida corriente, párrafos humorísticos y dibujos de tono casi infantil. Todo ello lleva al ánimo del lector la idea de un universo comprensible, sencillo y casi humano. El mismo tema fundamental de la creación en menos de una hora y su existencia calculada hasta hoy en pocos billones de años disminuye un tanto el terror que suele sentirse al meditar sobre la grandiosidad del universo.—*L. C. G. de Figuerola.*

MORAND, P.: *Aux Confins de la vie; Perspectives sur la biologie des virus.* Colección Evolution des Sciences. París. Masson et Cie., 1955; 167 págs., 20 figs., 8 láms.

El campo de la virología es quizá el más apasionante y el peor conocido de la biología. Los datos existentes parecen en muchos casos contradictorios, tal es la paradoja del virus del mosaico del tabaco, aislado en forma de cristales bien definidos, y que, por otra parte, al ser inoculado en una planta sana de tabaco es capaz de multiplicarse dentro de ella. ¿Cómo puede explicarse que una sustancia química se forme a sí misma?

El libro de Morand presenta una clara solución, firme y cuidadosamente razonada al estudiarse seriamente cada eslabón de esta hipótesis de trabajo que no es teoría más o menos fantástica, sino la concatenación lógica de hechos experimentales bien probados.

El primer capítulo está dedicado a la historia de los virus y es el que centra la cuestión en el momento actual. En el segundo capítulo, «El virus, ser físico», describe las técnicas físicoquímicas usadas en el aislamiento de virus y continúa con un estudio sobre el significado de las constantes físicoquímicas en la identificación de dichas entidades biológicas.

En el tercer capítulo, dedicado a la química de los virus hace un estudio

esquemático, breve, pero completo de los ácidos nucleínicos y continúa en el apartado «Virus y proteosíntesis», quizá el más valioso de toda la obra, con un perfecto razonamiento sobre la síntesis viral y el papel de los ácidos nucleínicos en ésta.

En el capítulo cuarto considera al virus como ser biológico y en él desarrolla un estudio, bien documentado, sobre el ciclo de bacteriófago, del virus gripal y de los virus neurótropos.

Tiene por fin un capítulo en el que estudia los límites de los virus con las formas filtrables de las bacterias, con algunas proteínas con poder lisante, con los genes y con los agentes tumorales.

Acaba la obra con una serie de disquisiciones encaminadas a establecer si los virus son o no seres vivos, preguntando por fin: ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? ¿Qué son los virus?

La obra está ilustrada con numerosos esquemas y con ocho excelentes láminas obtenidas con el microscopio electrónico.

Aun siendo un libro de divulgación, de alta divulgación, muy útil para que cualquier científico de otra especialidad pueda con facilidad tener ideas claras sobre la cuestión, creemos que aun con su carácter de obra general y su brevedad, puede ser también muy útil para muchos virologistas que por estudiar el asunto de un modo excesivamente unilateral no tengan la suficiente visión de conjunto.

En esta obra, realizada con una gran visión bioquímica, se da una explicación clara y tajante a la multiplicación viral. Efectivamente, el que una sustancia química bien cristalizada «se produzca a sí misma» no puede explicarse más que por un mecanismo enzimático y todos los hechos experimentales así lo confirman. Por ejemplo, el carácter mucidásico, demostrado, del virus gripal (Hirst [1941], MacCellan [1941], Lanny y Thery Lanny [1955]), que es posible que tenga influencia en su patogenidad, sin que tenga que tenerlo forzosamente en su reproductibilidad; también nos encontramos concretamente con que en el caso del mosaico del tabaco las proteínas del virus se forman a partir de las proteínas de la planta de tabaco, y no de los aminoácidos libres, lo cual requiere una previa hidrólisis por el virus de la proteína nativa y posteriormente una resíntesis mediante la energía liberada en la hidrólisis.

En cuanto a la propiedad de «vivos» que Morand quiere atribuir a los cristales de virus, pensamos que es ir demasiado lejos, pues aun siendo sustancias maravillosamente organizadas, producidas por seres vivos, y si se quiere en el límite con la vida, para nosotros la vida es algo más que una reacción química.—*Fernando Silió.*

HISTORIA

UN LIBRO FUNDAMENTAL PARA LA HISTORIA DE LA IMPRENTA Y LIBRERÍA [1]

La publicación de este libro fué acordada por los Gremios de Editores, Libreros y Maestros Impresores de Barcelona en conmemoración del IV Centenario de

[1] *Documentos para la historia de la imprenta y librería en Barcelona* (1474-1553) recogidos y transcritos por José María Madurell Marimón. Anotados por Jorge Rubió y Balaguer. Barcelona, Gremios de Editores, Libreros y de Maestros Impresores, 1955; 1.014 págs.

la constitución en dicha ciudad de la «Confraría de Sant Hierònim dels Libraters». Tal iniciativa, que surgió según idea del delegado en Barcelona del Instituto Nacional del Libro Español, señor Matons, ha sido llevada felizmente a cabo gracias a la ingente labor realizada por don Jorge Rubió y Balaguer, del «Institut d'Estudis Catalans», a cuyo cargo estaba la introducción, anotación y especial estudio de los documentos, y por don José María Madurell, del Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona, que se ha encargado de la recopilación de los mismos.

No es la primera vez que se publican en Barcelona documentos sobre la historia de su imprenta y librería, pero nunca se había ofrecido a los estudiosos e investigadores un conjunto documental tan impresionante, integrado por más de quinientos documentos, a través de cuyo contenido se pueden seguir fielmente las inquietudes y afanes de autores, impresores, libreros, comerciantes, cajistas, papeleros, encuadernadores y aprendices en el sugestivo ambiente de los albores del arte de imprimir. Los documentos, publicados «in extenso», comprenden desde 1474 (primera vez que se certifica la aparición de un impresor en Barcelona) hasta 1553 (año de la fundación de la mencionada «Confraría de Sant Hierònim dels Libraters»), es decir, que abarcan dos épocas históricas gloriosas: las de Fernando el Católico y Carlos el Emperador, y para su presentación el maestro Rubió ha escrito una sustanciosa introducción, en la que, con absoluto y ameno dominio de la materia, nos informa sobre la significación en la cultura de la librería, la imprenta y el empeño editorial; el contenido y límites del libro objeto de nuestro comentario y las fuentes bibliográficas y archivísticas que se han consultado, dedicando especial atención a estas últimas (Archivo Histórico de Protocolos, Archivo Histórico de la Ciudad, Biblioteca de Cataluña, Archivo de la Corona de Aragón, Archivos de la Catedral, del «Pí» y Diocesano). El señor Rubió, a continuación, localiza las viejas librerías de Barcelona, su aspecto y organización; describe los utensilios y talleres de los encuadernadores; los libreros extranjeros que se establecieron en Barcelona, las compañías editoriales, los judíos impresores de religión o conversos, los entronques familiares existentes entre las dinastías de libreros y editores. En este sentido llama la atención el cuadro genealógico de los linajes Sastre, Trinxet y Corró. Rubió apunta igualmente multitud de sugerencias sobre temas de gran interés: la adopción por el librero Amorós de este apodo, la falta de un movimiento que centralizara u orientara culturalmente la editorial barcelonesa, los pocos recursos de los impresores, que dependían económicamente de pequeñas sociedades formadas por menestrales acomodados o bien por hombres de profesiones liberales. Reuniendo los datos proporcionados por los colofones y documentos referentes a libros estampados en Barcelona, el señor Rubió elabora un ensayo de agrupación de tipos diversos de edición, cuya trascendencia rebasa ampliamente el ámbito local barcelonés. Finalmente, sus consideraciones sobre la tirada de las obras literarias, la primera mención del derecho de autor, el precio de los libros, papel y plumas de escribir, los libros de mayor venta, las noticias de ediciones desaparecidas por el estrago del tiempo, éxito de público o severidad de la Inquisición y que van de nuevo surgiendo gracias a estos inventarios pacientemente copiados por nuestro benemérito señor Madurell, constituyen una aportación fundamental para el estudio de la imprenta y librería en nuestro país.

Los documentos, procedentes en su mayor parte de las series notariales del Archivo Histórico de Protocolos de Barcelona, muy bien transcritos, salvo alguna

errata de poca trascendencia, se hallan anotados generosamente y con multitud de abrumadoras noticias sobre los personajes y libros que en ellos aparecen. Los índices —cronológico de documentos y alfabético—, completísimos, dan idea de la enorme importancia y riqueza de este libro; incluso se apuntan en ellos algunos temas colectivos, cuyo interés no es necesario ponderar: encuadernación, formatos, imprenta, impresores, inventarios, letra, librería, libreros, papel, etc.—*Francina Solsona.*

LIBROS RECIBIDOS

ENVIADOS POR EL AUTOR:

MOLHO, ISAAC, R.: *Valeurs et Silhouettes Israeliennes.* Jerusalén, 1955; 208 págs.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS.—Madrid.

CRISÓSTOMO, SAN JUAN: *Obras de San Juan Crisóstomo,* 1956; 778 págs.—AQUINO, SANTO TOMÁS DE: *Suma Teológica,* 1956; 642 págs., t. XV.—ROYO MARÍN, ANTONIO: *Teología de la salvación,* 1956; 658 págs.—RIGHETTI, MARIO: *Historia de la liturgia,* 1956; 1.196 págs., t. II.

EDITORIAL CRAM DE GRUYTER & CO.—Hamburgo.

Der Vergleich, 1955; 226 págs.—KRUSE, MARGOT: *Das Pascal-Bild in der Französischen Literatur,* 1955; 118 págs.

EDITORIAL ESCELICER.—Madrid.

ABELLIO, RAYMOND: *Los ojos de Ezequiel están abiertos,* 1955; 407 págs.

EDITORIAL ESPASA-CALPE.—Madrid.

SUÁREZ, FRANCISCO, S. J.: *Guerra intervención, Paz internacional,* 1956; 210 págs. TOVAR, ANTONIO: *Un libro sobre Platón,* 1956; 162 págs.—BLAND, J. O., y BACKHOUSE, E.: *Tse-Hsi, emperatriz regente,* 1956; 279 págs.

EDITORIAL W. HEINEMANN.—Londres.

MITCHELL, MAIRIN: *The Odyssey of Acurio,* 1956; 324 págs.

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS.—Madrid.

Leyes políticas de España, 1956; 622 págs.

EDITORIAL NOS.—Madrid.

MORAYTA, MIGUEL: *Masonería española,* 1956; 399 págs.—WARBURG, SIDNEY: *El dinero de Hitler,* 1955; 284 págs.